Miguel Briante

ESTUARI

HOMBRE EN LA ORILLA

Miguel Briante. Hombre en la orilla. Editorial Estuario.

Editado con el apoyo económico del Fondo Nacional de las Artes. Integrantes del jurado: Adolfo De Obieta, César Magrini y Ezequiel De Olaso.

Colección del Cuarto Mosquetero
Narradores Argentinos
Dirección: Juan Carlos Martini
Portada: Roberto Alvarado
Asesor gráfico: Juan Andralis

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

A mi padre,
a quien, como aquel personaje de Thomas Wolfe, le "parecía que solo él debía morir, que debía destrozar su propio corazón y triturar sus huesos, quedar vencido, ebrio, magullado y sin conocimiento, hacer zozobrar su razón, perder su cordura, destruir su talento, y morir como un perro rabioso aullando en la inmensidad";
a los gusanos de la tumba de mi padre, que un día avanzarán sobre el pueblo que transcurre en estas páginas, para borrarlo definitivamente.

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

Miguel Briante

HOMBRE EN LA ORILLA

Editorial Estuario. Buenos Aires

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

Habrá que matar los perros

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

La Inglesa dijo que habrá que matar los perros, pero no sé. A la noche da lástima oírlos ladrar así, tan despacio, como si lloraran. Yo no dije nada. Total a este paso se van a comer entre ellos, cualquier noche. Pensar que cuando llegué estaban gordos, y daban miedo ladrando todos juntos, amontonados contra la casa. Y no me dejaban entender lo que decía la Inglesa, con el barullo. Claro, hace tres años era otra cosa. A la casa le duraba la pintura y hasta las tejas tenían otro color. Ni bien crucé la tranquera ya ladraron los perros y vi la casa, parecida a la de la estancia donde estuve antes, casi igual con esas casuarinas altas, las paredes blancas y las ventanas de oscuro. Para completar, los perros, que eran más, acá en La Martita, pero con el mismo ladrido desparejo y atropellador. En aquel tiempo la Inglesa no me hacía acordar a la vieja Laver. Era alta, siempre, y andaba como estirada con esa ropa negra que usó los primeros meses. Porque yo llegué cuando ya se había muerto el marido. Dicen que fue así: una noche estaban juntos, charlando con un doctor del pueblo y unas visitas de la capital, que en ese tiempo venían muchas, según parece, y oyeron ladrar los perros. El Inglés salió solo, con la escopeta cargada. Julia me decía que antes de salir la Inglesa y él se miraron en forma rara,

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

vaya a saber. La cosa que pasaron como diez minutos y el ladrido de los perros se fue cada vez más lejos. Y cuando oyeron el tiro el doctor dijo que le habría tirado a algún bicho, hasta que los perros empezaron a llorar. Yo llegué por esa época, hará cuatro años o tres o más. Cuando me despidieron en el circo me vine para este lado, porque al fin y al cabo de por acá había salido. Como diez años en la estancia de los Laver. Cuando pasó el circo me enganché y ahí anduve. Al principio amansaba caballos hasta que me caí. Cuando volví al pueblo ni lo conocía, de puro cambiado. Las calles con asfalto, el almacén más grande, varias tiendas nuevas y el parlante que sonaba a la mañana, desde las once hasta las doce y después toda la tarde. Y habían puesto esas argollas de fierro para atar los caballos en el cordón. Esa vez yo vine en tren. Me dijeron que en La Martita precisaban un casero y fui, porque ya no andaba para peón de campo. Uno sale unas cuadras del pueblo, para el lado del río. Como veinte cuadras, y doblando ya empiezan las casuarinas y después empiezan los perros. Bueno, antes empezaban los perros, lo qué es ahora. Y la casa era igual a la de la estancia si no fuera por la Inglesa. En la estancia yo traté con el capataz y hasta mucho tiempo no vi de cerca a la gente de la casa. Apenas a los muchachos y a las chicas, todos rubios, en caballos con monturas, cuando se arrimaban a verme marcar ovejas. Tenía fuerza en ese tiempo. A las ovejas las daba vuelta con una sola mano y cuando querían acordar ya ni se movían y todos daban vuelta la cabeza, de miedo, de lo pronto que yo metía las tijeras o les marcaba las orejas. Pero acá en La Martita yo tenía que cortar la leña y hacer lo que hiciera falta. Era poco, según me dijo la Inglesa cuando me presenté. Le dije que había trabajado con los Laver, que ella debía conocerlos. Era rubia y daba como miedo, la Inglesa. Los perros se habían callado, de golpe, y le lamían las botas o jugaban entre ellos. Eran como veinte, en ese tiempo. Yo debía andar barbudo, sucio, y tenían hasta razón de ladrarme. Dicen que si antes yo me hubiera presentado así a pedir trabajo, seguro que me echaban. Yo no sé. Cuando dicen antes quieren decir

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

antes que se matara el Inglés. El agujero se lo encontraron atrás, porque se metió el caño en la boca. Me contaron que el cura no quiso saber nada de que se lo llevaran a la iglesia, porque no había muerto en cristiano. La Inglesa nunca habla del marido. La verdá, lo que se dice hablar, habla poco. Apenas si comenta algo de los perros. Cuando llegué apenas si me dijo lo que había que hacer y que ya podía quedarme, si quería. La casita, como ahora; un poco más fresca, a lo mejor. Pero igual de vieja. Nunca pregunté quién estuvo antes. Yo uso una sola pieza y la cocina, apenas. En la otra pieza están las herramientas que en este último tiempo usé poco. Para qué, si la Inglesa ya ni se fijaba en los libustros que antes recortaba medio seguido. Al pasto ya lo cortaba bien poco, por los dolores que después no me dejan dormir. Los dolores y encima los perros, que lloran fuerte. De hambre, de qué va a ser. Pensar que cuando estaba en la estancia no me despertaban ni los gritos de los peones, que sabían joder hasta tarde, en ese galpón grande donde dormíamos. En los carros del circo dormía de un tirón, cuando íbamos de un pueblo al otro, por más desparejos que fueran los caminos. A la mañana, como a las cuatro, ya andaba despierto. Lo mismo cuando vine a La Martita. Era por el invierno, pero todavía era capaz de salir sin taparme, respirando fuerte. Calenté el agua y salí afuera, a buscar un tronco, cualquier lugar donde estarme tranquilo hasta que clareara. En la estancia, cuando me tocaba ordeñar, yo salía despacio y volvía igual, tranquilo, mojándome las alpargatas con el pasto, mientras aclaraba. Cuando llegué acá ya andaba más duro pero no era cosa de perder la costumbre. Tenía la pava y el mate en la mano y caminé para el lado de la casa, buscando el reparo. Y ahí me encontré a la Inglesa, de golpe. La vi de atrás y me paré en seco, para no molestarla. Tenía el pelo suelto y no se le notaba la edad, aunque ya debía andar por los cincuenta. Me hizo acordar de las muchachas que iban a la estancia, con esos pantalones. Flaca, estirada. Estaba mirando el campo, como perdida y también me acordé de la vieja Laver, porque una vez me la había topado de golpe en el parque de la estancia, claro

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

que más de día. La vieja miraba para cualquier lado, con una rama en la mano, pero fue algo más raro. Cuando la Inglesa se dio vuelta las mechas le taparon la cara, tan blanca que se veía bien, aunque era de noche y apenas se veía el bulto de las plantas y al fondo el cielo que se iba limpiando de abajo, sin ganas. Di los buenos días y apenas contestó le estiré un mate, sin fijarme. Digo sin fijarme porque una vez, en la estancia, la vieja pasó cerca del galpón y yo cebé un mate pero me lo tomé solo, sin animarme. A lo mejor la Inglesa tardó en agarrarlo, pero no creo. Era medio rara para tomar. Chupaba de a poco, como si el agua estuviera hirviendo, y separaba la boca a cada rato y se quedaba mirando el campo, por encima mío. Después pasó siempre igual, cada vez que me levantaba. Mientras, me decía las cosas que había que hacer. Todos los días, hasta hace poco. A eso de las diez yo ensillaba la yegua. Era raro, porque el primer día que fui a la estancia yo no sabía para dónde agarrar, de tanto campo y tanto molino, y eso que había andado por muchos lugares iguales. Lo mismo con el circo. Primero era un lío de peones y trapecistas y jaulas, hasta después, cuando hasta la cara de la gente, en los pueblos, era igual. Con la Inglesa, no digo con la casa ni con Julia, pero con la Inglesa era como si ya viniese acostumbrado de antes. Siempre miraba el campo, como si no me esperara. Hablaba lo que hacía falta y cuando aclaraba del todo ya estaban ladrando los perros, del otro lado de la casa. Ella misma los iba a desatar y ahí andaba un rato, entre ese montón marrón y negro, que se le encimaba, puras colas y orejas y ladridos. Después se iba con la escopeta y los perros, por el campo, y volvía con alguna liebre, cuando mucho una perdíz. Dicen que antes salían juntos, ella y el Inglés, a cazar. Pero eso cuando el campo llegaba hasta el río. Ahora, del alambrado hasta el río hay un buen tirón. La casa está contra el lado del pueblo, donde están abriendo calles y pusieron esos carteles de remate. Cuando vine, ese monte de enfrente estaba de este lado del alambre, y era más espeso. Ahora están haciendo una de esas casas cuadradas, como las del pueblo. Me acuerdo en la estancia, antes de irme,

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

cuando ya me habían pasado a la casa y me dolía el cuerpo de tanto andar agachado entre los canteros. Yo estaba trabajando cuando entra un auto y se baja uno de traje, como gerente de banco. Al rato sale don Manuel, uno de los hijos, y la vieja, con cara de haber llorado. Dijeron que habían tenido que estar varios días para convencerla, y que firmara. Al tiempo ya habían hecho el camino y para salir de la estancia desde las casas no había que hacer ni una legua. Raro, porque uno no necesitaba salir de a caballo. Lo podía llevar un sulqui hasta la tranquera y ahí nomás se tomaba el colectivo que pasaba para el pueblo dos veces por día. Por eso no me extraña cuando dicen que el Inglés empezó a andar mal apenas tuvo que vender esa parte donde hicieron el balneario nuevo. Empezó a emborracharse muy seguido, según dicen. Cuando yo empecé de payaso en el circo también me despedí de los leones y los demás bichos con una borrachera que a los dos días me duraba. Desde que me caí del caballo y no me funcionó bien la pierna que los cuidaba, y me conocían como a su madre, y por eso empezar de payaso me ponía contento pero no tanto. Casualmente el día que empecé me hablaron del Inglés. Era por Chascomús y yo con el mareo ni le tenía miedo al público. Hicimos dos o tres chistes y de repente, justo que me agacho para que me den un palo, lo veo al viejo Rojas, ahí cerca de la pista, riendosé con toda la cara y moviendo esos bigotes grandes, y se me da por gritarle. El viejo me conoció la voz y se metió a saludarme, como si tal cosa. La gente se rió igual, porque cuando uno tiene la cara pintada cualquier cosa que haga da risa y parece preparado. El otro payaso se quedó sin saber qué hacer, hasta que empezó a bailar por la otra punta, mientras nosotros nos abrazábamos. Nos juntamos después de la función y el viejo empezó a hablar del pueblo y dijo que a La Martita la había comprado un inglés que había venido hacía poco de Europa y que andaba a caballo como si tuviera un palo en el culo, de lo estirado, siempre al trote, paseando por el pueblo a la tardecita. Dijo que una vez se había peleado con uno, porque le había ofrecido comprarle una parte del campo, y que daba

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

miedo verlo apuntar con la escopeta, serio, sin putear ni nada. Y también me contó de los perros, como treinta, y de la Inglesa, que bajaba las perdices apenas volaban. Cuando yo llegué, la Inglesa sabía ir al cementerio. Dicen que la tumba está al fondo, toda de mármol o algo así. Julia me contó que cuando lo enterraron llovía. Yo le conté a Julia de cuando la muerte del viejo Laver, que hubo que llevarlo a Buenos Aires. La vieja fue y volvió con nosotros en la camioneta, y fue la última vez que estuvo en la capital. Y después de eso empezaron las cosas más raras. Primero empezaron a venir seguido los hijos y daban órdenes que a la vieja no le gustaban. Traían caballos de raza o hacían voltear los árboles y a la vieja no le gustaba nada y nadie sabía a quién hacerle caso. Y una noche, antes de irme, la vi, como a las tres, con un camisón largo, por el parque, y después la vi casi todas las noches. Julia me decía que la Inglesa nunca hizo cosas tan raras y que cuando lo del marido ni lloró. La tarde antes de matarse habían vendido otra parte del campo, del río para acá. Julia dice que cuando se iban los compradores el Inglés los estuvo mirando desde la tranquera hasta que el coche dio vuelta, y lo mismo a uno que vino con unos papeles, al rato, a cobrar una cuenta. Esa noche la Inglesa se movió un poco cuando se oyeron los tiros, pero nada más. Y ni habló cuando los otros hicieron comentarios. Cuando lo trajeron al muerto ella salió afuera, llamando a un perro que no estaba con los demás y que no apareció ni muerto ni nada. Media hora llamándolo a los gritos mientras alguno salía para el pueblo y los otros preparaban al Inglés. Y Julia dice que la costumbre de levantarse temprano siempre la tuvo, pero que empezó a quedarse así, mirando nada más que el campo, después que tuvo que vender la parte del monte, cuando empezaron a voltear las casuarinas. Yo a Julia la encontré el primer día, a eso de las siete. Primero no me gustó, porque se quejaba mucho. Que no la dejaban dormir los perros, que esto y que el otro. Julia es culona, grandota. Tendría unos cuarenta y pico cuando llegué, hará cinco o seis años. Cuando le dije que había estado con los Laver ella dijo que había estado por la

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

capital, no sé con qué familia. Pero cuando le dije del circo no dijo nada. Que yo debía conocer mucho, nada más. Después me dio el mate cocido, en la cocina grande, que en ese tiempo estaba lustrosa. De vez en cuando se sentía algún tiro, por el río. Julia me preguntó qué me había pasado en la pierna, que caminaba así, y yo le conté de la caída, cuando amansaba los caballos del circo, que de eso entré. Como a las diez sentimos los perros y apareció la Inglesa. Desató la yegua y se fue al pueblo, derecha en la montura pero firme, sin agarrarse como los muchachos de la estancia que eran puro miedo, y al trote, se fue. Julia dijo que todas las mañanas se iba a visitar a los amigos, gente importante, que a veces iba a la tarde también y se juntaban las mujeres y jugaban a la canasta, o algo así. También dijo que el Inglés jugaba bastante y que por eso se mató. Que cuando ella vino la casa era otra. Había caballos y ovejas y peones y los sábados venía mucha gente, estancieros y hasta el intendente. Toda esa gente venía, dijo Julia, y que había que verla a la Inglesa, a lo último, cuando apenas enfilaba para la escalera y ya los otros sabían que tenía sueño y se empezaban a despedir. También dijo que después que se mató el Inglés ella se fue a trabajar a otro lado, como dos o tres meses, y que la Inglesa se quedó sola todo el tiempo, de noche y todo, nada más que con los perros, sin hacerle caso a los que decían que se fuera a vivir al pueblo y si no tenía miedo. Esta vez la Inglesa volvió como a las doce y después, por dos o tres años, fue siempre igual. Yo comía en la cocina, con Julia que se levantaba a cada rato, cuando sonaba la campanilla. La Inglesa comía sola, en esa mesa que yo alcancé a ver entera recién la otra noche, porque yo casi nunca entré a la casa. Al tiempo Julia empezó a venírseme a la hora de la siesta y la Inglesa ni se dio por enterada. Me iba gustando esa Julia porque no se la pasaba hablando de la patrona, como las de la estancia, que se creían que la siesta era para que uno se enterara de todo, siempre diciendo que la vieja estaba media loca, cada vez peor, y que don Manuel se había peleado con los hermanos porque traían mucha gente a la estancia,

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

y que los nietos de la vieja eran inaguantables y ya no respetaban ni a la abuela, y qué se yo, dele hablar. Será porque en ese tiempo me gustaba menos hablar. Julia le echaba toda la culpa al Inglés, que había dejado las deudas, que si no fuera que él se lo había jugado todo, con las ventas del campo habría para rato. Contó más cosas el día que le conté que había visto a la Inglesa en el pueblo, cuando fui por la pierna, a que me viera el doctor. Yo estaba por el pueblo y la veo a la Inglesa entrar a caballo. La gente la saludaba con respeto y entró a lo del rematador. Llegó a la Martita después que yo, a la hora de comer, y ni saludó. Mientras comíamos la campanilla apenas sonó dos veces. Julia dijo que desde que se había muerto el Inglés, cada vez que vendía una parte del campo la Inglesa metía unos papeles en una carpeta, unos recibos. El doctor me había dado un líquido, para frotarme, y Julia estaba pasándomelo por la pierna y por eso le conté que por la pierna tuve que venirme del circo. La pierna ya me dolía bastante, para andar, y me costaba tenerla derecha de rato en rato, como querían. Así que me olvidé y andaba todo el tiempo medio saltando, como ahora. Por eso me dijeron que si no podía mejor que dejara, porque la gente se daba cuenta que yo caminaba así por un defecto y no se reía. Es raro, porque Julia no se rió cuando se lo conté y en cambio se puso hasta más cariñosa, no sé. Pasábamos la siesta charlando, hasta que Julia empezó a hablar de irse, y se acordaba de la casa del pueblo donde había trabajado. Fue cuando corrieron más acá el alambrado que da al pueblo y empezaron a hachar más plantas y pusieron esos carteles. Cuando no quedó más que el campito donde está la casa, como ahora. Dice Julia que cuando la Inglesa llegó del pueblo lo primero que hizo fue abrir la carpeta y después tiró los recibos al fuego, uno por uno, y que parecía más aliviada. Hasta que se quedó con el último, con el que había traído, y después lo tiró medio como riendosé. Yo pensé que por lo menos no iban a seguir achicando el campito, pero Julia dijo que en seguida la Inglesa había abierto un cajón y había encontrado un papel más grande, y se había pues-

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

to seria de golpe, otra vez. Y al tiempo la Inglesa dejó de ir al pueblo y la comida alcanzaba cada vez menos. La Inglesa cruzaba el alambrado nuevo y se iba como siempre, a la mañana, con la escopeta y los perros. A veces se comía nada más que lo que cazaba y otras veces Julia iba al pueblo, a comprar algo, porque a mí me dolía cada vez más la pierna. Un día la Inglesa volvió apenas había salido y después me enteré que le habían dicho que no podía seguir cazando afuera del campito. Estuvo como dos o tres días sin hacerse ver y nosotros comíamos lo que encontrábamos. Julia dijo que la Inglesa ni parecía pensar en mandarla al pueblo. Al otro día dijo que si por lo menos no estuvieran los perros sería distinto, porque la Inglesa les tiraba lo poco que había. Y me contó que una vez, cuando el Inglés estaba enfermo, justo una perra había parido y la Inglesa se lo pasaba atrás de la casa, dele cuidarla a la perra, y a la noche discutían y la Inglesa había dicho que a los perros los iban a matar recién cuando ella estuviera muerta, antes no. Julia decía que lo bueno del Inglés era que no le gustaban mucho los perros y siempre decía que molestaban. Yo me las arreglaba y conseguía alguna gallina, de noche, por el monte, y teníamos para unos días, con Julia. Entonces los perros empezaron a llorar cada vez más, hasta que ya no se aguantaban, y una noche no pudimos ni dormir. A la mañana la Inglesa se ensilló ella misma la yegua y salió para el pueblo y no volvió a comer. Julia se fue ese mismo día. Los perros lloraron más que nunca, esa siesta. Y empezó el frío, en la mitad del otoño, de golpe. Cuando la Inglesa volvió, el doctor Ferreyra y otro más venían con ella. Ellos dos, en auto. Desde mi pieza los vi andar por toda la casa, porque estaban abiertas las ventanas. El viento golpeaba los postigos, de cuando en cuando. Después, con la Inglesa, estuvieron por todo el terreno, entre los libustros, que estaban desparejos y crecidos. A la tardecita se fueron y la Inglesa me dijo que a la otra mañana ensillara la yegua. Al otro día, cuando volvió del pueblo, sacó carne de un paquete y dijo que me la hiciera. Fue con el paquete para el lado de los perros y cuando entró

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

a la casa no tenía ni el papel en la mano. Esa tarde vino otra vez Ferreyra y me llamó. Dijo que tenía que tener todo bien cuidado y que ellos me iban a pagar. Nosotros le vamos a pagar, dijo. Al otro día trabajé mucho y a la noche además de la pierna me dolía todo el cuerpo. Menos mal que los perros ya no lloraban tanto y de rato en rato pude dormir. La Inglesa me daba la comida, esos días, y mientras cocinaba yo sentía comer a los perros, que se callaban por un rato. La Inglesa se iba poniendo cada vez más flaca, si se puede. Andaba callada, paseando por el terreno con el pelo suelto, sin mirar nada. Cada vez me hacía acordar más de la vieja Laver, sobre todo después que Rojas vino a visitarme y me contó que le habían dicho como estaba la vieja cuando en la estancia se empezaron a ir los peones y las sirvientas. Decían que los nietos se habían hecho dueños de todo en el tiempo en que yo andaba en el circo y que la vieja andaba desesperada, cada vez más loca, y nadie sabía cómo duraba tanto. Ya estaba todo limpio y cuando vino el doctor Ferreyra miró y me dio un poco de plata. A los dos días llegaron dos o tres mujeres y estuvieron limpiando la casa de arriba a abajo, y hasta vino un pintor, para el frente. Después, la otra tarde, cayeron todos. Como diez autos, todos llenos, con los médicos del pueblo y las señoras y los chicos. Los chicos corrieron y se metieron en todos lados, hasta que empezó a oscurecer y hacía frío. Ni los perros les daban miedo, y eso que ladraban fuerte. Yo me metí en la pieza y los oía. Prendieron las luces de afuera y todas las de adentro. Los vi comiendo. La cocina era puro ruido. La Inglesa andaba arriba, en su pieza. Estuvo un rato asomada a la ventana y después apagó la luz. Al rato vino el doctor Ferreyra y me dijo si era cierto que había sido payaso y que si podía entretener a los chicos. Yo todavía tengo uno de esos trajes en la valijita. junto con las pinturas que me dieron de recuerdo, así que no le iba a decir que no. Cuando entré, ni la Inglesa me debe haber conocido. Estaba todo lleno de luces y las señoras levantaban cosas de la mesa grande. Lo primero que vi, la escalera, con los chicos jugando en los escalo-

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

nes. Es grandísima, toda blanca, con las barandas llenas de firuletes. En los sillones estaban los médicos, con copitas o tacitas de café en la mano, y los chicos por todos lados. Yo entré forzando la pierna, para que no me conocieran. Me dolía bastante pero no era cosa de arruinar la fiesta, así que apenas Ferreyra me hizo el entre empecé a inventar, y caminaba derecho, sin doblar las rodillas, para que las dos piernas parecieran iguales. Menos mal que el doctor Ferreyra, con el barullo, no se dio cuenta, porque él fue el que me dijo que no la tenía que forzar. Los chicos se amontonaron y gritaban y querían tocarme y yo trataba de acordarme de todos los chistes que puede hacer un payaso solo. Por arriba de los chicos veía a la Inglesa. Estaba en un sillón, con un vestido largo, de raro, tan distinta de las demás señoras, casi todas más jóvenes y modernas. De vez en cuando se le acercaba alguno y hablaban un poco, pero apenas, y estaba casi todo el tiempo sola. Yo dale a los chistes y los chicos habían hecho una rueda y yo en el medio. Estaba contento. La pierna me dolía cada vez más pero los chicos empezaban a reírse fuerte y hasta los doctores se acercaban a mirarme. Cada tanto veía a la Inglesa. Le veía el pelo, que parecía todo blanco, desde donde yo estaba. Seguro que la vieja Laver tenía el pelo así, el día ese que se levantó como me contaba Rojas. Dice que un rato antes de morirse la vieja se levantó sola, aprovechando que no había ni un pariente, y llamó a algunos peones. Dice que estuvo como media hora paseando y mirando el parque mientras los peones esperaban. Caminó como media hora, la vieja, esa tarde, antes de morirse, y anduvo dirigiendo todo, seguro con el mismo camisón de antes, hasta que terminaron. Primero les hizo picar la cancha de polo, hasta que parecía un pisadero. Y seguro que la vieja tenía el pelo igual al que yo veía de la Inglesa, por arriba de todos. Empecé a tener calor. Todo era pura luz y los chicos golpeaban las manos y la pintura empezaba a derretirse y me tapaba los ojos. Ya me quería ir pero los chicos y el doctor Ferreyra y todos decían que siguiera. Ya no aguantaba el dolor en la pier-

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

na y se me terminaban los chistes. Corría a los chicos, cualquier cosa, y se reían. De golpe veo que la Inglesa se para y mira, sin reírse. Yo seguía haciendo muecas. Ella fue hasta la escalera, alta, tan rara con ese vestido hasta los tobillos. Iba seria y el único que parecía verla era yo. No sé por qué, pero me quedé quieto. La Inglesa estaba por el tercer o cuarto escalón. Justo, lloraron fuerte los perros. Los chicos se reían más despacio y yo sentí que Ferreyra decía algo de los perros. Estaba cerca de la Inglesa y le hablaba de los perros, le decía que por los chicos, que era peligroso. La Inglesa miró a todos y sin fijarse mucho en Ferreyra dijo que se iba a dormir, en voz alta. El doctor dijo que no estaban en el contrato y la Inglesa dijo algo como yo tampoco. Yo tampoco estoy en el contrato, dijo, o algo así. Y después dio las buenas noches. Pero nadie la oyó, porque nadie la miraba. Yo debo haber hecho alguna mueca rara, porque cuando la Inglesa empezó a subir todos se sonreían. Las mujeres, sobre todo, se reían bajito, mirándose. Los chicos pedían más pruebas. Yo apenas veía el vestido largo de la Inglesa, larguísimo, por la escalera. Pero quise hacer una pirueta, esa prueba de antes que da tanta risa, no sé por qué. Salté y la pierna dio un tirón fuerte y tuve que aflojar. Tuve que caminar dos o tres pasos como camino siempre y me toqué la cara, del dolor. Entonces los chicos se rieron en otra forma, de golpe, y empezaron a gritarme como me gritan a veces, en el pueblo. Me gritaban torcido, el torcido, como si estuvieran enojados, no sé. Cuando estaba saliendo, Ferreyra me dio una botella de vino, y cuando me la daba miré para arriba y ahí estaba la Inglesa, parada, con los brazos apretados contra el cuerpo. En la pieza me tomé toda la botella, para dormirme, porque los chicos seguían y los perros empezaron a llorar. Ni tiempo tuve de sacarme la ropa de payaso ni la pintura ni nada. A la mañana casi no podía levantarme, por la pierna, pero alcancé a ir hasta la casa. La Inglesa abrió la ventana, arriba, y me gritó. Dijo que habrá que matar los perros. Hará unos cuantos días de eso y yo casi no me puedo mover. En la entrada leí ese cartel nuevo,

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

que clavaron en un poste. Dice "La Martita" y abajo "Asociación de Médicos Belgranenses". Con el viento, el cartel se mueve, seguro, porque desde acá se oye el ruido. Como si no estuvieran los perros, hace rato. Desde la pieza veo una parte del terreno, y la casa. Nunca le dije a Julia que esto se parecía a la estancia. Sobre todo ahora, con ese viento y esos ruidos. Seguro que ahora la estancia más igual a esto no puede estar. Porque dice que después de la cancha de polo, la vieja les hizo meter pico a la de tenis y juntar el ladrillo y los postes en un carro. Ella daba todas las órdenes, la vieja Laver, y empezó a toser justo cuando ya habían tirado todo lo del carro en la pileta de natación. Y debe haber quedado todo como esto, así. Antes de la inundación el viejo Rojas vino a visitarme y me contó todo. También me dijo que Julia no está trabajando en ningún lado, que vive con un vasco, no sé quién. Era distinto cuando vine, hará seis o siete años. Hace varios días que no viene nadie y difícil que vengan porque ya empezó el invierno. Hace un rato me pareció que la Inglesa se asomaba al vidrio de la ventana, allá arriba. Pero yo no pude hacerle señas ni ver si ella hacía señas o qué hacía, porque la pierna me dio una puntada fuerte que me hizo retorcer. Cuando me di vuelta ya no estaba más, y ahora tampoco estoy seguro que fuera. La ventana está cerrada. Acá estoy con esta pierna y como estaqueado. Duro con este trajecito de payaso y toda la pintura que se me resecó en la cara. Ahora queda este viento y tengo cada vez más frío. Los perros lloran más que nunca. Alguno los tendrá que matar.

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

Hombre en la orilla

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

—Viejo de mierda —dijo Gonzales, entrando.

Arispe, de atrás del mostrador, me miró. González y el otro se sentaron en una de las mesas vacías, mirando fijo la puerta. Atrás mío, en las demás mesas, estaban los que se habían venido apenas empezó a crecer el agua: el gringo con la familia y otro más, de un rancho de por ahí. Nunca hubo mucha gente por el lado del río. La nieta del gringo estaba medio crecida y la vieja la miraba todo el tiempo, como para cuidarla. Arispe, cosa rara, preparaba comida y les decía que después, cuando pasara todo, le iban a pagar. Gonzales tenía la misma cara de siempre y yo lo conocí apenas entró, pero él no me había visto. El otro tendría unos cuarenta años; una de esas caras con zanjas, quebradas como la tierra cuando se viene el verano.

—Arispe —llamó el otro—, traé algo, che, que casi nos helamos.

—Por ese viejo de mierda —dijo Gonzales siempre mirando para afuera. Los pantalones le goteaban.

Por la puerta se veía la calle de tierra, más allá de los troncos de la vereda, y la lluvia borroneaba todo. El cartel de remate de La Martita parecía una mancha que se achicaba y se agrandaba entre las gotas, más allá de los

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

árboles de enfrente, con el viento. A veces la lluvia era tan fuerte que sonaba como tambor en el techo y no se escuchaba otra cosa. Arispe se había acercado, con una botella de caña y las copas, hasta donde estaban Gonzales y el otro. Seguían hablando, entre los dos.

—No quiso venir —decía Gonzales—, el escracho de mierda ese. Nos vamos con el bote, nos mojamos todos, y él dele hacerse el macho. Digo que no voy y no voy.

Y le imitaba la voz, como lo había hecho siempre, tan bien como antes. Antes, cuando yo me escapaba hasta el boliche, apenas oía esa voz y ya tenía ganas de salir corriendo, de lo igual que la hacía Gonzales. Escuchaba: Vuélvase a las casas. Y cuando me daba vuelta ahí estaba Gonzales, dele reírse.

—Dejalo —dijo el gringo—, yo lo conozco. Apenas se venga más arriba el agua, va a caer por aquí.

—No sé —dijo Gonzales—, capaz que el agua llega antes que él. Es testarudo como él solo el viejo. Esa...

Iba como a putear y Arispe se agachó y le habló de cerca. Gonzales se dio vuelta en seguida y me miró.

—Perdoná pibe, pero es así —dijo, como si ya me hubiese saludado o no hubieran pasado los años—. Nos mojamos al pedo y lo peor es que todavía está ahí, como si el río se fuera a quedar quieto. Y la verdá es que recién empieza, nomás.

Dije que sí con la cabeza.

—Está bien, Gonzales —dije—, siempre fue así.

—Ahí está —dijo él, mirando a Arispe y después a mí—. Vos lo sabés mejor que nadie.

Se calló, como si hubiera hablado mucho. Después, dándose cuenta:

—Pero decime —dijo—, que es de tu vida. Casi ni cambiaste; hasta la misma cara, fijate.

—Algo creció —dijo la mujer del gringo, desde el fondo.

Gonzales seguía mirándome.

—Y cómo llegaste tan justo —me preguntó.

—De casualidad, por negocios. Apenas llego al pueblo me entero de la inundación.

Gonzales movió la cabeza. Después se sirvió caña y habló

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

con el otro. El otro me miró fijo y volvió a mirar la puerta. Por un rato todo quedó sin ruidos y nadie hablaba. La lluvia, nomás, y el viento, por afuera. A veces los palos del cartel, crujiendo. El gringo había prendido la pipa, seguro, porque de atrás venía ese olor a paja quemada y después el humo, buscando la salida. Pasó un rato y uno de los nietos del gringo empezó a llorar. Pero sonó un cachetazo y se quedó callado, como si le hubieran atrancado la garganta. Otra vez la lluvia sola, en el techo, ahora aflojando.

Gonzales me miró y, como si hubiésemos estado hablando todo ese tiempo, dijo:

—Al pedo, pibe. Pero apenas pare nos vamos a buscarlo.

—Bueno.

—Ahora por lo menos estás vos.

El viento empujó más fuerte y la mancha roja se vino al suelo, allá enfrente, con el crujido de los palos, fuertísimo. La lluvia empezó a sonar como tambor, otra vez.

A eso de las cuatro seguía la lluvia, y a los últimos trapos del cartel se los había llevado el viento. Gonzales, al lado del otro —que tomaba caña, callado— ya había contado como diez veces todo: lo de la lluvia en el techo de la casilla, y el viento cada vez más fuerte, y al final los dos días lloviendo sin parar hasta que se despertó y en la puerta tenía el río, como pidiendo permiso.

—Pero eso es lo malo, vean. Que no pide permiso. Se mete nomás. Y eso es lo que no sabe el viejo. No me muevo, no me muevo. Ya se va a mover aunque no quiera, dentro de un rato.

Se abrió la puerta y entró Ramirez, uno de los que viven a dos cuadras de la orilla. Siempre así de viejo, Ramirez. Saludó, sacándose un piloto amarillo que no le llegaba ni a las rodillas.

—Nada que hacer —dijo—, se viene fuerte este año. Por ahí andan las cosas, boyando.

Me vio, en ese momento.

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

—Qué hacés vos —dijo, como si nada; y después, pensando— Tanto tiempo.
Miró todo el local y al rato, cuando le explicaron, empezó a hablar del viejo.
—Yo sí que lo conozco a Rojas, como que vinimos juntos al pueblo.
Volvió a mirarme. Parecía apantallarse con las manos grandes, nudosas.
—Vos no te acordás, porque faltaban años para que nacieras. Yo lo conocí cuando los ingleses, en las cuadrillas de las vías. Era duro. Al único que le alcanzaba con el mate cocido y la galleta que nos daban. Se las comía y seguía trabajando, lo más choto. Lo mismo cuando estuvimos en la casa de ese gringo, por el lado de La Plata.
—Acabala, che —dijo el gringo—, vos siempre con lo mismo —se había acercado y pitaba fuerte, enojado—, siempre la misma historia.
—Cállese gringo —dijo Ramirez—, si no es con usté. Aunque se parece, no crea. Aparte es cierto, acá siempre fue lo mismo. Cuando nos animamos a dejar el ferrocarril caímos a esa quinta con Rojas y uno más, un polaco. A las tres había que cargar los camiones que salían para el mercado, y después hasta las once aunque lloviera como ahora y hubiera tanto barro como el que va a quedar cuando se vaya el agua. A la noche todavía estábamos con los atados. Las manos hasta con sangre de tanto andar con la verdura. Rojas era el único que andaba lo más fresco y decía que había que aguantar hasta fin de mes porque eran como treinta pesos y con eso había para un tiempo, aunque nos fuéramos. Y cuando vino el tano a fin de mes tenía la escopeta y afuera todos, sin cobrar ni nada. Una escopeta así de grande. Y Rojas
—Lo peleó al pedo, seguro —dijo Gonzales—, porque para esas cosas
—Nada. Lo puteó feo pero el tano ni esto de bola. Apuntaba con la escopeta y nos echaba. Yo quise ir a la comisería pero Rojas dijo que no nos iban a hacer caso, que él sabía el asunto de las coimas, esas cosas.
—Y después comieron porque se metió en un boliche y

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

le ganó una pulseada al dueño que la iba de forzudo —dije—. Así que era cierto.
—Sí —dijo Ramirez—, todo era cierto.
—Seguro —dijo el gringo—, para eso sirvió siempre. Para andar en los boliches haciendosé el machito. Ahí lo tienen, emperrandosé con inundación y todo. Vamo a ver como sale. Lo mismo que con la Juana.
Gonzales me miró y lo miró al gringo.
—Callate —dijo—, eso es otra cosa.
Me miraban todos. El gringo, medio molesto, fue hasta la ventana y le echó una maldición a la lluvia. Gonzales no lo dejó respirar.
—Pero a vos bien que te servía la fuerza del viejo, gringo. Si te habrá cargado bolsas antes de que te vinieras en banda.
—De a dos las cargaba —dijo Ramirez—, cuando nos vinimos y entramos a trabajar con éste. Se las ponía al hombro y empezaba a subir la escalera pisándonos los garrones, y había que meterle.
—Y vos lo nombraste capataz para que te anduviera bien el negocio —dijo Arispe, de atrás del mostrador—, te acordás gringo, antes que te vinieras abajo, cuando vivías en el pueblo.
El gringo se fue para atrás, rezongando. Nos quedamos callados por un tiempo. El viento sonaba, afuera, y la lluvia en el techo. Eran como las cinco y oscurecía despacio. Arispe manejaba el sol de noche. Echó el alcohol y, en la luz chiquita que hacía mientras se calentaba, las cabezas se veían apenas. Se veían las manos de Arispe, arriba, abajo, hasta que las tapó el cuerpo de Gonzales. Cuando Gonzales se corrió el farol estaba prendido del todo y había un paquete de cigarrillos apretado entre el vidrio y la manija de alambre.
—A ver si secan —dijo, después me miró—. Hay tiempo todavía. Ahora el río debe estar creciendo más lerdo. Si no para, nos vamos igual, a eso de las siete.

—Sí, lo de la Juana es otra cosa —dijo Gonzales, al rato, como hablando solo.

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

—No sé —dijo Ramirez—, con las mujeres siempre fue medio raro. Las trataba de un modo. Miren, la primera vez que vio a la otra, a la primera
Me miraba. Bajé la cabeza.
—en una cosecha, creo, antes de hablarla me dijo que se casaba con ella. Con ésa, dijo, y me la mostró con el dedo. Me acuerdo cuando se murió.
—Yo tenía siete años —dije.
—Por ahí. Vivían en la casa del pueblo, porque después de todo había hecho plata.
—Para la Juana —vino la voz del gringo, desde atrás.
Ramirez no se dio vuelta.
—Pero la había hecho cargandosé las bolsas al hombro, no anotandolás en una planilla.
El gringo dejó de reírse. Gonzales aprobó levantando las cejas mientras caminaba hacia el mostrador.
—Tenían una linda casa.
Desprendió los cigarrillos de la lámpara, pero abrió los dedos de golpe y se frotó los nudillos en el pelo, quejándose mientras se agachaba a buscar el paquete.
—Cerca de la intendencia.
—La blanca. Si habremos tomado mate ahí, cada vez que yo iba al pueblo. Éste se tiene que acordar.
—Sí, don Ramirez —dije.
Arispe me sirvió ginebra y pedí algo de comer. El boliche estaba todo iluminado porque ya habían colgado el farol en el medio, y para afuera no se veía nada. La lluvia seguía sonando en el techo y por un momento pareció que caía piedra. La voz de Ramirez se acercaba y se iba, entre el barullo.
—Lo crió solo, lo llevaba a todos lados. Además, gresca que había, gresca que entraba él. Así lo criaron a éste, hasta lo de la Juana.
—Cuando se murió la primera —dijo Gonzales— fue casi todo el pueblo al velorio. Éste ni lloró.
—Dicen que no —dije.
—Divertido fue lo del gringo —dijo Gonzales, bajando un poco la voz—. Ya se había fundido y entró en la pompa o Rojas lo contrató para portero. Daba risa verlo al gringo

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

con uniforme y de guantes. Lo más lindo que se creía que tenía que darle la mano a cada uno que entraba, y se sacaba el guante y le daba la mano, así que algunos hasta le dieron el pésame. Rojas daba vueltas, con éste pegado a los pantalones y la cara se le aflojó recién en el cementerio, cuando la bajaron.

Desde afuera vino el ruido de un camión que estaría a unas dos cuadras y parecía cada vez más cerca hasta que se paró. El que estaba con Gonzales fue hasta la puerta, se asomó y volvió sin decir nada. Sacó un cigarrillo del paquete que Gonzales había dejado en la mesa, trató de prenderlo y al final lo apretó con el puño y lo tiró al piso. Nos miró, aburrido.

—¿Y después? —preguntó. Recién hablaba en voz alta.

Gonzalez me señaló con la vista. Bajé otra vez la cabeza. Me serví ginebra, despacio.

—Después, todos saben —dije.

—La Juana —dijo Gonzales.

De nuevo vino el ruido del camión, pero ahora se veía que el motor hacía mucha fuerza; chillaba y chillaba en el mismo lugar. Cuando no se oyó más Ramirez dio un golpecito en la mesa.

—Esa vez fue una sorpresa. Un día llego al pueblo y me la encuentro ahí y ya estaban casados. Una sorpresa, para mí.

—Para todos. Todos sabíamos de dónde venía la Juana, don Ramirez.

—Usté por lo menos debe saber bien, Gonzales. Yo me la acuerdo más de lejos, porque cuando ella empezó ya no estaba en edad para esas cosas.

—Yo la conocí —dijo González, sin orgullo ni nada, al pasar—. La conocí. Pero del viejo todos pensamos lo mismo, eso de la edad. Porque la primera vez se había casado medio tarde ya, así que se sabía cómo iba a terminar.

Oímos el viento, afuera, y tembló la puerta. Paré la oreja; ese ruido más lejos, entre los demás, podía ser el río, pero también podía ser el agua de la lluvia, corriendo en las zanjas.

—El río crece, nomás —dijo Arispe.

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

—No mucho —dijo el gringo— sino ese loco de Rojas ya estaría aquí.
No lo oyeron y se puso a pelear con los nietos. Gonzales seguía hablando con el otro y entre los ruidos era como si estuvieran más lejos; no se oía ni cuando gritaban. Los golpes eran otra vez de piedra, en el techo. La mujer del gringo dijo:
—Para algo sirve la inundación.
Dijo que servía para que los pobres angelitos comieran, algo de eso. El gringo ni habló. Me aburría y traté de escuchar lo que decía Gonzales. Hablaba del viejo, siempre, como si no hubiera otro tema. Cuando se oyó de nuevo el motor que chillaba y se paraba comentaron un rato eso, pero volvieron a lo mismo. Le contó todo al otro. Gonzales le estaba contando todo al otro y cuando me nombró le dije que no.
—No —le dije—, me fui solo.
—Pero fue como si te echaran.
—No sé. Pero me fui porque quise.
—Vos tenías catorce años, pibe. Para mí el trabajo lo hizo ella nomás.
—A lo mejor, muy bien no me acuerdo.
Después dije que parecía que la lluvia no iba a parar más.

—Seguro que vos querés saber —dijo Gonzales.
—Dá lo mismo —dije.
Estábamos juntos en una mesa. El otro, el amigo de Gonzales, se había dormido en un rincón; los nietos del gringo también. Al fondo cabeceaban el gringo y su mujer. Arispe prendió la radio, pero entre las descargas apenas se oyó el pitido de las seis. La apagó, dándole una patada a la batería. La puerta se abrió de golpe y entraron dos hombres de los que no me acordaba.
—Está bravo —dijo uno, sacándose una bolsa de arpillera de la cabeza, que quedó chorreando en el piso—, no hay forma.
El otro colgó el encerado negro, que brillaba de agua, y se

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

agachó para limpiarse las alpargatas. Amasó un poco de barro en una mano y lo mostró, puteando.
—Ya hay como tres cuadras de agua hasta la orilla —dijo. Miré a Gonzales.
—Sí —me dijo—, cerca de la orilla, ahí nomás.
Golpeó la mesa con los dedos una vez sola, y me pareció que iba a pararse. Pero dijo:
—Bueno, si te dá lo mismo, de algo hay que hablar.
Esperó, como si no se animara. Tenía la cara como manchada de adentro, por la caña, seguro. El viento anduvo fuerte, afuera, un rato largo, antes de que hablara.
—Después que te fuiste estuve con el viejo. No parecía ni chinchudo ni nada. Diez años y todavía me acuerdo. La Juana andaba por la casa, dele mover ese cuerpo. Quién se iba a imaginar lo de después. Lo vi al viejo y le pregunté por vos, porque no te había visto pasar para el colegio. Y no va el viejo y me mira y me dice
Se calló un poco, apenas para tomar la pose del viejo, y encontrarle la voz. Lo hizo tan bien como siempre.
—me dice, como si yo supiera todo, que sé yo. Se olvidó esto, me dice. Y agarraba esa valija de cartón que sabías tener cuando te llevaban al campo.
—Sí —dije—, la había preparado el día antes, con ropa, por las dudas. Después no la quise llevar.
—Bueno, eso. La tenía en la mano y la sacudía y decía: Ese guacho se olvidó esto. Así. Y yo dije: Guardelá don Rojas, que ya va a volver.
—No volví.
—No sé. Él la guardó y dijo que sí. Dijo que alguna vez ibas a volver.
No contesté. De a ratos me olvidaba de la lluvia y el viento y todo eso. Pero afuera seguían los mismos ruidos y a veces la voz de Gonzales era otro ruido más, en el montón. Se dio vuelta y les gritó algo a los dos que habían entrado un rato antes. Uno le contestó que sí, que el camión se les había empantanado. Mientras volvía a mirarme Gonzales me preguntó qué pensaba de la Juana.
—Sabía que se le iba a ir con la plata —dije.

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

—Todos sabíamos que se le iba a alzar con algún tipo joven, pero lo que no pensamos fue que se animara a volver.
—Rojas sí —dijo Ramírez, que ya estaba arrimando una silla—. Rojas sabía. Por eso regaló la casa.
—La perdió —dijo Gonzales, más bien sorprendido—, no la regaló.
—La regaló. Nadie le ganó una pulseada al viejo Rojas cuando él quiso ganar. En pedo, menos. Esos días anduvo bastante cargado. Él era de esos. Me acuerdo cuando todavía estaba la Juana y se le dio por viajar. Yo fui con él. Un día, en Chascomús, se me aparece con el torcido de La Martita, que se lo había encontrado en el circo. Estaban los dos que se caían y él no sé qué prueba había ganado. Creamé, la regaló.
Arispe, desde la puerta, miraba para el río, como si pudiera ver algo. El viento movía hasta las mesas.
—El agua debe estar acá nomás —dijo Arispe—, a ver si todavía tenemos que salir corriendo.
—Capaz —dijo Ramírez—, se viene fuerte este año.
Miró a Gonzales.
—No me crea, si quiere. Pero yo vi cuando Rojas miró para todos lados, en el boliche, y cuando no se daban cuenta aflojó la muñeca despacio. Cuando se paró vino cerca mío. Ahí dijo que así éste no iba a tener dónde volver. Me dijo: Y a ésa, ya sé dónde la voy a esperar.
Gonzales agachó la cabeza y la movió para los dos lados como entendiendo. Dijo, pensando:
—En el río, la esperó, sí. Tres años en esa casilla con ruedas. Tres años y cuando ella vino se fue derecho a buscarlo y pasó eso. Lo hubieras visto —decía, y me miraba, de a ratos— al viejo, haciendo esos banquitos para alquilarlos en el verano, y preparando asados para los forasteros.
—Eso en verano.
—Sí, después no veía a nadie. A los peones de los Laver cuando mucho. A veces me encargaba algo del pueblo y nos quedábamos charlando. Una vez vino a ver al Torcido, acá a La Martita, y me dijo que el viejo estaba loco, que él por lo menos tenía la casilla pero que el Torcido se iba a morir en lo ajeno.

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

Miró hacia afuera, tanteando la lluvia. En seguida dijo:
—La esperó todo ese tiempo. Vaya a saber para qué.
Me clavaron los ojos.
—Ya sé —dije—. Salió en un diario. Creo que pensé lo mismo. Pero es fácil ahogarse, por acá, y más si ella se emborrachaba, porque algo de eso leí.
—Sí —dijo Ramírez— nosotros nunca entendimos cómo aguantaba más de dos horas con Rojas, en esa casilla, ella que había sido tan así, y que además tenía en el cuerpo para un tiempo más. Pero Rojas siempre callado y al mes pasó eso.
Gonzales pudo prender un cigarrillo. Ramírez jugó un poco con el paquete, de mano a mano, hasta que lo dejó parado en medio de la mesa.
—La sacaron cerca del puente Villanueva. Estaba hinchada y todo pero parecía que el agua le había limpiado la cara, de tan blanca.
—Y el viejo —pregunté por preguntar.
—Tuvo que venir a declarar. Pero no lo jodieron mucho. Dijo eso y quedó como cierto; si a ella le encontraron más caña que sangre.
—Después salió menos de la casilla —dijo Gonzales—. Dicen que ella le había traído plata como para otra casa en el pueblo, que se lo oyeron gritar una noche, borracha. Pero no sé. El viejo nunca amagó de salir y van como cinco años.
Llovía, siempre. Ramírez dijo algo, no me acuerdo. El gringo y la mujer se habían dormido y Arispe andaría adentro preparando las piezas que en el verano se llenan de forasteros. La puerta se abrió sola y el paquete de cigarrillos quedó acostado al borde de la mesa. Gonzales sacó un reloj.
—Sí —dije—, vamos, nomás.

Hasta tronaba, cuando salimos. Como cañonazos que daban miedo, en la oscuridad. Acostumbrado a la luz del boliche no veía nada, y encima, apenas nos asomamos el viento me hacía cerrar los ojos, de tan fuerte. Hicimos una cuadra

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

entre las casuarinas, enterrándonos en el barro, y la lluvia nos sonaba en los capotes. Apenas empezábamos a ver algo cuando ya estábamos con el agua hasta las rodillas y teníamos que cuidarnos para no meternos en las zanjas. Me pareció que íbamos por una parte baja y que después podríamos caminar un poco más tranquilos, pero apenas si se veía esa mancha de agua, grandísima, hasta el bulto del balneario, nada más. Ibamos de tronco en tronco, buscando las raíces que salen de la tierra, para pisar lo menos posible el barro. Algunas cosas pasaban boyando y nos golpeaban las piernas. Sentíamos como si el agua nos quisiera llevar los pantalones. De golpe, Ramírez, que iba adelante, se paró y levantó un bulto del agua.

—Un perro —dijo.

Lo dejó caer y seguimos, hasta la casuarina donde estaba el bote de Gonzales.

—Pensar que hoy lo arrastré hasta lo seco —dijo.

Salimos los tres, Gonzales y Ramírez remando, por el medio de la calle, entre las casuarinas. Ramírez tenía una linterna y la prendió cuando calculamos que íbamos llegando al arroyito. El arroyito y el río hacen como una Y acostada y por eso hay que cruzarlo para llegar al balneario. Pensándolo bien daba risa tener que cruzar un puente en bote. Pero apenas si se veían las barandas y había que tener cuidado, no era cosa de ir a parar al río o vaya a saber dónde, porque el agua se amontonaba con fuerza, empujando. Ramírez dijo que estaba bravo. Gonzales dijo:

—Capaz que el viejo ya ni está.

Pero en eso, ahí adelante, al costado de la confitería vieja, vimos la luz, dele moverse. Cuando se hizo más chica y como metida en una caja —no más chica sino que no era tan fuerte y formaba como un cuadrado— vimos pasar un bulto de un lado a otro, cada tanto.

—Ahí anda el viejo, en la casilla —dijo Gonzales.

No sé cómo, empecé a sentir que el río se apuraba, abajo del bote. Como si además de andar subiéramos, algo así. Ninguno hablaba. Nos iba costando llegar. Ramírez y Gonzales cinchaban fuerte, con los remos. Seguía lloviendo, y

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

dele trueno, dele refucilos al fondo. Era como si la luz se fuera a ir.

Cuando llegamos a unos diez metros, el bote quería irse; tiraba para atrás como un animal asustado por la luz de la casilla. Ramírez lo llamó.
—Che, Rojas —lo llamó.
Nada.
—Dele viejo —gritó Gonzales, tratando que el bote se estuviera un poco quieto—, dejesé de joder.
La lluvia, los truenos, el viento. El río sonando ahí cerca. Pero nada, otra vez.
El viejo cruzó por el único pedazo amarillo que se veía en la oscuridad. En el desborde, el río nos tiraba para cualquier parte. El viejo cruzó de una punta a otra de la casilla, dos veces. Yo lo veía pasar.
—Se hace el sordo —dijo González—, y ya debe estar chapaleando.
Pudimos acercarnos a unos cinco metros. Cuando no había truenos se oía clarito el ruido del agua y el viento pasaba como perdido. El agua, y los remos. En eso Gonzales me tocó el hombro.
—Claro —dijo—, hablale vos.
—Por qué no le iba a hablar —dije.
Y esperé que el viejo volviera a pasar por la luz; sentía la lluvia en los capotes, el viento con alguna madera de la casilla. Cuando le vi la sombra le grité.
Me acuerdo que se paró.
La sombra se paró en mitad de la luz y fue como en el cine, antes de que se corte la cinta, y después fue igual porque se hizo todo borroso mientras el viejo venía para la puerta y de golpe no había luz y había que esperar. En seguida, me pareció que todavía estábamos en el boliche. Después de tanto tiempo, debía ser Gonzales, que lo copiaba, no el viejo en serio, no él. Porque en el medio del viento y de la lluvia, el viejo habló.
—Viniste —dijo, y no sé qué tenía en la voz.
No sé qué tenía en la voz, digo, si frío o algo, porque no sonó como antes cuando dijo eso. Pero después sí. Después

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

se hizo toda la luz y el viejo anduvo un rato adentro y salió con ese bulto en la mano. La luz seguía atrás y la cara no se la vi.

—Se convenció —nos dijo Gonzales—, a lo mejor estaba en pedo. Venga, viejo, ya está bien.

Sentí un golpe, cerca del hombro; algo cayó en el bote. El viejo se había movido medio de costado y ya no tenía nada en las manos. Por atrás de él se escapaba un poco de luz. La voz le fue como siempre, como nunca me gustó.

—Volviste, guacho —dijo—. Pero ahí tenés eso. La ropa te va a quedar chica, nada más.

No dijo otra cosa. Se metió adentro como si nada. En el silencio andaban otra vez la lluvia y el viento. Tronaba; entre los refucilos el bote se sacudía como si el agua nos fuera a alzar. La sombra del carro pareció ladearse; atrás se veían apenas los dos sauces de la barranca, enterrados hasta la mitad.

—Somos tres —dijo Ramírez, remando para acercar el bote.

—Eso —dijo Gonzales, y gritando— Vamos Rojas, o te sacamos a la rastra.

Aprovechó el envión del bote y alcanzó a enganchar el remo en alguna parte de la casilla. El viejo salió con el farol en la mano. Se hamacaban con la casilla, él y la luz. La luz nos cayó encima; vimos el bote, las capas, todo. Nos vimos las caras. El largo del remo, más el largo del brazo de Ramírez, nos separaban de la casilla. El viejo volvió a gritar. Ahí vimos la escopeta, el caño brillando entre la lluvia, apenas encima de nosotros. El viejo gritó.

—Vayansén, carajo.

Así gritó, con la voz de siempre, y sentimos el ruido y creo que hasta la bala silbando cerquita, para algún lugar. Ramírez tiró del remo y el bote salió como el mismo tiro, igual. Vimos la espalda del viejo, cada vez más atrás.

Cuando nos enderezamos, apuntábamos para el otro lado. Yo no dije nada. Me limpié la cara de la lluvia. El bote tiraba adelante, despacio. Desde la casilla no llegaba ni un ruido. El viento y la lluvia, nada más. Nos dimos vuelta; Gonzales puteaba.

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

—Una mierda —dije; y pateaba la valija—, una mierda.

En eso, se empezó a mover la luz. Estábamos en la salida del balneario y la vimos moverse para el lado del río, muy lerda. El bote dio un tirón y yo volví a mirar adelante, tratando de ver el puente del arroyo.

—Va por el medio del río —dijo Gonzales.

—Cada vez más abajo —dijo Ramírez.

No escuché lo otro que dijeron. Yo pateaba la valija y miraba adelante, a la luz que había aparecido entre las casuarinas. La luz del boliche de Arispe como clavada entre las casuarinas, bien quietita, dos cuadras más allá.

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

La Vasca

Digitized by Google
Original from
THE UNIVERSITY OF TEXAS

1

Me acuerdo de ese verano.

El otoño se adelantó de golpe; el viento comenzó a invadir las siestas, a zarpazos, como un animal que despierta. Apenas llegó marzo y ya daba frío andar sin camisa, como al sol, entre los árboles. Yo dejé de ir a nadar solo, a eso de las nueve, cuando el agua está clara y se pueden elegir las piedras del fondo. Un día fui a las diez y ni siquiera entré al agua; a los demás los encontré en el centro, cuando empezaba la publicidad. No hubo comentarios ni arreglos, pero ya nos levantábamos a las once y nos veíamos en el pueblo, no en el río.

Tal vez me acuerde por eso. Porque fue el último verano de tres meses que pasé en el pueblo. Porque no daba lástima perder el tiempo sentados en los bancos, bajo las palmeras, frente a las tiendas, conversando.

Llamábamos a las muchachas, que cruzaban juntas de vez en cuando, en bicicletas; un poco distintas, un poco más inofensivas que por las noches, en los bailes, o a la tarde, en el río. Silbábamos o golpeábamos las manos al compás de los altoparlantes que callaban hacia las doce, cuando los negocios iban cerrando y había que volver entre gente que volvía, a comer.

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

Pero la siesta era larga y había tiempo de reunirse en el club después, antes de ir al balneario. Jugábamos al billar o al ping pong; nos quedábamos sentados en el umbral de la entrada, en la sombra fresca de la siesta. Apenas se oía andar algún coche, o alguna locomotora ahí enfrente, en los terrenos de la estación. Y cada media hora ese ruido como de sirena entorpecida, trabada, del colectivo que va al balneario. El ruido nos anunciaba su entrada al pueblo, del otro lado de las vías, y podíamos seguirlo por las calles, sin verlo. Hasta que pasaba a nuestra derecha y el ruido continuaba al fondo, por la última avenida, y después cruzaba a la izquierda, para el lado del río, otra vez. Si habíamos visto alguna muchacha conocida, en la ventanilla, hablábamos de ella.

Hablábamos mucho, porque en esa época conversar era natural, no una felicidad o un cansancio, como ahora. A veces yo me callaba; aún a fines del verano quedaban cosas que solo conocían ellos, los que vivían en el pueblo, y yo solo podía referirme a lo que había sucedido antes de que me fuera (a los nueve años) o en las vacaciones, durante los siete u ocho veranos en que había vuelto. A veces contaba cosas de Buenos Aires, de los curas y el colegio. Cada año, cuando volvía, todo me era un poco extraño; mis amigos, durante el invierno, encontraban palabras nuevas, dichos y alusiones distintas, chistes que al principio era difícil entender. Pero al final de los tres meses yo hablaba como ellos, de nuevo, y no me debía diferenciar mucho de todos, tan quemado al sol de las siestas, caminando y bromeando como ellos.

O tal vez me acuerde de ese verano porque conocí a la Vasca. No sé.

La conocí en el río, después de una siesta. La siesta terminaba, para nosotros, a una señal de Ricardo, que subrayaba el bocinazo del colectivo de las cuatro y media. Subíamos, precedidos por él. Era el mayor de todos nosotros; fue el primero en dejar los juegos antiguos, las luchas en los terrenos de la estación. Un verano volví y él

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

ya no salía con nosotros en la siesta, cuando íbamos para el lado del campo con las hondas preparadas, tensas, y nos callábamos esperando que los pájaros sonaran de golpe, en el silencio, como el eco de un tiro. Después, también nosotros cambiamos el campo por el club, los terrenos de la estación por el billar. Uno de esos veranos yo salí con él y fuimos con mujeres. Cuando volvíamos me habló de los demás como de otra gente, como si no estuviésemos siempre con los demás. Sin embargo, para los otros, Ricardo seguía siendo el mayor, el que imponía las reglas. Él había establecido esa pausa en la siesta; apenas llegaba el colectivo de las cinco había que estar arriba, entre los árboles o cerca de la parada, para ver si llegaba una de esas muchachas que no eran del pueblo, las forasteras a las que vigilábamos días enteros, sin hablarles, o apenas diciéndoles algo al pasar. Nos hacíamos ver para que nos reconocieran a la noche, en algún baile. Ese día Ricardo silbó apenas llegamos a los vestuarios; ellas pasaron entre nosotros sin atender a sus silbidos. La rubia era alta; tenía el pelo amarillo, pajizo, y dos dientes de conejo le levantaban el labio superior.

—Debe ser de Buenos Aires —dijo Ricardo, y volvió a silbar, mientras marcaba el movimiento de caderas de la rubia con las manos abiertas, rítmicas.

Volvimos al agua. Cuando los que habían llegado en el colectivo terminaran de cambiarse, el río dejaría de ser nuestro. Tratábamos de alargar las horas anteriores, cuando, después de tocar el fondo, podíamos volver como si hubiésemos estado en otro lugar mucho tiempo, dispuestos a encontrar todo cambiado; pero afuera, en la orilla, y sobre el agua, y en lo alto de las barrancas, seguía la misma siesta de siempre, silenciosa como el fondo del río. La siesta como un río cubriendo enormes árboles enterrados; llevando escalones, risas; aplastándose bajo el sol que trepaba, arriba. Nuestros gritos también eran aplastados, inútiles, como si hablásemos debajo del agua, como si abriéramos la boca y no nos saliera el grito. Los cuerpos imprecisos, distantes, igual que si nos buscáramos junto a las piedras de allá abajo con los ojos muy abiertos, borrachos.

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

Jugábamos, saltando unos sobres otros; chapoteábamos y llamábamos a gritos a las muchachas. Esa vez, como siempre, las voces nos arrancaron del recuerdo de la siesta. Ricardo bajaba, también, y esperó que la gente fuera entrando, dispersándose en el agua.

Esperaba en medio de la balsa, de espaldas a la escalera que corta la barranca. Las muchachas se extendían hacia arriba, tendidas en los escalones; primero las que no recuerdo y al final Mariana, con los muslos entornados ya del color del otoño. Mariana tenía la voz alta, su risa tapaba las otras risas, siempre. Nosotros formábamos un semicírculo en el agua y saltábamos, porque Ricardo había empezado a tirar la pelota, una vez a uno, una vez a otro. La atajábamos, la hacíamos cruzar el aire, a veces nos peleábamos por alcanzarla, entre la gente. Ricardo había mirado hacia atrás y las vimos bajar. Ricardo hizo señas de que tirara la pelota; me salió con fuerza, un poco desviada, y él tuvo que saltar de costado y cayó al agua justo cuando ellas llegaban al borde de la balsa. El agua las salpicó y la rubia se puso a hacer piruetas, dando chillidos. Aplaudíamos. Carlos había nadado hasta donde yo estaba y me tocó el hombro.

—Sí —dijo—, es de Buenos Aires.

Él había hablado con Ricardo, un rato antes.

—Y la otra —dije—, quién es.

2

Fue al rato largo de subir por segunda vez, cuando el agua removida volvía a alisarse con el cercano crepúsculo. En la escalera nos había alterado la risa de la rubia, tan vulgar y tan suelta. Nuestras amigas miraban y se reían. Ahora me doy cuenta de que todos subimos cuando la Vasca y la rubia subieron. Mariana abrió los ojos cuando pasé cerca de ella, pero nada más. Cuando tuve que ir a buscar la pelota, cerca de la entrada al balneario, la Vasca estaba

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

ahí. No me acuerdo bien; tal vez nos agachamos al mismo tiempo y chocamos las cabezas, o nos vimos cara a cara, muy cerca.
No sé qué dije. Al rato, cuando ella estiró la mano, noté que era áspera, fuerte en la presión de los dedos. Miré hacia la escalera. El sol, lejos, declinaba. Pensé que era cierto.
—Aprovechá —habían dicho en algún momento mis amigos—, ella debe creer que sos de la capital.
Ahora, Carlos y los otros buscaban la ropa. Todos se movían para irse. Mariana fue la primera en mirar hacia donde yo estaba; me encontró con los ojos y casi podía vérselos: fijos, muy atrás de los párpados. De golpe le vi el pelo, la nuca, y escuché que todos se reían.
—Es amiga tuya —preguntó la Vasca y sus dedos apretaban más fuerte.
Dije que sí. Conseguí soltar mi mano pero ya era tarde. Silenciosos, pasaron mis amigos. Sonreían, quemados, rubios, balanceando los bolsos. Alberto dijo algo y los demás respondieron con risas a coro. El arranque de las motos, el coche de Carlos. Mariana y las otras mirando hacia atrás. Me saludaron, a gritos.
—Que te vaya bien —dijo alguno.
Mariana se reía más alto que todas las demás. Callado, los vi alejarse; nubes de polvo en el camino.
La miré.
—Por qué no te fuiste con ellos —dijo.
Su traje de baño era gastado y marrón. Sentí calor: estaba enrojeciendo. Para hacer algo —alguien pasaba, pero ya no pude ver si era o no un conocido— le acaricié la cara. Era suave y tenía una blancura desganada y pobre. Traté de que mi voz fuese firme y le miré el pecho, alto bajo la tela húmeda.
—Para quedarme con vos.
Sonrió. Recién me fijé: podía llevarme algunos años; tendría veinte, veintidós. Me pareció haberle visto la risa, antes, en algún baile. Me puso las manos en los hombros.
—No. Te quedaste porque ya te habían visto conmigo, y era igual.

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

Hablaba con una sola mueca, casi sin mover la boca. No supe qué decir.

Entre los árboles iba creciendo el crepúsculo, que en ese tiempo nos duraba mucho, aunque no tanto como la siesta. Casi siempre los últimos en irnos éramos Ricardo y yo; nadábamos hasta que el agua se iba poniendo tibia, con la noche. Cuando el sol empezaba a bajar las muchachas se vestían y nosotros entrábamos al agua. Nadábamos desde la pasarela hasta el trampolín, íbamos y volvíamos lentamente, luchando primero con los brazos entumecidos hasta que los músculos se dirigían solos y los brazos entraban y salían frente a nuestras cabezas, la respiración se movía al compás de los brazos, veíamos los árboles, el agua, otra vez los árboles; doblábamos, veíamos la barranca opuesta, el agua, la barranca, y a veces, cada vez más abajo, el sol. Pero Ricardo no se veía por ninguna parte, ahora.

La Vasca y yo estábamos junto a la barranca, ya cambiados. Los últimos bañistas se movían, allá abajo. Una mujer cruzó la pasarela. Me acordé de la rubia, que había desaparecido. Del otro lado del río la barranca agreste, coronada por un alambrado; más allá el campo, el techo de un puesto de los Laver, los montes aislados; más acá los cardos. Ella preguntó si la iba a acompañar hasta el pueblo. Creo que me sentí aliviado; sin embargo, pregunté si no caminábamos un poco, antes, y señalé, sonriendo, ese grupo de árboles de la orilla, a unos doscientos metros del balneario viejo. Hizo que no con la cabeza, mientras se alisaba el pelo, algo largo y con cierta dureza que lo hacía sacudirse en conjunto sin libertad. Otra vez esa risa, esa voz que salía de la boca quieta, esa mueca. Como si apretara un cigarrillo al costado de los labios.

—No —dijo—, hoy no.

Callados, bajo los árboles, desandamos el camino del río. Ella se había acercado a mí. Yo le cruzaba los hombros con un brazo; me acuerdo que en la mano libre llevaba dos o tres monedas. Antes de que cruzáramos el boliche de Arispe, vino el ruido de un motor, del lado del pueblo, y entre la tierra que nos tapó en seguida reconocí el coche

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

de Carlos. Ella me buscaba, entre el polvo. Yo me aparté de una casuarina grande, que me separaba de la calle.
—Tomá —le dije—, te regalo este abanico.
Ella tomó la rama y se acarició el cuello con la punta, sin decir nada. Se pasaba las hojitas verdes por la piel y me miraba. Yo miraba ese costado de su boca, los labios. Empecé a pasar las monedas de una mano a otra, hasta donde las casas comienzan a apretarse, cerca del hospital.

No me preguntó si la acompañaba hasta su casa. Pero le expliqué que tenía que estudiar, que estaba en el pueblo preparando un examen. No dijo nada. Apurado, le pregunté cómo se llamaba.
—Elena.
Pensé en la respuesta de Carlos, tres horas antes. Me miró a la cara y repitió ese gesto, con la cabeza, sonriendo.
—Elena Campos, nada más.
Me tocó el pecho con la rama.
—Miguel —dije.
—Pablo —dijo ella—. Pablo Vicente, como tu padre.
Me acordé de Mariana. También pensé en Ricardo, mientras caminaba. Atravesé el pueblo mirando, en las esquinas, si la Vasca no iba por una calle paralela. En el centro se encendían las primeras luces. Al cruzar las vías —después de de demorarme, hablando con alguien, en la estación— me pareció verla caminar adelante, a una cuadra.
En la puerta del club estaba Alberto y me siguió hasta la mesa de ping pong. No había nadie y paleteamos un rato, en silencio. Dijo que contara cómo me había ido. Carlos entró en ese momento. Yo había iniciado una sonrisa ambigua. La pelotita saltó y me agaché.
—Cómo te fue con la Vasca —volvió a preguntar Alberto.
Carlos me miraba.
—Dale —dije haciendo el saque—, jugá.

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

3

Ricardo apareció a la noche. Dijo que había andado con la rubia, por el balneario nuevo. Llegó cuando ya estábamos en el centro, de espaldas a las vidrieras iluminadas, alineados en el cordón.

—No —me dijo—, no me vieron. No importa que sepan, las mujeres lo que no quieren es que se las pasés por la cara.

Así empezó. Nos callamos un rato. Al anochecer el otoño parecía más cercano y el viento se aventuraba, tenaz. Entramos al centro con los abrigos sobre los hombros pero ya había que usarlos. El aire nos enfriaba la cara y mirábamos silenciosos a los grupos de muchachas que iban y venían por el centro de la calle. Mariana y las otras llegaban siempre más tarde y en el principio de la noche la rambla estaba invadida por las muchachas que conocíamos del Salón Italiano, en los bailes, o de la confitería del balneario nuevo. Ricardo me alcanzó un cigarrillo; encendió de un solo golpe el fósforo. Mientras sentía el primer humo en la garganta, alcancé a verle la cara rígida, inmóvil. Era como después de nadar, cuando en el río se desordenaba el crepúsculo y Ricardo hablaba mientras nos secábamos apurados; hablaba en las escaleras desiertas, donde el primer viento de la noche era menos duro y ese calor, esa tibieza de siempre nos iba ganando el cuerpo al vestirnos. Ahora, Ricardo pasaba el fósforo por su cigarrillo, en la punta opuesta de la brasa; cuando la cera se secó sobre el papel dio una pitada larga, mirando a través de la calle, hacia la estación. Pensé: Ahora va a decirme que el pueblo está cada vez más aburrido. Tal vez ya lo había dicho. Me miró.

—Para vos es distinto porque venís en verano. Hay que estar en invierno para darse cuenta.

Yo escuchaba. Al rato nos olvidamos de estas cosas y —estando en la rambla, como esa noche— mirábamos igual que todos a las muchachas que llegaban en grupos, riendo.

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

Pero fue durante ese verano cuando Ricardo y yo empezamos a llegar más tarde al centro; nos veníamos directamente del río, sin cambiarnos y con el pantalón de baño en la mano. Por enero, cuando el calor del sol nos resucitaba en la cara —y era de noche, eran la rambla y las luces y los parlantes gritando hasta no dar más— nos bastaba subir la tela húmeda hasta la piel para sentir el río con nosotros, el agua, el olor salado del agua. Nos sentábamos en el umbral de la farmacia y Ricardo me contaba cosas del invierno, cuando las muchachas no tenían ese aire alegre de siempre y los días pasaban sin apurarse; sobre todo ahora, que estaban en los últimos años del secundario o algunos iban a la facultad de La Plata y quedaban los de siempre, durmiendo hasta tarde, encontrándose a cada rato por el pueblo cada vez más aburrido. Esa noche me habló de Ernesto, el hijo de un médico, que estudiaba en Buenos Aires y al que todos los otros nombraban con una risa. Ricardo dijo que una noche del último invierno oyeron voces, gritos, y vieron bajar del tren a Ernesto con una chica de pelo negro y suelto y a tres parejas más. Los demás me habían dicho algo, antes; hicieron una especie de campamento en el garage del padre y parecían todos locos, vestidos en forma rara y haciendo bochinche a cualquier hora por la calle. Pero Ricardo dijo que los otros hablaban así y se reían para defenderse, porque los molestaba verlos tan libres, verlos reirse de todo como si tuvieran derecho, porque

—al fin y al cabo vienen de la capital —dijo Ricardo—, y vos sabés bien que allá uno conoce otra gente, hace lo que se le cantan y nadie...

Yo no sabía si escucharlo o mirarlo. Había en sus gestos algo más duro que las veces anteriores; pero era en la entonación de las palabras —que tal vez no eran las mismas de siempre— donde yo advertía un cambio; eran más rotundas, como golpes cortos y fuertes. Del lado de las vías se acercaban Mariana y las otras. Pensé que aún no le había contado la verdad a Ricardo, el asunto de Mariana. Cuando le dije que no me había animado a hablarla no me pre-

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

guntó nada. Pero la cosa había sido por mi nombre. Estábamos bailando y Mariana me preguntó cuál era mi nombre completo. Entonces dijo que mi segundo nombre era igual al de mi padre, si no se equivocaba, y hubo que empezar a hablar de eso, de cuando vivíamos en el pueblo, de las veces que habían internado a mi padre y de si era cierto que estaba loco. Con las mujeres era más difícil que con nadie hablar de esas cosas y con Mariana peor, porque se veía que no necesitaba enterarse, que lo hacía con malicia. De eso me acordaba mientras el grupo de muchachas se acercaba a la rambla y oía la voz de Ricardo.

—nadie te jode, vos sabés, Pablo, no como acá que se fijan si salí con una de esas

muchachas que ahora ya estaban yéndose de la rambla, a las que apenas conocíamos porque no iban al baile del Club Social, como Mariana y las demás. Algunos hasta teníamos primas, entre ellas, pero solo nos acercábamos en la cofitería del balneario —siempre que en el salón de arriba no hubiese una comida del Rotary— o en el Italiano. cuando el baile del club terminaba o se ponía demasiado aburrido, y salíamos del pueblo medio borrachos, haciendo sonar las bocinas de los coches y abriendo el escape apenas nos alejábamos del centro. Las llevábamos

—los que pueden, cuando les toca, al puente

o nos perdíamos entre los árboles, o por la orilla del río, más allá del Paso de la Baguala; y al otro día las encontrábamos haciendo compras por el pueblo o cuidando a los hermanos menores de Mariana o de nuestros amigos. En el río estaban alguna vez —los jueves o los sábados, bien al final de la siesta—y evitábamos mirarlas muy de frente.

—adelante de nuestras amigas, que se hacen las que no saben que uno se tira de vez en cuando a una negrita, con tal que las respetés a ellas. Yo voy a buscar lo que no me dás, le dicen éstos a sus noviecitas, y ellas contentas.

Me acuerdo haber conversado todo esto, muy cerca de los otros, hasta que Alberto nos llamó y nos unimos al grupo. Los parlantes sonaban fuerte. Recién entonces me dí cuen-

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

ta de que Ricardo tenía aún el primer cigarrillo, apagado en la mitad.
—Esos discos —dijo—. Ya los sabemos de memoria.

Mariana y las amigas ya estaban dando vueltas. Alguien les dijo algo, mientras pasaban, y charlamos todos juntos esperando que volvieran. Carlos venía con ellas, en la vuelta siguiente, al lado de Mariana. Se pararon, y en ese momento vi a la rubia y a la Vasca, frente a nosotros. Ricardo hizo una seña; la rubia se apartó unos pasos y él se acercó. La Vasca estaba mirándome. Se oyeron risas, un comentario más alto, y Ricardo se dio vuelta, mirando al grupo de muchachas. Parecía tocar sin querer la cintura de la rubia.
—Mucha risa —dijo, con la voz suave, sonriendo—, qué pasa. ¿O prefieren que les haga a ustedes la proposición deshonesta?
Me miró, apenas. Alguien preguntó, muy bajito, si yo no iba. Algunos se unieron al grupo de nuestras amigas y me quedé quieto, mirándoles las espaldas, mientras seguían. Más adelante iban la rubia y Ricardo. La Vasca, a un costado, caminaba despacio.

4

El viernes Ricardo no fue al río; yo volví al pueblo temprano, antes de que terminara la siesta. A la noche llegué tarde al centro y esperé en el paso a nivel, más allá de las luces, hasta que vi cruzar a la Vasca. Me dijo que estaba cansada y apenas hablamos, al caminar, mientras las luces se iban perdiendo detrás nuestro, y los ruidos, como si el pueblo se desfondara. La dejé a una cuadra de la casa —ella volvió a decir que estaba cansada— y anduve hasta que me alcanzó Ricardo. Jugamos hasta muy tarde a las cartas y después, ya camino del río, yo empecé a contarle

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

lo de Mariana. En el agua, en las escaleras, él habló hasta más allá de la madrugada.

El sábado, en el balneario, jugamos un rato con el bote. Era de Carlos; uno de esos botes alargados, como las canoas, de un amarillo brillante. Nos proponíamos bajar con la corriente hasta el balneario nuevo, que está a unas cinco cuadras del viejo. Descansábamos, antes, tendidos en la balsa, con la frescura del cemento mojado penetrándonos las espaldas, y el sol clavado encima, todo un velo rojo más allá de los párpados. Oí la voz de Ricardo, arriba, y abrí los ojos. Ahí estaban, los tres.

Ricardo hablaba con la rubia; la Vasca me miraba. Agité la mano y ella sonrió. Había olvidado a las muchachas, que rodeaban a Mariana en la escalera, pero apenas saludé a la Vasca las oí reírse, muy fuerte. La sonrisa de la Vasca, en lo alto de la barranca, se hizo más chica, quedó aplastada. Hice seña de que me esperaran. Carlos, cerca, dijo algo y subimos la escalera. Mariana miró a las demás.

—Parece que arriba esperan a alguien.

—No será a Ricardo —dijo una.

—Y —dijo, y me miraba, Mariana—, por qué no vas.

Enrojeciendo, dije que eso iba a hacer. Cuando llegué arriba bajaba gente del colectivo de las cinco. Miré hacia donde estaban ellos tres, les indiqué con la mano que fueran caminando, nomás, y aparenté demorarme arreglando mi ropa. Cuando estaban a buena distancia los seguí, despacio, como distraído con algo. Saludé a un conocido, me detuve a hablar. Los alcancé en mitad de los árboles, al borde de la barranca. Ya no se oían voces; apenas alguno, pescando, se inclinaba sobre el agua que transcurría tranquilamente, allá abajo. Algunos turistas desarmaban la última carpa del verano. La Vasca me presentó a la rubia.

—Una prima de Buenos Aires.

—De Lomas —dijo la rubia, y miró a su prima—, que viene a ser lo mismo. Quería conocerte —los dos dientes asomaban entre sus labios y me apuntaban—, por qué no viniste antes.

No dije nada. La Vasca me tomó de la mano, sin sonreír. Cuando llegamos al puente que cruza el arroyo, Ricardo

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

y la rubia ya estaban en los primeros árboles del balneario nuevo.

Pasando apenas el puente, la barranca se hace menos brusca; se interna, imperceptible, en el río. Pero la calle sigue, alta, y desde arriba se ven las hojas del sauce; se adivinan el tronco y el hueco cubierto, insospechados. Ahí nos tendimos, con el río de frente, y crujieron pequeñas ramas. El cielo era todo sol; se enardecía, entre las hojas, como una chapa al fuego. Me vibraban las piernas, el cuerpo apretado a la tierra; algo como un zumbido de músculo a músculo, entre los demás ruidos: pájaros encaramados en el límite de la siesta, gritos lejanos, un coche que pasó arriba, el agua entrando al arroyo. Girando los ojos bien atrás se veía el borde del camino. Ella dijo:

—Por qué no viniste antes, apenas me hiciste seña.

Dije que había venido bastante rápido y doblé la cara hasta sentir el frío de la tierra en la mejilla y en su perfil vi retratada mi voz; desmesurada, demasiado cortante, mi voz había sido más grande que yo. Ya le subía esa mueca, por un costado de la boca, y fue igual que cuando Ricardo nos miraba a todos, en las discusiones, entornando los ojos y callado, diciéndonos sin hablar que nos faltaba un poco, que éramos chicos para comprender. Giré sobre mi costado hasta quedar encima de la Vasca, enfrentándole los ojos. Su traje de baño estaba seco y el contacto con la tela era desagradable. La besé, buscando el nudo detrás de su cuello. La mueca desde ese costado de la boca crecía hasta cerrarle el ojo izquierdo y anunciaba la sonrisa de siempre. Me sentí torpe. Bajo mis piernas había una rama y me molestaba. Su mano caliente, en la espalda. Bajé la tela hasta la cintura; tenía los pechos blancos, blandos. Me dejé caer con todo el cuerpo.

De golpe oímos ruidos, voces, y ella se quedó quieta y tensa, como un alambre tirado por las puntas. Aplastado contra la Vasca vi avanzar el bote y reconocí las risas. Mariana, Carlos, Mariana. Cuando el bote se alejó volví a besarla. Apretada, la noté dura, la imaginé con los ojos abiertos. Me molestaban las ramas, las hojas; me acordaba del bote. Ella estaba silenciosa, reprimida. Con la

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

ropa por la cintura, con mis manos sobre sus pechos y entre sus piernas, dijo que no.

—Ya sé —la risa se le iba mezclando con las palabras— lo que querés —se le hacía filosa, la risa, crecía— pero no, chiquito —como jugando— eso no —como empujándome—, eso sí que no.

Pero entonces la voz se quedó quieta, clavada en el aire. Tenía la boca abierta y yo podía verle esa mancha rosada, la lengua que cruzaba despacio —dos o tres veces, descubriendo el ritmo en que pensaba la Vasca—, a intervalos iguales, más atrás de sus dientes. Me empujó de los hombros, muy suave, levantando la espalda hasta que sus pelos parecieron arrancar derechos, brotar de la gramilla gastada. Su voz fue como su cara y sus ojos, lisa y abierta.

—No, Pablo, todavía no.

La siesta se desplomó entera, desde muy alto. No hablé en seguida; volví a perderme entre los ruidos anteriores, ya borrosos. Recordé el bote, las risas de Carlos y Mariana. Pensé en lo que diría más tarde a mis amigos. Pero ella dijo:

—No es por el bote. Seguro que tardan en volver.

Todavía tardé en hablar, y cuando lo hice mi voz fue otro ruido más, otra rama quebrándose por casualidad, sin sentido, perdidas las preguntas —cuándo, por qué—, arrasadas por el agua que se iba. Y la acariciaba otra vez, eligiendo los lugares de su cuerpo —el cuello, las orejas, las partes que mis amigos aconsejaban—, olvidando la vergüenza de moverme yo solo, olvidando o aceptando la inutilidad de mis manos, tratando de que sus brazos abiertos se cruzaran sobre mi espalda para verlos caer sobre el pasto, moviéndome ya como un muñeco entre el sol que me rechazaba, arriba, y esa piel cada vez más caliente que me rechazaba, abajo; entre el río que me empujaba hacia la barranca, adelante, y la barranca que me alejaba hasta que el río volvía a empujarme, atrás, oyendo en esa boca apenas abierta el eco de mis propios gemidos cada vez más largos, atrás sobre ese cuerpo quieto, arriba con las manos y los pies en la tierra, abajo con mis piernas golpeando

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

esas piernas apretadas y juntas, más abajo sintiendo que ese cuerpo iba a desaparecer, tratando de hundirlo mientras las arrugas de su traje de baño se me clavaban en el estómago, adelante hasta encontrar esas raíces asomando cerca del pelo suelto y apretarlas mientras llegaba ese golpe corto, el primero, y mis labios en sus pechos y el otro, más largo, allá abajo, ni siquiera sobre la tela que le cubría el cuerpo hasta la cintura, y la rabia creciendo con esa humedad caliente que se extendía entre mi piel y el pantalón cerrado y seco, entibiándose mientras el cielo volvía a su lugar encima del sauce, las ramas a su lugar debajo de mi espalda— el cuerpo ese a su lugar a un costado, muy blanco.

—Hace mal acabar en seco, chiquito —me dijo la Vasca.

Y empezó a hablar.

Habló todo el tiempo hasta que oímos, arriba, las risas de Ricardo y la rubia. Subimos y después ellas se despidieron hasta la noche. Nadamos hasta cansarnos, los dos a un tiempo. Mientras nos secábamos le conté a Ricardo. Seguimos hablando, al volver, a pie y como olvidados del crepúsculo. Él había dicho:

—Ya me parecía que te estaba pasando algo de eso. Fijate, la rubia es igual.

—Pero, según ustedes la Vasca era fácil.

—Eso decían. Pero debe haber sido antes que viniera esa prima o lo que sea. Tenías que verlas, la otra noche. Se reían de nosotros, viejo. Me preguntaron si no nos aburrimos, siempre en el club y con las mismas chicas. La rubia es más canchera y a ella no le importo mucho. En cambio la Vasca, con vos

Lo miré.

—sí —dijo—, además la rubia la está avivando. Antes a la Vasca no se le iba a ocurrir que la pasearas por la rambla, justo un sábado para que todos te vean.

Yo le había dicho que el domingo, porque había más gente. Como novios, había dicho ella. Pensé que a Ricardo le habría pasado lo mismo.

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

—Y a vos, qué te pidió la rubia. Cuál es la condición.
Frente al hospital nos separábamos. El pueblo se nos había venido encima sin que nos diéramos cuenta, con ese gris enfermo del otoño que en el anochecer se adelantaba con mayor decisión. Ricardo se reía.
—Nada —dijo—. Ya vas a enterarte. Este pueblo me da cada vez más risa. El club y todo eso me dan tanta risa como a ella. Se lo propuse yo.

5

Me vestí con lentitud, desganado. Cada vez que enfrentaba el espejo, para peinarme o corregir la corbata, me imaginaba a Ricardo cumpliendo con la misma ceremonia sin sentido, ridícula. Recordé los bailes del club, las veces en que oíamos voces y entraban los de las estancias: las muchachas de pelo largo y suelto, los muchachos que masticaban chicle y se movían de un modo más libre, entre nosotros, sin mirarnos.
Oíamos el ruido de los coches —que llegaban embarrados, sin orden, ruidosos— y en seguida entraban ellos con ese aire deportivo, ese desaliño de los pantalones y las camisas sin corbata. Después, las botas o las alpargatas arrastrándose por el piso lustrado del Club Social.
—Estos payasos se creen dueños del pueblo porque se llaman Anchorena o Laver —dijo Carlos, una noche.
Ricardo se le rió fuerte, en la cara. Nos sorprendió con esa risa exagerada, larga. Después preguntó qué haríamos si nos invitasen a ir a las estancias, con ellos, a compartir sus caballos, sus muchachas.
—Yo voy siempre —dijo Carlos.
—Sí —dijo Ricardo—, yo también. Pero no es lo mismo ser hijo del dueño que pariente del mayordomo o hijo del administrador.
—Vamos, viejo —dijo Alberto—, si vos sabés que los Laver están más tirados que nunca, y medio locos. No viste

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

lo que dicen de la vieja, antes de morirse. Qué vienen a hacer, acá.
Ricardo casi gritaba.
—Ya sé, pero tu viejo, y el mío, hicieron la plata administrándoles las estancias. Y ahora lustran el coche todos los días. Los Laver no necesitan tenerlos brillantes.
—Encima sucios, además locos —insistía Alberto, y me tocó el brazo como excusándose— y borrachos.
Pero yo seguía la discusión sin darme cuenta de esas cosas, porque hablaban de otra gente que apenas conocía. Me acordaba poco de mi padre, en ese tiempo, y además mi padre había sido un comerciante del pueblo, nada más, y no un Laver. Ricardo pensaba que esas cosas podían molestarme y trataba de desviar la conversación.
—Nosotros decimos de la vieja, porque estaba loca. Está bien. No se aguantó lo de venirse en banda y mandó a los peones que rompieran la pileta de natación y la cancha de tenis y todo lo que la hacía acordar de los buenos tiempos.
—Una loca.
—Justo, Carlitos, una loca. Pero también la Inglesa estaba loca, rayada por los perros y porque se le iba achicando el campito, pero nadie dice nada, porque iba a nuestras casas a jugar a la canasta. La yegua de la Inglesa le hacía unos aboyones así a los autos pero nadie decía ni a. Mi vieja, cada vez que iba a venir la Inglesa hacía lustrar el juego de té.
La risa se le iba, en el silencio sorpresivo que vino. Alguien estaba cambiando los discos y algunas parejas esperaban hablando en voz baja. En esa época Ricardo andaba con una Laver, una nieta de la vieja. Ya la veíamos venir, arrastrando los pies, muy rubia, por atrás de Ricardo.
—Además, yo digo —decía él— se imaginan a nuestros viejos jugándose el resto, vendiendo terrenos para no matar los perros, como la Inglesa. O rompiendo el parque, como la vieja. Los perros seguro que los venden. Y son capaces de jugar al polo y al tenis solos y de nadar en pleno invierno, con tal de aprovechar algo que les costó plata.
—Callate —dijo la Laver poniéndole una mano en el hom-

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

bro y marcando la elle—, anarquista. Y cuidado porque se te está pegando la "ye" alargada que tanto me criticás.
—Eso se pasa —dijo Ricardo, levantándose; la miró y nos miró—. Pero ustedes, mirensé bien. Porque el día en que los negros se aviven van a tener que correr juntos.
Nos reíamos. La música volvió y algunos se levantaron a buscar pareja. Carlos señalaba a Ricardo.
—Otro —dijo—. Cuando empieza no la termina más.

Hubiera seguido, es cierto, pensaba yo ahora, mientras cenaba y el recuerdo de esa noche se me mezclaba con el de algunas horas antes —la barranca, la Vasca—, y con la noche anterior, la del viernes, cuando le había contado a Ricardo el asunto de Mariana. Hubiera dicho todo lo que decía siempre, en noches distintas, en el club o en la estación, en las madrugadas después del baile cuando terminábamos sentados en el hall de la estación, despertando a los vagos que dormían en los bancos o tirando piedras contra las vías. A veces hablaba también en los amaneceres del río. Corríamos en los coches hasta el balneario viejo, desierto en los últimos rastros de la noche. Cuando íbamos todos se terminaba discutiendo y Ricardo hablaba sin interrupción. Entrábamos, desnudos o casi desnudos al agua limpia, tranquila, y al salir mirábamos, felices y tibios, las luces del balneario que brotaban desde abajo, temblando. Pero si alguno comentaba algo Ricardo decía que si nos viesen los de las estancias se divertirían mucho de que esas escapadas nos pareciesen algo extraordinario, fiestas prohibidas.
—Ellos vendrían acompañados —decía.
Una vez le pregunté por qué venía con nosotros.
—No es que no me guste venir con ellos —dijo—, pero me da rabia que todos le den ese aire de cosa rara. A lo mejor oyeron que los Laver lo hacen y vienen por eso.
Desde ese día preferí que fuéramos solos, charlando. Ya en el río, no nadábamos en línea recta, como a las tardes; nos dejábamos estar en el agua, nada más, como si estuviéramos adentro del amanecer, buceando lentamente junto

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

a los pilares de la pasarela que nacían allá abajo, en el agua tan clara. Vestidos, en los bancos, volvíamos a hablar. Ese día yo empecé con lo de Mariana.

—Así que te preguntó eso —me dijo—, como si no hubieran sido ellas las que se encargaron de informar a los pocos que no sabían que vos eras el hijo del loco Iriarte. Son todos iguales. Mi viejo se agarra sus buenos pedos, pero nadie dice nada, porque es el administrador de los Laver.

Estaba más serio que nunca cuando decía estas cosas; sus gestos, todo su cuerpo eran como una máquina; movía los brazos, abría una mano y la balanceaba en el aire para subrayar algo. No hablaba en tono alto, o solemne, pero a cada rato daba la impresión de un profesor en clase. Ese día, cuando nombró a los Laver, yo le pregunté por qué los defendía tanto.

—No los defiendo. Son como los otros, pero cuando vienen al pueblo saben lo que hacen. Se embarran a propósito. No viste que a veces traen las botas llenas de bosta, como si vinieran de trabajar.

Estábamos en la barranca; el agua se ponía como blanca, perdía las luces del balneario.

—Pero los otros son peores —decía—, no te fijaste en el baile. Mucho hablar, pero Mariana, y las otras, apenas se les ocurre a uno de los Laver sacarlas a bailar, salen en seguida, meandosé.

Claro que molestaban, siguió. Pero qué hacíamos nosotros cuando íbamos a la confitería del balneario, a la del Italiano. Me preguntó eso y esperó, como un profesor en clase. Tenía ese aire adulto que no gustaba a los demás. Había aclarado y caminábamos hacia la camioneta. Se apuró.

—Los copiamos a ellos, nada más.

Era una de esas mañanas en las que el sol, antes de salir, ya molesta, como un fantasma en acecho. Los grillos conjuraban la noche cada vez más imprecisa y él hacía nombres, recordaba a los muchachos que habían empezado el primario con nosotros y ahora cargaban bolsas o estaban en algún taller. Habíamos jugado con ellos en la estación y en la escuela, pero ahora nos daban risa sus trajes de do-

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

mingo, marrones o azules, con ese color gastado, tan igual, siempre, y las corbatas gruesas, mal anudadas.
Habíamos subido a la camioneta. Arrancamos; vinieron las casuarinas altísimas, arrojando esa sombra blanca, tan triste, del principio del día. Ricardo me preguntaba si nunca había ido a las estancias con Carlos o Eduardo.
—Tocan la bocina y le gritan a los peones como si fueran los dueños del campo.
Tal vez no dijo todo eso el mismo día sino los otros, tan iguales, cuando después de bañarnos llegábamos al pueblo y veíamos a la ronda volver hacia el centro. Nos deteníamos frente a las tiendas y cuando pasaban los primeros empleados arrancábamos despacio, dando tal vez otra vuelta hasta que me dejaba en casa de mi abuela.
—Mirá —me había dicho esa misma mañana, obsesivo—, dentro de poco todos van a ir al club sin corbata, masticando chicle y con botas. Ese día los Laver van a caer de traje y con el coche lustrado, para seguir riendose.

6

Recordé todo eso y fui despacio hacia el centro, tratando de llegar al final de la publicidad, para no ver a los otros. Desde el centro volvía gente; reconocí voces, en la oscuridad de la calle. En la primera esquina me encontré con Alberto y caminamos juntos.
Después de cruzar las vías advertí, adelante, a Mariana y a Carlos, del brazo. Detrás, en la rambla, cerraron alguna vidriera. En la estación maniobraba una locomotora; se escuchaba el cimbronazo de los vagones al ser unidos. Alberto me preguntó por la Vasca.
—Bien —dije—, todo bien.
En el salón del club se oían los discos, solos, entre sillas desocupadas. Hicimos tiempo jugando al billar y Alberto me ganó dos partidas. Cuando subimos el salón estaba lleno, con las parejas confundidas en medio de la pista. Había,

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

a pesar de la hora, cierto desgano de baile recién iniciado. Miré las sillas: en los respaldos, abrigos más gruesos. Tras las ventanas, en los árboles, el viento despertaba de a poco. Me acordé del invierno, en el colegio; los curas caminando entre las camas y nosotros con los guardapolvos grises, arreglando la ropa, y las ventanas altas, verdeoscuro bajo las luces del dormitorio enorme, parecido al salón del club.

Alberto me preguntó si no bailaba. Mariana, cerca, dijo:

—Con quién.

—Eso —dije—, con quién.

Después pregunté si alguno había visto a Ricardo. Mariana me miró; los mismos ojos, muy atrás de los párpados pintados.

—Vos sabrás dónde está.

Dos veranos después, cuando volví, Mariana ya no estaba en el pueblo.

—Hasta luego. Lo voy a buscar.

En el colectivo, Carlos el chofer, dijo que el balneario estaba lleno y que ya llevaba cuatro viajes de ir completo. Nos conocíamos desde mucho antes. Dijo que no había visto a Ricardo.

—Pero no te aflijas —dijo—, la Vasca está.

En la noche, la confitería del balneario nuevo, iluminada, sonaba como una victrola automática. Entré con la gente que iba llegando. Ricardo salía en ese momento con la rubia de la mano y me saludaron sin detenerse. Vi las mesas, la pista; más allá, al fondo de esa entrada que baja hasta la orilla entre los árboles, vi el agua. El cuarteto prolongaba indefinidamente un pasodoble. Alguien me saludó.

La Vasca estaba en una mesa, con las mujeres de siempre. En la pista la noté blanda, apagada. A cada rato recordaba mi promesa de pasear con ella por la rambla, al día siguiente. Lo decía sin gestos, sin comentarios. Bailamos, apretados entre los empujones y el ruido. La invité a caminar por la orilla.

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

—Nos vamos temprano —dijo—, mi día libre es el jueves.
Había hablado suavemente, sin reír. Quise ver el río y caminamos pegados a los árboles, con la confitería ruidosa perdiéndose a nuestras espaldas. El río iba silencioso pero ya no oíamos otro ruido que el del agua cuando llegamos a la orilla. Nos sentamos en el suelo húmedo y la abracé. Ella rió bajito, sin mirarme; me pareció que la voz se le había alisado y como pulido. Del otro lado la barranca se veía alta, como a punto de desplomarse. Había que alzar los ojos para ver el cielo oscuro contra el que se recortaban los cardos, los postes del campo de los Laver. De chico yo había entrado al campo y siempre me sorprendía recordar que la estancia llegaba tan cerca del pueblo. En algún lugar el río entraba a la estancia y más allá, a unas leguas del balneario, volvía a salir para cruzar debajo del Manantiales. Pensé que Ricardo y la rubia estarían ya bajo el puente, tendidos, casi tocando el agua.
Ella se paraba. Volvimos enfrentando las luces. Alcé la vista entre los pinos, aspiré el aire frío y quedé escuchando. No descubrí ni los grillos ni las ranas. Se terminaba el verano, definitivamente.
Las sillas de paja estaban casi todas desocupadas y en la pista se amontonaban algunas parejas; las caras sudadas, los pies entorpecidos. Esperamos en el colectivo oscuro y desierto. El chofer arrancó sin vernos hasta que le hablé. Llegaron las primeras casas, el hospital, la torre de la iglesia marcando una hora fija, engañosa. Cruzamos cerca del Club Social —luz, todavía, música— y bajamos en la última avenida. Caminamos, callando, por la mitad de la calle.
La Vasca vivía al fondo, donde el pueblo, de día, se pone colorido pero también desolado, y en la noche los cercos se asoman a las veredas, dando miedo. Nos detuvimos en un portón, abrazados, y levanté su pollera. Ella rió y dijo:
—Después de mañana.
—No me tenés confianza.
Volvió a reírse pero más desarmada, suavemente, como en el baile. La besé, hablando siempre, contándole como íbamos a pasear juntos a la noche siguiente, por la rambla, para que todos supiesen que éramos novios. Estaba can-

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

sada pero fui despegando, levantando sus párpados con los labios, tratando de no acordarme de la tarde en la orilla, hasta que ella avanzó contra mi cuerpo, como si se abriera. Mis manos se movían, seguras, entre sus piernas, y ya sus uñas buscaban mi espalda.

Como un mazazo, entonces, la luz, nos acható contra el portón. Ví toda la luz en los ojos de la Vasca, que se abrieron de golpe, sorprendidos; ya estaba abrochándose la ropa. Vimos venir a la rubia, fantasmal, delante de los faros.

—Vamos —se acercó diciendo—, no podemos entrar separadas.

Miré a la Vasca. No recuerdo haberle visto la cara; solo las manos, casi trasparentes en la luz amarilla, y el cuerpo reducido, tan distinto que me parecía verlo por primera vez. Me parecía imposible haber pensado que ella era mayor que yo, haber vigilado la mueca experta de su boca. Ni su voz pudo ser normal, cortante.

—Sí —dijo—, yo me duermo, estoy cansada.

Sonó la bocina, seca, una vez sola. La Vasca acercó la mejilla. Tenía los ojos marrones, o algo así.

—Mañana —dijo en un murmullo—, mañana en la rambla.

Contesté apurado, acariciándole el pelo. Después subí a la camioneta y volvimos despacio, fumando en silencio. En el club alguien apagaba las luces. Dimos vuelta a la estación, como siempre, iluminando a las parejas que volvían. Entramos a la playa de coches. A veces nos quedábamos en la camioneta y fumábamos esperando el tren. Si venían los demás alborotábamos hasta que el tren se iba; después nos íbamos perdiendo por las calles para encontrarnos al otro día, en el centro, o directamente en el club, después de comer. Del club salíamos a las dos y media. En las escaleras del balneario ya estaban las muchachas, extendidas al sol, en los anchos escalones que bajan hasta el agua. Estaba Mariana, siempre con los ojos cerrados y la piel brillante, dorada.

Ricardo encendió un fósforo, lo pasó por la punta del cigarrillo, pitó despacio. Yo buscaba la plata en el saco y

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

le pregunté si le había ido bien. Dijo que sí. Miré la hora; me hubiese gustado que me contase todo.
—Falta media hora —dijo Ricardo, sorprendiéndome—. Ya van a abrir la ventanilla.
Llegó un taxi. Lejos, venían voces. Los demás habían dejado a sus novias y venían a esperar el tren. En invierno esperaban el de la tarde; en verano no, porque a esa hora íbamos llegando al río. Llevábamos los pantalones de baño puestos y dejábamos la ropa en lo alto, sobre la barranca. Después corríamos, descalzos, saltando sobre las muchachas acostadas, y en la balsa dábamos el último salto, zambulléndonos, y nos dejábamos ir hacia abajo, hasta tocar las piedras del fondo, en el agua de un verde clarísimo, muy fría.
Las voces se acercaban. Llegaba, también, la ronda despareja, desde las afueras, desde la última calle. Llegó otro taxi, con los faroles brillantes. En el portón la luz había sido así, más violenta. La Vasca me había dicho eso.
—Sí —había contestado yo, acariciándole el pelo—, mejor dicho esta noche, al lado del quiosco, a las nueve. A no fallar.
En el hall de la estación se abrió, ruidosa, la ventanilla. Miré a Ricardo.
—Adónde estuviste —pregunté.
Sacó algo del bolsillo; era un tarjeta igual a la mía, de esas para retirar la valija del depósito.
—En el baile —dijo—, con la rubia. En el baile del Club Social.
Abrí la puerta del coche. Me alargó cien pesos.
—Tomá —dijo—, sacá dos.

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

A lo largo de esa calle que da al río

"Estas cosas, ahora, son como si no hubieran sido."

J. L. Borges

Digitized by Google

Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

1

Entrando por esa calle que muere atrás del hospital, al final del pueblo, si uno camina treinta cuadras, más allá de lo que queda de La Martita, se topa el río. Dos cosas vienen de golpe cuando termina la calle, como si fueran una: el río, ese rancho. El río, parejo y hasta triste de tan callado, por el verano; gritón y retorcido cuando tiene adentro el invierno. El rancho, siempre igual: medio caído, con uno de los costados contra el agua, como un lechuzón grande y feo, muerto en la orilla. Uno lo mira y da tristeza; a la noche, con el viento que le suelta la puerta, debe dar miedo. La última crecida vino tan fuerte que ni el viejo Rojas —uno de los que supo poderlo siempre al río, hasta que decidió que el río se lo llevara— hubiese podido aguantar. Ni Rojas ni nadie. Así que el agua se le entró al rancho por donde quiso, le forzó la ventana y se quedó un tiempo entre las paredes, gastándolo todo, rabiosamente. Ahora, adentro, nada —ni un trapo ni un papel ni un frasco—, nada que recuerde a los que ahí vivieron debe quedar.

Los que vivieron —no los que estuvieron ahí alguna vez, pasaron una noche, unos días—, los que hicieron el rancho minuto a minuto, como si lo alimentaran, fueron nada más

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

que tres. Dos mujeres fueron y el loquito ese, medio paralítico, que mataron en el cincuenticinco, cuando fue a limpiar, como todos los días, el comité.
La Baguala fue una. Por eso le dicen el paso de la Baguala a ese lugar. Por ahí, cuando el río viene tranquilo, se pasa al otro lado, a la estancia de los Laver. Hay un puesto, cerca. La orilla de este lado es mucho más baja y el puesto no se ve. Se ve la barranca, tallada por el agua. En los veranos en que el río baja, ya desde el agua se ven arrancar los cardos que suben hasta tapar el alambrado. Por el invierno los cardos saben estar amarillos y lastiman menos. Y es muy triste ver nada más que eso: la barranca que sube hasta el sol apagado, cuando mucho un peón de los Laver que, pescando, parece un bulto más. Pero uno sabe; cerca, está el puesto donde empezó la historia de este lugar.
La otra mujer es Elena Fuentes, que le nació a la Baguala en esta orilla. Elena, la hija del viejo Fuentes, que volvió para morir en el rancho.
Hubo otro, un tal Carmelo Herrera. Pero ese estuvo ahí para ahorcarse, nada más.

Cuando el paso de la Baguala no se llamaba así, algunos años antes de que el rancho apareciera en la orilla, Fuentes vivía con esa mujer en el puesto. Una de las Laver se llamaba Elena y de ahí tenían decidido ponerle el nombre si la que nacía era mujer. Mujer fue, y tan de aguante como la Baguala, desde que nació. De eso le vino el coraje, dicen en el pueblo, y así debe ser.
En ese tiempo el camino a Monte no estaba asfaltado, así que todos los de la estancia, hasta los patrones, preferían cruzar el río por el paso a dar la vuelta por la entrada, cerca del puente Manantiales. No era época de inundación y no se pensó en problemas cuando, con el dolor en la cara, la Baguala dijo:
—Van a tener que llevarme al pueblo.
Fuentes contaba que le vio el apuro y que por eso pasó lo que pasó.
Él se corrió hasta la casa de la estancia, para hablar por

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

teléfono. Era el mediodía y era el invierno. La lluvia, en la mañana, había sido pobre, casi secreta; ahora, no molestaba. Mientras Fuentes iba para la casa un peón llevaba a la mujer hasta la orilla, y la cruzaba con el bote, ganando tiempo. En el hospital dijeron que sí, que todo bien, que ya salía la ambulancia a buscarla.

Fuentes volvió tranquilo. Desde el casco de la estancia hasta el puesto hay un tirón bien largo. Cuando vio cerca el corral había empezado a llover. Venía garuando desde antes pero ya se hacía medio fuerte esa lluvia. El sulqui, en el patio, lo serenó. Su mujer estaría llegando al hospital. El peón le dijo que habían cruzado bien. Apenas llegaron ya se veía un bulto, avanzando hacia el final de la calle. Ella dijo que era la ambulancia. También había dicho que estaba bien, que se cruzara para no volver con la lluvia. Fuentes, después, dijo que la culpa era del peón, por no haber esperado; pero no hubiera servido de nada, igual. La lluvia se hizo fuerte y hubo truenos largos casi toda la tarde.

Cuando uno ve el rancho, ahora, y las casas de los turistas, piensa en ese lugar tal como era antes, sin nada cerca: el campo, la calle entre los alambrados, y al final, pero lejos, el pueblo. Es como si uno recordara todo lo que pasó en la media tarde del invierno: la orilla pelada, la lluvia entre los pocos árboles, esa mujer.

Porque eso que habían visto venir no era un coche; o, si era, dobló. Parece que en el hospital pensaron que no era tan urgente, que con la lluvia no iban a cruzar. El barro de la vuelta los asustaba y no era cosa de ir de gusto. En el hospital se olvidaron: de vez en cuando alguno miraba hacia la calle y adivinaba el agua entrando en la tierra, socavándola tenazmente, modelando ese barro chato, pegajoso.

Como esa calle, tan así de barro y agua, casi como esa calle era la Baguala cuando llegó.

Oyeron los golpes en una de las puertas de atrás. Cuando abrieron la tenían enfrente. En enaguas, con ese bulto envuelto en el vestido. La chica estaba caliente y seca. La

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

Baguala, a veces, puteaba despacio. No supieron si a Fuentes o al doctor o a todos pero puteaba despacio y no decía más. La chica, Elena, tenía el ombligo atado con una paja húmeda. Limpia, seca, ya venía llorando al entrar.

2

Veintidós años después de esto, Carmelo Herrera llegó al pueblo.

Fue uno de esos veranos después de la inundación, cuando el pueblo queda como golpeado, vencido, y en la rabia del sol resiste, agazapada, la tristeza del invierno. Por los costados el pasto está amarillo, quemado, y las calles cercanas al río agujereadas de tanta agua, crujientes como el fondo de una laguna seca. En el pueblo mismo es como si hubiera pasado el agua rompiendo la alegría del verano, que apenas se adivina en el carnaval.

En eso tienen que ver los forasteros, los turistas que vienen por el río. Pocos se le animan al Salado en ese tiempo; apenas algunos del pueblo, que lo conocen bien. Ese enero el río ya se había llevado a varios; todos se acuerdan de un muchacho rubio, tan alto, que dijo que él había nadado en el Tigre y que no le iba a tener miedo a un río de juguete. Para juguete quedó, decían, y ese era el comentario de todo el pueblo cuando Carmelo Herrera llegó.

Se pudo seguir hablando de esas cosas —de los ahogados, que son el tema del verano— porque no fueron muchos los que lo vieron llegar. Se empezó a hablar de él más tarde, cuando para hablar de Arguello era inevitable nombrarlo. Recién ahí se empezó a hablar de Herrera.

Por eso de que el verano venía malo, Arguello había puesto un negocio en el puente Manantiales. Por ahí cruza el camino que va a Monte y es el único lugar donde, con mucho cuidado, se puede entrar al río en épocas como ésa. También va mucha gente a pescar. Raúl Arguello, que

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

siempre tuvo esas cosas aunque su familia era de lo mejor, como se dice en el pueblo, había puesto unas tablas y ahí despachaba refrescos y hasta comida. Por ese tiempo ya era el Raúl Arguello del que uno se acuerda. Hombre de aguantarlas, con todo lo raro, dormía ahí nomás.

Una mañana se despertó y lo tenía a ese hombre al lado. Estaba quieto, como desde toda la noche, esperando que se despertara. Las manchas de su traje —viejo, remendado— habían envejecido en la tela. Desde el suelo, mientras retiraba las mantas, Arguello lo quiso medir. Le vio el pelo indefinible, con ese gris de los fierros viejos en los que alguna vez alentó el negro. Tal vez lo primero que vio fue la barba, total y a ras de la cara. O los ojos, que daban miedo, porque eran una pura luz.

Debe haber sido una de esas mañanas limpias, en las que el agua anda de espejo y se arrima, mansa, a la orilla. Como siempre, antes que el río se largue a subir. Con el sol, ya habrían crecido los pájaros. Y estaban los ruidos de los coches, retumbando en la bóveda del puente. Arguello le tuvo que gritar. Le habrá dicho que se fuera, o algo así. Entonces el hombre le preguntó si él era Raúl Arguello.

—Usté es Raúl Arguello —le preguntó.

—Sí —le dijo Arguello—, y vos quién sos y de qué me conocés.

—Herrera, me llamo —dijo, y vaciló, y dijo lo otro—: de haber oído que tenía este negocio, porque me dijo uno acá cerca. De eso lo conozco.

Mintió, parece. Pero eso se supo después.

—Está bien —dijo Arguello.

Herrera dijo que andaba necesitando trabajar.

La forma en que trabajaban es divertida de contarla, porque Arguello fue bromista, divertido casi hasta el final. No era hombre de andar sin corbata, por ejemplo, aunque fueran las nueve de la mañana, en verano y a la orilla del río. Impecable, al lado de Herrera, Arguello tenía más que nunca la dignidad de un patrón. Lo exageraba a ese tono, nada más que por divertirse. Lo raro era la forma en que

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

lo ayudaba Herrera. Arguello había hecho tres pozos, cerca de la orilla: uno tenía las botellas y nada más que agua; los otros dos hielo, uno más que el otro. Venía un cliente. Arguello preguntaba:
—Fresco, medio fresco o natural.
—Medio fresco.
—A ver Herrera —decía Arguello— traé una naranjada de la heladera número dos.
Todos se reían, hasta el cliente. Pero Herrera no. Iba, serio y traía lo pedido. Eso era lo raro.
—Como si estuviéramos en el Club Social y fueran heladeras en serio— contaba Arguello, después.
Así fue desde ese primer día. Herrera hablaba poco, más bien nada. Cuando se acostaron, llovía. La costumbre de dormir al sereno se le notaba, a Herrera: le había trabajado la ropa y hasta el cuerpo. Se alejó unos metros, recostó la espalda contra la pared del puente, mirando el río. Así durmió.
La lluvia ocupó toda la noche y el río, en la mañana, traía otras lluvias, desde lejos. Se despertaron con el agua queriendo taparlos. Los caballetes golpeaban entre los pilares. Una tabla grande había empezado a boyar. Herrera no habló. Sin el saco, sus brazos anchos eran raros: morenos por un lado, lo hacían fuerte, duro; blancos, abajo, le daban un matiz casi delicado, suave. No dijo nada, no miró a Arguello. Entró al agua, y cuando la correntada lo volteó, nadó tranquilo, como si caminara. Salió a los veinte metros del puente, con la tabla. Al nadar se le veían los hombros, nada más.
Algunas noches, Arguello, que dormía liviano, supo escucharle el sueño. A veces parecía urdir largos trabajos en la noche: hablaba de herramientas, daba órdenes. Otras, tranquilo, con el cuerpo quieto, parecía nombrar una mujer.
Pero todo eso pasó al tiempo, recién cuando Elena volvió por primera vez. Antes hubo que verla irse.

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

3

Y antes, mucho antes todavía, hubo que descubrirla, verla crecer.

Los del pueblo que no habían cruzado nunca por el paso de la Baguala, conocieron a Elena Fuentes cuando ya era una mujer. Los otros, los peones de San Manuel, sobre todo, la venían viendo agrandarse desde que la mujer de Fuentes se pasara a vivir de este lado del río.

A Fuentes lo mató un caballo, medio bagual también, como la mujer que tuvo. Lo amansaba cuando se le soltó al campo y en una agachada lo volteó. Fuentes quedó prendido del estribo porque andaba con esas botas que parecen zuecos, de taco grande, y cuando se voleó con la derecha la izquierda quedó ahí nomás. El caballo volvió, como arrepentido, y lo dejó en la puerta del puesto. Pero ya estaba muerto, de tantos golpes que había dado por el campo. Algunos se acuerdan cómo habló la Baguala mientras, sin moverlo, le buscaba el cuchillo.

—No era ligero este Fuentes. Cuando uno usa esas botas por lo menos hay que saber cortar.

Dijo, y de un golpe cortó el tiento que sostenía el estribo. El cuerpo de Fuentes terminó secamente en el suelo y ahí quedó mientras ella entraba. Después, cuando cruzaban al muerto, la Baguala dijo que se iba a quedar por esos lados. Así fue. El segundo hijo ya había nacido; andaba por el año. De rato en rato los peones la ayudaban, pero hizo el rancho casi sola. Elena tenía siete años, ella también preparaba el barro, lo mezclaba con la paja. Al mes se mudaron.

Llevaban pocas cosas. Dos camas y la cuna del loquito. La rastra de plata era el único recuerdo de Fuentes; del tiempo en que Fuentes era Fuentes, supo decir. Todo lo que el hombre había ganado domando —segundos premios, terceros— ya se lo había vendido a los hijos de los Laver. Al loquito se le empezaba a ver la dureza de las piernas,

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

no más con verlo gatear. Así la vieron crecer a Elena Fuentes los peones de San Manuel.

La Baguala tenía una escopeta de dos caños y tiraba bien. Compró un bote usado y lo calafateó ella sola. Si uno venía de San Manuel por el paso, al llegar a la barranca veía, del otro lado del río, el rancho, y a la Baguala trabajando en la quinta. También se veía, en las siestas, a Elena, jugando en el bote con el loquito.

Con el bote, la Baguala completaba lo que ganaba cazando, o en la quinta. Se lo alquilaba a los pescadores, cruzaba a la gente de la estancia. Desde que la Baguala estuvo ahí, ningún peón se preocupó porque el bote de la estancia estuviera del otro lado. La veían en la puerta del rancho, dura, vigilante. Medida por esos ojos Elena se hizo la mujer que apareció en el pueblo a los catorce años.

Desde los doce, Elena andaba con el pelo suelto y ya sabía cómo ajustar los vestidos que habían sido de las Laver. De dónde aprendió a arreglarse, no se sabe. Algunos dicen que de mirar a las Laver, a veces, cuando cruzaban por ahí.

La Baguala iba cada tanto al pueblo, a vender alguna cosa. Llevaba nada más que al loquito, para que se fuera acostumbrando. Cuando el loquito cumplió los nueve años le fabricó esa carretilla y lo mandó a vender peines, cigarrillos. Nos acostumbramos a verlo, en las mañanas y en las tardes. Caminaba a empujones, con las piernas casi derechas. El carrito se movía todo, temblaba al avanzar empujado por él, traqueteaba delante de esa cara flaca, casi hermosa, como una sombra de la cara de Elena.

A los trece, la buscaban bastante a Elena. Los peones, pensando en Fuentes, tal vez, la miraban contenidos. A los que iban a pescar les sacaba la lengua y corría, esas cosas. Uno de los Laver dijo que era como un animalito, una gata o algo así.

Lo mismo pudo decirse la primera vez que entró al pueblo, Caminaba con esa gracia torpe, con esa ingenuidad que cambió por la indiferencia apenas se dio cuenta de que la

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

miraban. Para los que no habían cruzado nunca por el paso de la Baguala, la Elena Fuentes que un sábado entró sola al baile del Club Social, ya era una mujer.

4

No entró a mirar, ni a quedarse. No era curiosidad lo que tenía en la cara. Pagó la entrada, atravesó la puerta, se movió entre las mesas como si conociera cada baldosa del Club Social. Los demás, todos, tuvieron que mirarla a ella. No vieron a la paisana deslumbrada por los vestidos, por las luces. De fijarse bien, tampoco había un solo gesto, un detalle que pudieran criticarle. Ni descarada ni torpe. Eso se vio.

Ya desde su llegada al pueblo veníamos notando eso: no se avergonzaba, tímidamente, y ni siquiera parecía importarle desafiarnos, enfrentarnos de un modo concreto. Había conseguido trabajo en la tienda del Arca; los que esperaban torpezas, las compañeras que la habían visto llegar y esperaban tener que ayudarla en las cuentas, por lo menos, se vieron defraudadas. Estaba ahí, en la tienda (y en el pueblo, en las tardes y en las mañanas del pueblo) como desde mucho antes.

Esa noche, en el Club Social, fue a buscar a Raúl Arguello, nada más.

Se habían conocido en un baile del Salón Italiano, el primero al que ella fue. Todos entendieron que iba al Italiano no por considerarlo su lugar —el baile de las sirvientas y de las empleadas llegadas del campo, "la negrada" como dicen aquí— sino por azar; como si, oyendo la música, hubiera decidido entrar.

Esa noche bailó con Arguello.

Se los vio juntos en dos o tres bailes; después, ya en la confitería Las Violetas. Arguello todavía era el hijo de los Arguello, tan medido, cumpliendo con el club, con los amigos. Pero ya se le notaba cambiar. Exageraba lo que otros

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

también hacían, dándole un sentido distinto, más escandaloso. Jugaba más que nadie a los caballos, se andaba en las barajas y los dados hasta el amanecer.
Por esos años el Club Social empezaba a formarse. Los profesionales, los comerciantes más o menos acomodados, necesitaban un lugar donde estar juntos. Caía alguno que otro estanciero, también. Entre los fundadores estaban los Arguello, una hermana y un hermano de Raúl que hacían más que todos juntos; conseguían, incluso, que Raúl vendiera alguna rifa. *El Imparcial* publicaba la lista de donantes. Una vez, en Las Violetas, la habían visto a Elena con el diario en la mano. Leía los nombres en voz alta, riendo.
—Familia Arguello —dijo en una de ésas—, cuánta plata, che Raúl.
Se reía, mirándolo. Esos cosas descubríamos. Esa vez también Raúl se rio fuerte, aunque menos que la segunda vez. Fue apenas se abrió La Emiliana, por la avenida Italia.
—Familia Robledo —leyó Elena en voz alta.
Después preguntó:
—Pero estos son los dueños del quilombo ¿no Raúl?
Mucho se habló, por fin, de lo de esa noche.
Era un sábado. Lento, el otoño arañaba el pueblo. Por la medianoche, en el club, estaban casi todos. Había luces, había una música alta y feliz. Entre estas cosas la vieron entrar. Raúl estaba en el mostrador, con un whisky girando entre los dedos.
Se esperó que salieran, para comentar.

De eso, al principio, quedó un Arguello indefinido, ambiguo. No fue enseguida el hombre que ya se vislumbraba. Aunque no volvió a entrar al Club Social. Nos descubrimos atisbándolo, de golpe; también de golpe descubrimos qué había revelado Elena, al entrar al club: que ella lo empujaba, que para entonces (después de los bailes, de los encuentros en la confitería, de esas costumbres que habían llegado a ser nuestras costumbres) el hombre que íbamos conociendo de a poco, sintiendo que alguna vez podía

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

reírse del pueblo, de las viejas reglas del pueblo, era obra de Elena Fuentes, nada más.
Esa obra no estaba terminada. Arguello seguía viviendo en su casa, comía con la madre y los hermanos, aún podía escucharlos, seguir cómodamente en el sitio (en los sitios) del que había intentado arrancarlo Elena esa noche del Social. Esto debe haberlo sentido Elena Fuentes, en las noches de baile, en los atardeceres de la rambla o de la confitería, en las mañanas en que se veía a Raúl en la cancha de pelotas, ya bastante cambiado.

5

Hacia el invierno, por los dieciocho años de Elena, el pueblo se llenó con un grupo de desconocidos que durante días fueron como una invasión. Primero vimos pasar los camiones, después supimos que iban a asfaltar el camino a Pila. Entonces abrieron la otra casa, la del camino, porque La Emiliana, en la avenida Italia, no daba abasto.
Dos o tres comerciantes del pueblo y la mujer de un juez de paz, trajeron mujeres de Buenos Aires, inaugurando la casa con una fiesta. A los hombres de las cuadrillas se los veía por todos lados. Ese movimiento fue el que distrajo, el que no permitió fijarse mucho en Elena Fuentes y Raúl Arguello. Así se precipitó todo, se desbarrancó (para nosotros) hacia un primer final.
Todos dicen que fue la familia Arguello (el peso, la fortaleza del clan Arguello obrando sobre Raúl —mejor, sobre Elena—, sobre la indecisión de Raúl, ese molde inacabado de Elena), que por ahí empezó. Soportaban que no trabajase, que jugara, que anduviese por todos lados con esa mujer. A la hora del té —un té ceremonioso que la señora mayor de los Arguello compartía cada tanto con alguna antigua alumna, enseñándole a preparar cada detalle todas las veces, como si durante años no hubiera gastado los mismos gestos— la entrada de Raúl habrá sido un comentario calla-

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

do; su gesto, su actitud, un escándalo casi distinguido. Una leve sonrisa le movería los labios a la señora mayor al pensar en ese tiro al aire que era su hijo. Pero lo otro no. Lo otro, lo que seguramente no se habló nunca —ni siquiera entre Raúl y Elena, seguro—, esa cosa intangible que los empujaba a vivir juntos, tal vez para que Elena concluyese su obra, eso no lo iban a aceptar.

Y seguramente Elena sentía que ya no era tiempo de vacilar (porque habrá sido así: ni siquiera algo hablado, sino una sensación, un desacuerdo en el modo de ir avanzando juntos, un desajuste que Elena habrá sentido en la piel), de andarse con vueltas. La cuestión es que lo dejó. Un día nos dimos cuenta de que no se veían más. En el Italiano, en algún otro baile, se habían acostumbrado a Elena, al cuerpo suelto y al pelo suelto de Elena, negro y largo como esa risa que tenía un ritmo propio, el ritmo de Elena para todo: para bailar, para caminar. Verlos era un gusto, un lujo que se daban sábado a sábado. Eso fue lo primero que se notó.

El dueño del Hotel Nuevo los habrá extrañado, en las madrugadas de los domingos, y el mozo, en Las Violetas, también.

Fueron épocas de verlo a Raúl Arguello caído, borracho. No como antes, cuando, tomando, le duraba el gesto a lo Arguello, ese modo que habrá aprendido con los Laver o algún otro estanciero. No achispado sino borracho. Ese hombre, ahora, se peleaba con la ginebra; se sentaba a una mesa y tomaba hasta el final. Parecía hablarle a la ginebra, desafiarla; miraba el vaso, cada vaso, con rencor.

Así estuvo en ese baile, cuando una orquesta vino de la capital. Lo puntearon, porque así se le hacían hacer las cosas a Arguello, punteándolo. Bailó una pareja que había traído la orquesta; hicieron firuletes, luciéndose. Algún aplauso le dolió a Arguello, o lo dejó más solo, tal vez.

—Che, Arguello —debe haber dicho uno—, qué me contás.

Él, callado, nos miró. Borracho estaba, y desde mucho. Borracho de hacer cualquier cosa. Fue un silencio de esos raros, como en los días del invierno, cuando el río está callado, limpio, y uno sabe que por abajo ya le anda la crecida.

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

Miró callado y cuando buscó entre las mesas todos supimos qué estaba pensando. La mujer de la orquesta, como probándolo, se le acercó. Bailaron y todos gritaban hasta que estuvieron en el escenario. Arriba, volvió a buscarla. Después empujó a la mujer.

—No quiero mujeres —gritó.

Y bailaba solo y aunque de vez en cuando tropezara fue como verla a Elena Fuentes acompañándolo.

Del mismo modo en que el pueblo se había olvidado de Arguello y Elena —ocupada la gente por la tranquila invasión de hombres distintos, en las calles, en la rambla; silenciosos primero, medio dueños del pueblo cuando entendieron que eran el tema general—, así Arguello no había advertido el movimiento, el cambio.

Elena, como se entendió después, había pensado en todo eso desde el principio. Ella se encargó de recordarle a Raúl esos hombres, de mostrárselos.

Antes, algún tiempo después de esa noche en el Italiano, él hizo el último intento. Algo demasiado infantil, una de esas cosas que podría haber hecho a los quince años, pero que ya tenía algo de desesperado, de grotesco, todo eso que iba a notársele de vez en cuando al otro, al Arguello que Elena encontró al volver.

Rodríguez, uno de esos amigos que eran como su sombra —que repetía la sombra de sus gestos, los tonos de su voz— fue el único que le dijo, esa noche, que no eran cosas de hacer. Pero él fue. En la tranquila noche del final del invierno, salió con el Ford de uno de sus hermanos. Elena tenía pensión en la casa del Vasco, ése que después le crió la hija. Por ahí oyeron el coche, a ochenta. Desde las doce hasta las tres de la mañana, dando vueltas y vueltas, exigiéndole el mismo ritmo, el mismo empecinamiento que tendría en las manos (que le borronearía la cara y los ojos, como la ginebra), al motor.

No fue ella. Fue el Vasco, puteando y con una escopeta en la mano, el que salió. A los dos días, Elena le recordó

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

el pueblo del que andaba olvidado, la gente nueva, de las cuadrillas.
Dos meses estuvo en ese quilombo del camino a Pila. Nadie del pueblo se le acuerda la cara de esos meses. Esperábamos algo, cualquier cosa. Los hombres de las cuadrillas la disfrutaron, nada más.
Dos meses. Por la mañana, esa primavera tan fría, tan pegada al invierno, Raúl no la vio irse del pueblo, no la vio subir al tren.

6

Como una magia, como si Elena le anduviera pesando al pueblo, la primavera se adelantó hacia el verano, cuando ella se fue. El sol se hizo sentir en noviembre y los turistas de todos los años empezaron a llegar. La gente andaba contenta porque el verano venía largo. Las cuadrillas del camino se fueron en diciembre pero no se llegó a extrañar a los hombres; los turistas, los peones de la cosecha (que había venido buena), los remplazaron en seguida. La casa del camino a Pila no se cerró ni al terminar el verano; empezaba a desplazar a La Emiliana y fue la última en cerrar.
Por el río, la Baguala trabajaba más que nunca. Con el bote recorría los balnearios, a la mañana, ofreciendo verduras y pescados a los que acampaban a la orilla. Cada tanto se veía algún hombre regando la quinta o reparando el techo del rancho. Se lo veía por dos o tres días y era distinto cada vez.
Por ese tiempo se notó también que el hermano de Elena Fuentes no era nada tonto. Medio paralítico, apenas, y con ese aspecto casi cómico, hacía sus buenos pesos, hablando, haciéndose amigos que le podían comprar. En el balneario, por esa época, no había puesto de cigarrillos; después de la siesta, ahí estaba el loco, empujando calladamente su carrito.

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

Así pasó ese verano, más ruidoso a todo lo largo de sus meses que los tres días de algunos carnavales. Los carnavales, hacia fin de febrero, fueron lo mejor que uno pueda recordar.

Por todo esto, recién hacia marzo nos volvimos a acordar de Elena Fuentes y de Raúl Arguello. Es decir: comprendimos que, desde que Elena se fuera, habíamos estado esperando algo de parte de Arguello, porque todo no podía terminar así.

Cuando nos dimos cuenta, Raúl ya había mandado al diablo a la familia y vivía solo, en una casa que era de los Arguello, cerca del hospital, y que él exigió. Se lo veía a la mañana, en la cancha de pelotas, acompañado por Gonzales. Había vuelto a ser cuidadoso, pulcro, de traje y sombrero. Pero había algo raro en esa pulcritud: el modo de ponerse el pañuelo, la hora en que usaba el traje y la corbata, empezaban a ser señas particulares, algo que no podía verse nada más que en él. Es fácil acordarse, porque tenía algo exagerado, caricaturesco, que llegaba a la risa en Gonzales —quien insistía en copiarlo— pero que en él había llegado a ser natural, inseparable de su cara algo pálida y del movimiento de sus dedos blancos, alargados.

A veces hablaba con el hermano de Elena, aunque poco. Cerca del carrito, esperaba que el muchacho atendiera algún cliente; al fin compraba algo y se iba, o permanecía quieto, viendo alejarse las figuras bamboleantes del carro y del loquito. Tal vez aún buscaba la cara de Elena, tratando de adivinarla, rastreándola en esa otra cara que un tiempo antes no había tenido mucho que ver con el cuerpo, más parecida a la cara de Elena que a otra cosa, pero que ya iba contorsionándose, adaptándose al ritmo del cuerpo, como si fuera cada día distinta, irrecordable.

Porque la única cara del loquito —la única que vuelve, inalterable, en la memoria— es de algún tiempo después de estas cosas, cuando ya se lo había visto con Herrera, con ese Carmelo Herrera que iba a llegar. Entonces ya se le había gastado esa rara sombra de Elena que lo cruzaba hasta en los ojos; y la piel, la boca, estaban trabajadas por guiños imprevistos, por muecas que nacían y morían tan abrupta-

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

mente como ciertos movimientos de sus manos, simultáneos a los del rostro, como si él mismo se estuviese hablando en un lenguaje cifrado y misterioso. Una cara huidiza, hecha de agua o arena, pero a la vez agresiva, llena de aristas, como esos muñones de los árboles derribados a hachazos. Toda una tarde (o muchas tardes iguales, repetidas) necesitamos para apenas rozar esa cara y esas manos, las cosas que se blandían detrás de esos gestos. Fue cuando nos contó eso de lo que hablaba Herrera, aquello del sur.

7

Del sur, le hablaba.
Por las tardes, cuando el hermano de Elena volvía hacia el rancho, y sobre todo después, cuando ya vivían nada más que ellos dos en esa casa que había sido de los Arguello, cerca del hospital, se los veía hablando. De mirar, apenas si se le veía mover los labios a Herrera, y en la cara no tenía sino esa barba compulsiva, dura. Al loquito, la ligereza que le faltaba en las piernas se le había subido a la lengua, como decían en el pueblo. Nunca nos enteramos cómo habían empezado a hablar, cómo el loquito hacía hablar a ese hombre apagado al que apenas parecían vivirle los ojos; pero ya sabíamos las mañas de que era capaz. Siempre creímos que el loquito tergiversaba de algún modo las palabras de Herrera, las modelaba a su antojo, para confundirnos. Pero tal vez esa confusión, esa ambigüedad, estaban ya en Herrera mismo, como un clima, como algo que había traído con él y ahora encontraba un molde en el hermano de Elena, una lente sinuosa que lo magnificaba sin llegar a modificarlo, a perderlo. Tal vez el loquito, que había oído los cuentos de Arguello, le dijo a Herrera que en el sueño nombraba a una mujer. Vaya a saberse, pero los ojos parecían cantarle al loquito cuando nos hablaba, y hablaba bien.
—Éstas son las cosas de que habla —nos dijo un día—,

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

como uno de esos borrachos que le dan a un tema hasta no parar más.

De ese hombre, le hablaba, y algo de la Paraguaya, esa mujer que, según él —Herrera— había sido lo mejor que alguna vez anduvo por el sur.

Alta, era. Y, según Herrera —o según el loquito pudo imaginar— tenía los ojos de un verde raro, tirando a ese marrón viejo de las bolsas de arpillera. Entraba, parece, y eran unos faroles fuertes los que entraban, borrando todo lo que no fuera ella, en el salón. El salón era La Flor del Sur, costumbre que en las tardes (de sábado sobre todo) arrimaba las cuadrillas del petróleo al pueblo. Para Herrera, parecía un baile de campo: por un lado las mujeres que esperaban, por el otro la gente (los peones, los capataces, todos) eligiéndolas. La Paraguaya, en cambio, no necesitaba moverse para que todos le miraran las ganas. Buscaban la dirección de su gesto —siempre el mismo gesto suave, imperceptible— menos en las manos o en el cuerpo que en la cara, en esa cara angosta, de perfil neto, seguro, con apenas ese resto disimulado que a veces podía pasar por experiencia y otras por cansancio, pero que no se descubría si no se la miraba mucho, y bien.

—Y Herrera la miró —nos decía el loquito—, por lo que dice la miró bastante. El nombre del tipo ése del que habla no se lo acuerda, así que la miró más que a ese tipo, que ya es mucho decir.

O más, la había mirado. Porque de esa mujer —y a veces nos dimos cuenta solos; otras, el mismo loquito lo hizo notar— hablaba con un entusiasmo distinto, y sus palabras eran iguales, siempre, como si hablara de una casa, o una estatua: algo que no podía cambiar. Del hombre no. Del hombre hablaba como si lo hubiese conocido siempre, como si le hubiese medido cada minuto. Eran largas y eran retorcidas las charlas del loquito, pero, así y todo (tal vez por eso) llegamos a saber, a presentir cómo lo pensaba Herrera a ese hombre, antes de saber algo más. De él hablaba con cierta admiración contenida, con cierta nostalgia

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

defraudada, también. Dos épocas había en ese hombre, las dos borrosas, sin datos en las palabras de Herrera. En una, algo admirable, brillante; la otra albergaba el recuerdo de la primera, una conciente y tenaz resignación. En las que Herrera había contado al loquito, la primera se desbarrancaba en la segunda, violentamente.

Ese hombre había llegado al campamento una tarde. No conocíamos el sur, pero lo imaginábamos llegando; la barba negra y dura, el pelo negro, la voz como un latigazo. Así hablaba Herrera, decía el loquito, con esos detalles; como si, con la imagen de ese hombre, quisiera asombrar. No hablaron de él hasta después. Al principio no lo veían en el quilombo; pensaron que esperaba el día en que algunas mujeres iban al campamento, para ahorrar. Las mujeres fueron, y después de las colas, todavía no se hablaba mucho; habrán dicho que no era hombre de ir con mujeres, nada más.

Después vino la huelga y se habló de él pero el asunto de las mujeres no se comentó hasta el día en que lo vieron entrar al quilombo con ese paso ni temeroso ni inexperto y con ese modo de no mirar a las mujeres ni a nadie hasta que la Paraguaya apareció.

8

—Hombre inteligente este Herrera, hombre de pensar las cosas —nos decía el loquito—, como ven.

Porque le decía hasta cómo era la cara de esa mujer al elegir. No desdeñosa, la cara, ni resignada. Tal vez triste. Dura cuando querían ganarla, reducirla; casi tierna cuando elegía a los peones tímidos, respetuosos, que llegaban del norte. Había llegado un tiempo antes y no tendría veinte años. Dijo que venía del Paraguay.

Algunos se acuerdan de cuando el loquito habló de estas cosas, antes de empezar a temar, como contagiado de Herrera, como queriendo darnos una visión exacta de ese

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

hombre. Fue una tarde, en el balneario. Tomábamos mate. El sol jugaba de fantasma, apareciendo y desapareciendo entre las nubes.

—Del Paraguay, —preguntamos, por preguntar, ya que si algo nos interesaba todo eso era por saber algunas cosas sobre Herrera, y el loquito no conseguía sacarle nada de su vida, como se ve.

Ahí, Fuentes nos sorprendió.

—Del Paraguay —dijo—, eso mintió.

—Mintió —dijimos, curiosos.

Y lo miramos. Ahora, si uno piensa en ese momento, se lo acuerda lejos, al loquito, como atrás de un vidrio. Como envuelto en cosas que nunca íbamos a llegar a conocer. Tenía cara de hablar largo, de hablar no de eso sino de algo que lo incluía, junto con Herrera y la Paraguaya y ese hombre, a él también.

—Porque es fácil darse cuenta que esa mujer mintió. Si uno dice que es del Paraguay o de Chile, ya está. Nadie le hace preguntas. Y ni el apellido ni el nombre le van a andar preguntando. Así debió ser.

Eso habló. Tuvimos varias impresiones. Una, que no era el loquito el que nos hablaba, sino Herrera; otra, que el hermano de Elena no hablaba para nosotros, que pensaba en voz alta y nada más. Advertimos que ya antes habían asomado cosas raras, desconocidas, en su relato. Tratamos de tirarle la lengua pero por única vez pareció trabársele. O, mejor dicho, la aguantaba, domándola.

—Por qué —dijimos.

Prendió un cigarrillo. La siesta estaba en el crepúsculo de la siesta. Lejos, sobre las chapas de un techo gritaba, apenas, el sol.

—Por nada —dijo—, por nada. Yo digo, nomás.

Nos callamos. El silencio vino largo y sentimos el río yéndose hacia abajo, para Villanueva, rozando más allá el rancho de la Baguala, adonde el loquito iba poco, porque ya vivía con Herrera, en la casa cercana al hospital. Era unos años antes de que lo mataran, mucho antes de que Elena volviera por segunda vez.

—Y después —dijo alguno.

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

—Sí, que más te contó Herrera, che.
—Algo —dijo distraído—, cuenta cómo fueron las cosas, cómo se la llevó.
—A la Paraguaya.
—A ella. Se la llevó.
—Quién.
Cuando habló levantó la vista y pareció escuchar el río. Es fácil acordárselo, como si fuera hoy.
—Ese hombre —repite.
Su mano, con el cigarrillo quemándole los dedos, se extiende como señalando algo; el rancho, tal vez. Impreciso, el gesto tiene algo de mágico, y muchos años después podremos pensar que ha sido certero, distraído pero no casual. Antes que precisemos bien qué señala, como sorprendido de sus propios movimientos, el loco deja caer la mano y suelta el cigarrillo.
Lo aplastó cuidadosamente con las alpargatas y supimos que iba a pasar un tiempo antes de que hablara más.

9

Alguna vez nos interesó saber en qué tiempo, por qué años ocurría esto del sur, esto que Carmelo Herrera contaba tal vez sabiendo que el loquito lo iba a contar. Nunca estuvimos seguros, porque el loquito rehuía las preguntas concretas, todo cuanto nosotros, a través de él, podíamos preguntar a Herrera. Era como si Herrera, o los hechos que recorrían la voz de Herrera, perteneciesen solo a Fuentes; él podía acercarnos o alejarnos a voluntad. El loquito cambiaba gradualmente, más seguro o más grande, con esa historia de la que se sabía depositario, guardián. Todo eso se le agregaba, lo enriquecía; era como si él mismo hubiese visto el sur y volviera para contarlo. Las tardes de charla con Herrera serían como un rito, en medio del cual nuestras preguntas podían sonar profanas, molestar. Una vez dijo que él no preguntaba nada a Herrera, para no es-

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

torbarlo, para que recordase nada más que las cosas que quería y en el momento en que quería recordar.
La huelga esa de la que hablaba, nos ubicó.
Fue una huelga total, que conmovió al sur, y quienes habían leído los diarios de ese tiempo la podían recordar. Estuvo por extenderse a todo el país y en el pueblo tranquilizaba saber que las cuadrillas se habían ido aunque el camino a Pila no hubiese quedado listo.
Según el loquito, ese hombre del que hablaba Herrera había tenido mucho que ver con la huelga. Ahí se empezó a hablar de él, allá en los pozos del sur. Los diarios habían publicado todo y nadie olvidaba las noticias de obreros muertos, la energía que había puesto el ejército para frenar la huelga. En las cuadrillas hablaron de ese hombre —que ya era capataz, que podía (según el loquito o según Herrera) haber remplazado a cualquiera, de querer— porque fue uno de los que la encabezó. Cuando terminó, las promesas del gobierno figuraban hasta en la primera página de *El Imparcial*. En el sur se llevaron a ese hombre, entre otros. Lo corearon, para el verano, cuando volvió.
Fue ese verano que para estos lugares llegó lento, como un lejano eco del anterior. Elena no había vuelto y Raúl Arguello se dedicaba a esos negocios raros, sin rumbo. Un día contrataba peones para las cosechas, otro abría un negocio en el balneario o se encargaba del bar, en algún baile. Acompañado de Gonzales, como siempre.
De Gonzales se sabía algo raro, desde el verano anterior. Antes de que Elena se fuera él había estado en el camino a Pila y había entrado a la pieza. Ella lo había echado, y se supo que no llevaba mensaje de Arguello. Después Gonzales acrecentó su modo de copiar a Raúl y lo seguía a todas partes como un perro fiel.
La Emiliana, en la Avenida Italia, a pedido del cura y de una comisión de moralidad que encabezaba la madre de Raúl Arguello, cerró. El comentario fue ese: todos sabían que la señora mayor de los Arguello tenía intereses en la casa del camino a Pila —ella misma había reclutado mujeres por Buenos Aires—, y de eso se habló.

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

Nadie se fijaba en la Baguala, que uno de esos días entró al pueblo con el loquito. Fueron al corralón del Arca de Noé y compraron una puerta maciza, de madera, con una cerradura grande y brillante. La Baguala se veía tan decidida como siempre y algo más vieja. Usaba unas bombachas que habían sido de Fuentes o de algún peón, y alpargatas. Había pedido dos llaves; cuando se las dieron le pasó una al loquito.

—Ya estás en edad —se le oyó.

Después se fueron, con la puerta cargada en el carrito. Empujaba ella; el hijo trotaba atrás. A los dos días se lo vio al loquito jugando con esa llave negra, grande. La había atado a su cintura con una cadena de esas que tienen las banderolas y colgaba como un péndulo, segura, a su costado.

Las cosas que habían podido decirse, el entusiasmo con que se había hablado de toda esa familia, y de Arguello, eran, como el verano, un amortiguado eco de lo anterior. Sin Elena, todo se diluía, hasta el mismo Arguello. Empezó a recobrar interés al tiempo, cuando Elena volvió.

10

Después de seis meses ese hombre del que hablaba Herrera volvió, y las cosas —al decir del loquito —cambiaron un poco en ese campamento del sur.

No fue una huelga esta vez, fue aquella cuestión de las mujeres. Antes de que se lo llevaran había entrado una vez al quilombo: tomó una caña, miró nada más que a la Paraguaya, salió. Dos meses después de volver, cuando ya era de nuevo capataz, entró por última vez a La Flor del Sur.

Antes, les avisó.

Eso de que avisaba algo lo entendieron después. Algo debía tener, en los ojos, ya desde su llegada: una idea fija que lo hacía distinto, que lo ablandaba o lo hacía menos rígido

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

que cuando había llegado la primera vez, meses antes de la huelga; algo que lo perdía, a veces, en cualquier conversación. Pero todos los que vuelven de la cárcel, casi todos traen un brillo distinto en los ojos, y hay matices —aparte de las señales en el cuerpo, del odio o del silencio— que los marcan, revelándolos.

Primero, a los dos meses de su vuelta, vieron nada *más* que esa pelea, un viernes. Una sola pelea larga, donde el hombre que solo se había exaltado en la asamblea (y con la misma exaltación serena, medida de la asamblea, si se quiere) para pedir la huelga, se probó. Y si el principio fue lento después pegó fuerte, y en cada golpe —los otros eran dos peones retobados, con el vino en los labios—, en cada trompada era como si estuviese acordándose de algo que había olvidado. Como todos, los dos peones habían visto a ese hombre leer —dos o tres libros gruesos que alguien había guardado cuando se lo llevaron—, lo habían escuchado en los días de la huelga, cuando les explicaba cómo les robaban la plata, qué era necesario hacer. Ahora, los esperaba tranquilo, en la rueda que se había formado cerca de las barracas. Con un gesto había parado a uno, que quiso ayudarlo. Los peones volvían como dos animales empecinados, y ahí estaba él, al final, para voltearlos casi con indiferencia, como perdonándolos.

Esto decía el loco Fuentes que decía Herrera. Y tal vez la pelea estaba magnificada por alguno de ellos y los hombres no eran dos sino uno y el vino disminuía a los dos o los exaltaba y en la tarde del sur ese hombre peleaba gritando, a las puteadas como cualquier persona normal.

Pero debe ser cierto que después, cuando trajo esa mujer al campamento, pensaran lo que pensaran nadie lo enfrentó. Entendían por qué la pelea había sido un día antes —el viernes anterior al sábado en que la arrancó, entre la gente, de La Flor del Sur—, por qué el hombre, o los hombres, eran de lo más duro que había en las cuadrillas. Supieron por qué era la primera vez que había peleado. Su furia era fresca en las memorias cuando, en la mañana del domingo, ella se asomó como si hubiera estado siempre ahí, en la casilla del capataz.

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

La segunda pelea, a los pocos días, confirmó o precedió los comentarios, las cosas que se vislumbraron después. El campamento todavía andaba alborotado, con la Paraguaya adentro. Con esa mujer que podía mirarlos fijo, o no mirarlos, segura e indiferente, sabiendo que molestaba a la mujer de algún ingeniero y saludándola como si nada, entendiendo sin complacencia y sin ruido que todos la miraban y que promovía opiniones distintas a lo largo del campamento. Algo habría en los peones, en la gente que esperaba a ese hombre; la esperanza de que se quedara, el murmurado presentimiento de que se iba a ir. Durante una semana anduvo contenta, pero dos días antes de la segunda pelea, la cara se le apagó. A él lo veía pensar, como luchando, y tardaron más en declinarle los ojos. Dos días más.

La pelea fue en el pueblo, y no fue pelea. Ese hombre había entrado al pueblo y el guardaespaldas de un político con el que, además, se había topado cuando la huelga, lo paró.

—Qué —le dijo, y había peones cerca, gente que lo conocía bien—, ¿ya se te escapó la potranca?

—Cómo —dijo él y su voz ya era un golpe.

—Si la venís a buscar, digo. Porque vos a ese refrán de la cabra y el monte lo conocerás bien.

Fue oírlo, y verlo con la cara que era una mancha, contra la pared.

El hombre se dio vuelta, y no iba a volver a pegarle. Entonces, el otro, que había sabido buscarla a la Paraguaya, como insultándolo mientras trataba de pararse la sangre:

—O venís a que te vea el médico —le preguntó.

Cuando, después de pegarle, le dio la espalda, ese hombre no era el de los días anteriores. Hasta su pelo, ese pincelazo que la cárcel había deslucido y oxidado, parecía más indefinible, más gris. Era como si se le hubiesen caídos los ojos, o se le hubiera terminado la voz.

Ni la vieron irse ni oyeron discusiones. Antes habrán oído esa voz algo fuerte enmarcando el murmullo suave de la

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

Paraguaya. Por esos días, ese hombre, según Herrera, necesitó aferrarse a las herramientas, trabajar a la par de sus hombres, pegado a la tierra o a los caños para no ver lo demás: la barranca donde luchaba con el empecinamiento de esa mujer, el camino por donde la vería irse, por donde se le vería nada más que la espalda, por el costado del camino, yéndose.

El empecinamiento, decía Herrera. Necesitó. Eso era lo raro. Ese saber qué podía sentir el hombre, qué había pensado, qué cosas habían sido dichas en la casilla para que él estuviese esperando que se fuera. En esos momentos, mientras el loquito nos contaba —contagiándose, entendiendo también él—, pensábamos que le había medido, conocido cada minuto a ese hombre.

Una mañana ella no estaba más. Una mañana él salió a trabajar y era aquel hombre que había empezado a ser al darse vuelta, alejándose del hombre tumbado contra la pared. Tres días, y ya era peón, otra vez. Pidió no ser capataz, nos decía el loquito. Creyendo que entre las cosas, con las manos, no dando órdenes sino atendiendo cada movimiento de la herramienta, podía no pensar; o sabiendo que ya se engañaba, que al librarse de las preocupaciones obedeciendo como un autómata, tendría más tiempo para recordarla, para revivirla, para que se fuera menos. Esto lo había explicado Herrera, y era fácil intuir —aunque no explicar en Herrera, en un hombre que contaba cosas de otro— un tono dolido, como el de una confesada nostalgia, invadiendo la voz de Herrera en las tardes de esa casa cerca del hospital.

La huelga resucitó por una semana, y ese hombre se quedó al costado de todo, viéndola pasar, no indiferente sino con la callada impotencia de un paralítico que ve correr a los demás. Por eso de la huelga, uno de los peones que había volteado, lo buscó.

—Carnero —le habrá dicho.

Él lo miró, cerrando los puños. Miró a los demás; asentían, en silencio.

—Te necesitamos —dijo uno—, vos sabés hablar.

Lo oyó y —según el loquito —el cuerpo se le ordenó, alto

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

como en las asambleas; los puños siguieron cerrados, pero sin impotencia ahora, imperiosos. Atrás de los hombres se veía el camino. Estuvo mirándolo unos segundos, mientras el otro lo esperaba. Después, lenta, concientemente, el cuerpo, la cara, fueron otra vez los de esos días. Alguien fumaba, cerca; en la tarde el humo se estiraba y lo envolvía cuando bajó la cabeza. El peón tenía una rama en la mano y lo señalaba. Él abrió los puños.

—La cárcel los ablanda fácil, a éstos —dijo el otro, y al mismo tiempo quebró la rama; el chasquido sonó fuerte, en el silencio.

Él subió los ojos, despacio. Mostraba las manos, con las palmas hacia adelante, y se sentía que quería enfrentarlos con eso, asumir lo que empezaba a ser. Después se iba a quedar un tiempo hasta que pasara lo peor: cuando ella viniera con las mujeres que llegaban una vez por mes. Día a día lo verían algo distinto, como si alimentara, como si fuera, prolijamente, terminando de construir su humillación. Ahora, miraba al otro, que tenía uno de los pedazos de la rama, con las dos manos.

—Si a vos te hubieran marcado el cuerpo no ibas a cacarear tanto —dijo uno.

El peón apretó los puños sobre la rama. A él, a ese hombre, la voz le iba a ser lerda, para que lo escucharan.
Otra vez el chasquido de la rama, quebrándose, sonó como un tiro, como si el peón hubiera hablado.

—No —contestó ese hombre entonces—, la cárcel no.

El loquito nos contó esto. Fue antes de esa farsa, muy poco antes de esa locura que iba a trastornar la última noche de un carnaval. Se pudo intuir algo, desde esos días: un odio ya no secreto le movía la voz al loquito; algo intangible, sin dirección pero irrevocable. El movimiento de su cuerpo había llegado a desordenar su antigua cara, a desbaratarla; del mismo modo, sentíamos, las cosas que le contaba Herrera, el contacto con Herrera, o, más justamente, con ese hombre lejano y desconocido del que Herrera le hablaba,

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

lo removía, organizando o descubriendo algo oscuro, que veíamos crecer en sus gestos, sobre todo en su voz.
Nos había contado lo último, lo peor. Era raro escucharlo, inevitable.
—A los dos días de esto último se puso ese traje. Ella se había ido del sur y a él no lo iban a ver más.
Dijimos que tal vez había tenido razón ese policía, cuando le recordara el refrán a ese hombre. La cabra había tirado al monte, nomás. Entonces, también pasó algo raro. Primero, tuvimos la misma impresión de alguna vez: esa de que el loquito estaba detrás de un vidrio, en otro lugar. Después, fue como si hubiera atravesado ese vidrio, de golpe, y nos sentimos cercanos a algo. No dijimos nada, nunca lo comentamos, pero tal vez todos pensábamos lo mismo: que las cosas que queríamos saber de Herrera, los hechos que sostenían o alteraban su vida, estaban ahí. El loquito se había callado, como si no escuchara.
Repetimos:
—Eso. La cabra tiró al monte, nomás.
El loco fue duro, fue vehemente, habló con seguridad.
—Nada de eso —dijo—, Herrera dijo que hay odios que llevan a cualquier cosa, que fue un sacrificio. Yo sé que es cierto, yo sé bien.
No nos hablaba a nosotros solos. Era como si amenazara al pueblo entero, a las casas dormidas en la siesta, a la gente que dormía o hablaba en las casas. Ofendido, algo ridículo y grandilocuente, iluminaba su rencor, y no iba a volver a hablarnos hasta después de esa noche disparatada, en el final del carnaval.

11

Pero mucho antes de que el loquito nos contara estas cosas, antes de que Herrera llegara al pueblo, apenas a los dos años de haberse ido, en el final del segundo invierno, volvió Elena Fuentes.

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

Era uno de esos días claros, sin niebla, en los que el aire hace del pueblo un cajón vacío, silencioso. Ya no eran las mañanas en las que el invierno es pesado, sucio, y aún a las diez uno se pone a esperar cualquier ruido —una bocina, la publicidad de las once— para saber si el pueblo está vivo. Ese año fue la primavera la que se acercó antes. Por el principio de setiembre esos ruidos eran innecesarios porque la luz misma hacía vivir al pueblo; uno se los olvidaba, esperando el del tren de las nueve y media, que se acercaba, furioso y feliz.

En ese tren llegó.

Una mujer de pelo largo, con la sonrisa aplastada en la cara. El pelo descuidado, como triste, con ese reflejo ocasional, indolente, de los gatos que envejecen en los almacenes. La sonrisa —o ese dibujo tenue, en la boca, que de algún modo hay que nombrar —quieta, vuelta hacia cualquier lado, no hacia la gente, sino hacia las cosas: la estación, las tiendas que se veían más lejos; y rara, como esas cosas que resucitan forzadamente y al resucitar envejecen de una vez para siempre.

Cruzó la explanada de la estación y entró a Las Violetas. Se pudo pensar en muchas cosas, en todo eso de la nostalgia, del arrepentimiento y de los recuerdos pudo pensarse, cuando se la vio en la confitería, a las diez de la mañana, tomando nada más que café. Se pudo pensar que iba a buscar a Arguello, también. Pero algo nos decía que no esperaba encontrarlo. El mismo pueblo no esperó eso en seguida, porque esa era una Elena Fuentes casi desconocida, más hecha —más Baguala, podría decirse—, que no parecía necesitar otra cosa que ella misma, todo lo que ella sola había llegado a ser, en dos años, en el lugar o los lugares donde había estado. De esos lugares, nunca habló. Después fue a lo del Vasco.

La vieron por la Avenida Italia, caminando despacio, a eso de las doce. Golpeó. Adentro, preparaban la comida. Se habrán conversado muchas cosas, con esa forma de eludir lo que verdaderamente importaba. Le admiraron un vestido que posiblemente era el mismo que llevaba al salir del pueblo, tal vez para averiguar dónde lo había compra-

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

do. Cuando se iba, el Vasco, que siempre se consideró un poco su padre, le preguntó por dónde había andado.
—Por ahí —dijo ella, sin sonreír.
Alguien, que no fuera el Vasco, habría notado que ya no decía "por ahi", que acentuaba la i. Y un modo de hablar más desenvuelto, tal vez.
Comió sola, en el Hotel Argentino. Pagó un mes adelantado como segura de que más tiempo no iba a estar. Entonces, ya se veía cómo era Elena Fuentes. Se le notó esa dureza, esa callada seguridad que recordaba a la Baguala. Comía, o hablaba, y todos sus movimientos recordaban a la madre remando o pasando por la orilla del río con la escopeta en los brazos. La Baguala tiraba como si hubiese apuntado desde siempre; veía una perdiz, una liebre, y el tiro salía como si la hubiera visto toda la vida, y le conociera cada maña, cada señal; uno sabía que le era imposible fallar. Con Elena, lo mismo. Nada en ella parecía —ahora— gratuito, desprovisto de sentido; el tiempo que había pasado en el pueblo, antes de irse, le había enseñado los peligros, había aprendido a apuntar: ahora, ya tenía cada liebre elegida, muerta tal vez. Todo, lo presentimos, era para ella un objeto, medios que usaba para un fin. Los paseos por la rambla, las romerías, todo eso no tenía para ella el menor interés.
Había algo más. El secreto, esa tenacidad en no decir de dónde había venido —unos pocos se lo preguntaron al principio—, no por capricho, y eso lo notaba cualquiera que la conociese, sino, seguramente porque de ese lugar, de esos años, guardaba algo, un recuerdo que no quería rozar con el pueblo, contaminarlo con lo anterior.

Así que a los veintinueve días salió del Hotel Argentino. Gaspar iba con ella.
Elena había entrado en la peluquería dos veces: con algún pretexto la primera, volviendo la segunda. Él la fue a buscar. Así se le borraron las esperanzas a muchos, a todos los que al verla llegar pensaron que las cosas iban a ser como antes, cuando estaba en la casa del camino a Pila.

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

Todos los que por Raúl o por algo no habían ido y tenían las ganas escondidas, desde esa vez.
El Gaspar que más se recuerda es el otro, el que después de degollar a Raúl Arguello se escapó del tren y empezó una lista de largas hazañas que por acá nadie se va a olvidar. Por esa época lo veíamos más bien chiquito, uno de esos hombres que parecen esperar algo que les ordene los huesos para agrandarse en todo lo que dan. Un hombre cualquiera, que ella eligió casi con el dedo, tal vez porque apenas si hacía un año que estaba en el pueblo. El amor y los caprichos no eran de esa Elena que había vuelto. Eso, hasta Gaspar lo debe haber entendido bien.
A los cinco meses nació la chica, la hija que Elena ya tenía adentro, cuando llegó.
Seis meses después Arguello entró a la peluquería. Se miraron. Ella tenía la chica en los brazos.
Así, callados, con la chica dormida, salieron los dos.

12

Fue un alivio. Fue como si las cosas, dislocadas por esa tranquilidad que Elena les imponía al llevar una vida normal, de mujer casi casada, volvieran a su cauce.
Esto pasa en los pueblos, donde nadie debe escaparse a la sangre que trae. Si Gaspar hubiera tenido un hijo, todos se sorprenderían de que éste no matara a alguien, también. Así que la gente, que había visto a Elena mezclarse con ellos, comprar cosas en las tiendas o darle —tal vez— el pecho a su hija como cualquier señora, cuando supo que se había ido con Arguello, respiró.
Esto se dijo: Elena Fuentes, hija de una mujer que a los cuarenta años todavía andaba haciendo de las suyas, por el río; la hija de un peón de los Laver y de la Baguala esa, había conseguido hacer cualquier cosa de un Arguello, nieto de un juez de paz, hijo y hermano de administradores de estancias, lo mejor del Rotary y del Club Social.

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

Raúl vivía en esa casa cercana al hospital, que los hermanos le concedieron sin discusión. Después de ese error, después de ese tiro al aire —como repetían— que era Raúl, los Arguello se habaín ido replegando hacia adentro del pueblo, hasta las oficinas, hasta los últimos restos del hotel carcomido, según decían, por las andanzas de Raúl.

A esa casa, cuna de los Arguello. Elena Fuentes, con una hija cuyo padre vaya a saber dónde estaba, había conseguido entrar. Porque, si en algo se estuvo de acuerdo, fue en dejar de lado —como causa de esos acontecimientos— el antiguo amor. El antiguo odio, habremos pensado, si la memoria no hace trampas, si en verdad eso no lo pensamos recién ahora, o al tiempo, después que todo pasó.

Pero en amor no podía pensarse: fijándose bien continuaba en Elena esa callada tenacidad de cuando había llegado, ese secreto impulso que la aislaba de todos, hasta de Arguello, ese propósito que nunca, —ni siquiera después, cuando el loquito insistía en develarlo, con una luz ambigua, pero luz al fin— pudimos fijar. Tal vez lo más cierto sea que ella se limitaba a vivir, a ocupar un lugar para ella y para su hija y para eso había hecho un pacto —ella, la Elena que había vuelto, distinta, preñada— con el Raúl Arguello que había encontrado al volver. Pero también sabíamos que si ése era su propósito le hubiese bastado quedarse con Gaspar Campos, y no era así.

En el tranquilo crepúsculo, en las demoradas tardes del Club Social, así se habló. Tanto, que la madre de los Arguello, según se dijo, se decidió a morir.

Los Loza, los Pereyra —las pocas familias entre cuyos miembros no se contaba ningún comerciante, solo profesionales o dueños de campos; las familias más viejas del pueblo —fueron los únicos que, en el velorio, pudieron decir, en voz baja y entre ellos, que la señora mayor de los Arguello (quién, como muchos supimos o recordamos ese día, antes de casarse con el juez de paz había tenido sus cosas y hasta hacía poco participaba en el negocio del camino a Pila) había muerto justo cuando empezaba a continuarse, a resucitar su sangre. Ese mismo día, mientras la velaban, Raúl Arguello inauguraba un estableci-

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

miento semejante. Elena Fuentes —eso dijo alguien, al oído del director del periódico, mientras éste tomaba notas del velorio— volvía a su actividad.
Los hermanos permitieron que Raúl viera cinco minutos a la madre muerta. Él, apenas usó dos.
En la puerta, el loquito vendía cigarrillos, tarjetas y flores. No era muy conversador, por ese tiempo; tenía siempre la llave grande colgada de la cadena y la raspaba contra la pared o la golpeaba contra la puerta, rítmicamente, tal vez para que advirtiesen su presencia o la de su mercadería. Pero nadie lo echó.

13

Se cumplía marzo, el fin silencioso de un marzo que cerraba uno de los veranos más pobres que se recuerdan, cuando Carmelo Herrera dejó de dormir en el Puente Manantiales y entró, siguiendo a Raúl Arguello, a esa casa vieja, de caídas arcadas, que está cerca del hospital.
Si uno mira esa casa, ahora, viéndole las tejas rotas y verdosas, los fierros herrumbrados y el corredor por donde anda solo el viento, piensa, sabiendo estas cosas, en el rancho que está al final de la calle que da al río. Es como si Elena Fuentes, o la Baguala que vivía en Elena, o Carmelo Herrera y el loquito, hubiesen estado ahí para marcarla, para darle un destino igual. Parecidas arañas deben andarle adentro; el mismo silencio se mueve detrás de las ventanas, acechando los mismos recuerdos. En los dos lados se piensa: aquí vivió Elena Fuentes. Y en seguida se piensa en lo demás.
Se piensa en esa tarde, cuando Carmelo Herrera entró en la casa. Apenas si se sabía algo de él; que había estado un mes ayudando a Arguello, que se le había aparecido, una mañana a pedirle trabajo, y que le conocía el nombre a Raúl porque alguien, cerca, le había dicho que tenía ese puesto en el puente. En esto había mentido. El hombre

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

que se lo había dicho no apareció. En La Paloma alguien se acordaba de un linyera que había preguntado directamente por Raúl Arguello. Otro, en el pueblo, recordaba haberlo visto hablando con un chico y después frente a la peluquería de Gaspar, mirando hacia adentro. Alguien dijo que había hablado con esa mujer, esa vieja que limpiaba la peluquería y la casa de Gaspar Campos, desde que Elena se fuera con Arguello.

Llegaron a la casa, al mes de la aparición de Herrera. Gonzales, esa sombra de Arguello, estaba ahí. Él ya había visto a Herrera en el puente y después contó estas cosas, extendiéndose.

Herrera tenía el mismo traje gastado de un mes antes y llevaba el saco en la mano. Tenía la misma barba dura y al ras, pareja sobre la cara como si la recortase todas las mañanas cuidando de no cambiar su aspecto, y ese pelo indefinido, algo sucio, cuidadosamente opaco. En los ojos, esa breve línea desorbitada, una gota apenas, escapándose de la mansa corriente del río y desordenándolo todo de un modo indefinible.

—Te acordás de Herrera —preguntó Arguello.

Se rieron cuando Gonzales le tendió la mano y el otro, serio la estrechó. Después, Raúl Arguello, con ese ademán suyo, tan teatral, movió las manos, exagerando, abarcando una extensión ilimitada: los terrenos del hospital que habían sido de su familia, los fondos, un molino. Terminó por señalar la casa. Dijo:

—Gonzales, desde ahora, esta mansión tiene hasta un valet. Si me ven mis hermanos me van a felicitar.

Y Gonzales, que nunca consiguió ese desparpajo, trató de ponerse tan solemne como él. Pero siguieron riéndose, los dos. Gonzales le alcanzó a Herrera el mate y le señaló el calentador, las demás cosas.

—Eso —dijo Arguello— ya tenés todo. Cebá.

Así, cebando mate, callado, sin haber dicho una palabra, estaba cuando Elena entró. Ya no era la tarde. Seguramente nadie hablaba cuando Elena salió de la pieza, y apenas cruzaba el aire un pájaro, el primer viento, los últimos grillos del verano.

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

Gonzales encendía el farol. En la luz súbita vieron a Elena, y también se destacó Herrera, inclinado sobre el calentador. Fue raro. Ella se paró de golpe, no como quien mira para conocer. Sorprendida, decía Gonzales. Así lo miró. No le vieron la cara a ninguno de los dos. A ella no se le veía nada más que la espalda cuando pareció querer caminar hacia Herrera. Raúl había dicho:

—Elena, te presento a mi nuevo mucamo.

Él, apenas levantó la cabeza. Detuvo las manos, casi contra el fuego. Gonzales estaba jugando con una lata, que pateaba despacio contra la pared del corredor y alternativamente miraba la lata y los miraba a ellos hasta que, según él mismo, se quedó quieto, porque notó algo raro. Ella no dijo nada. Ellos vieron la mano todavía sobre el fuego y pensaron que se estaría quemando y que en ese momento lo advertía, por el tono casi dolido de la voz.

—Buenas tardes, señora —dijo él.

Sin mirarla, lo dijo, inclinado de nuevo. Arguello se rió, sorprendido, porque a él nunca lo había llamado señor.

—Este valet es perfecto —dijo—, sabe cómo tratar a su patrona.

Después, le contó a Elena cómo lo había conocido, más para reírse con Gonzales que para otra cosa. Contó todo lo del puente, esa mañana, tratando de imitar la voz de Herrera. Mientras ese hombre cebaba mate, como si no hablaran de él, serio como siempre. Arguello y Gonzales se reían. Elena no. Elena tenía un gesto contenido, indescifrable.

Oyeron un silbido.

—El primer cliente —dijo Arguello—, Elena, andá a la pieza, nomás.

Al tiempo, nadie se sorprendía de ver a Herrera en la casa, casi siempre en el corredor.

14

De modo que Carmelo Herrera limpiaba la casa. Por lo menos esto es lo que decían todos, y Gonzales, que conocía eso muy bien.

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

Ahora Gonzales anda por el pueblo, ya para viejo y vestido a lo Arguello, como una de esas fotos amarillas que van gastando, deformando la figura que alguna vez enfocó la cámara pero que la recuerdan borrosamente. Es como si Arguello volviera de vez en cuando, apenas delineado por el pueblo, o en la luz de la cancha de pelotas. Uno se acerca y es Gonzales el que está ahí. Ya no habla de estas cosas. Con el tiempo ha ido acostumbrándose a que cada movimiento, cada tono de esa voz que la caña va gastando de a poco (asumiendo, la caña, el papel de un tiempo que no quiso tocar mucho a Gonzales, tal vez para que nos recuerde todo esto, fijo como un símbolo de cuánto pasó), cada paso que da sea un remedo del Raúl Arguello único que anduvo por aquí. No habla, pero verlo es acordárselo antes, cuando nos contaba todo, mientras ocurría, y después, cuando todo acabó.

—Hasta plumero compró —nos decía, y esa casa estuvo más limpia que cuando vivían los propios Arguello, seguro. Limpiaba despacio, minuciosamente. Los rincones, todo. No como quien se justifica, parece. No queriendo pagar la hospitalidad de Arguello sino dando la impresión de que para eso estaba, de que eso había elegido él, del mismo modo con que había aceptado como heladeras los pozos de Raúl, en el puente. Barría con tranquilidad. Entraba a la pieza donde Elena recibía a medio pueblo, también para limpiar.

—Hasta la palangana, lava —nos decía Gonzales riendo.

—Como una mujer —opinábamos.

—No, no como una mujer. Quiero decir, miren, algo así como con orgullo. Eso se notaba cuando estaban juntos Raúl y él.

Nunca supimos qué se notaba, a no ser eso indefinible, esa contra-amistad que parecía unirlos extrañamente. No el odio, ni siquiera el odio o la obligación de soportarse. Porque Arguello podría haberlo echado, Herrera irse. Era eso: sabíamos que algo, tal vez no dicho nunca, les impedía separarse a esos dos.

Raúl, según Gonzales, no era el que pudo ser: uno de esos Arguello de pueblo que desde chicos aprenden a copiar a los dueños de las estancias y saben —de rebote— a qué

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

hora hay que tomar whisky y a qué hora otra cosa. En él, de acuerdo a Gonzales, todo eso estaba de antes pero no le importaba. En eso, en no ser un Arguello, se le fueron los pocos años que vivió, tan apurados.
Así pensaba Gonzales. Era esa personalidad, ese modo de Raúl Arguello, tan de él, lo que defendía y admiraba Gonzales. Y el choque silencioso, la batalla de esa fuerza adquirida o inventada con la presencia tranquila de Herrera —esa lucha apenas visible en la que Herrera esgrimía una fuerza más honda, menos aprehensible en gestos o palabras pero honda, arraigada, capaz de socavar gradualmente a Arguello—, habrá sido lo que Gonzales nos quería explicar. Algo cierto era eso de que en pocos años Arguello se terminó. Para Gonzales lo último que había hecho, la última cojoneada, había sido sacarle la mujer a Gaspar. Pero nada más que Gonzales podía engañarse. Seguramente el propio Arguello sabía que Elena había pasado por la casa del peluquero pensando en irse, que ella era la que, antes de entrar, había decidido salir. Gaspar sirvió para que naciera bien esa chica, nada más.

La chica, otra de las preocupaciones de Herrera. La única ocupación en la que se mostraba distinto, la única que no parecía haber elegido. Sorprendido, ablandado, sabía tenerla en brazos, jugar cuando ella creció un poco. Hablarle como si pudieran entenderse.
Por la mañana Herrera salía a comprar algo y a veces llevaba a la hija de Elena. Volvía y empezaba a hacer la comida. Elena nunca quiso que cocinara, pero él se imponía, callado como siempre. Sobre todo con Elena tenía ese modo de imponerse; ella aceptaba en silencio y con muecas raras, contenidas. Las mismas muecas del primer día, cuando lo vio.
Medio raro, la verdad.
A veces comían ellos tres y Gonzales y hasta algún otro. Para los demás, Herrera parecía algo de la casa: una columna, una puerta, el viejo calentador. Recién iban a notarlo después, cuando el loquito nos hablara, contando todo

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

lo que ese hombre contaba del sur. A los dos días era así; un objeto. Desde la primera vez, nadie tuvo que decirle qué debía hacer. Nada más que los ojos molestaban, como un presagio. Pero un presagio más bien secreto, apagado. Una vez sola lo vieron mirar fijo, le vieron crecer esa línea entre los párpados. Fue por Elena.

Porque Elena sí era rara, distinta, con él. Parecía que nunca iba a acostumbrarse a verlo. Inquieta, molesta cuando lo veía. A veces, lo miraba. Cómo, Gonzales nunca nos supo decir. Él, en cambio, ni la buscaba ni la evitaba. Le decía señora pero en su voz no había burla ni nada que se haya podido ver.

—Una vez sola miró fijo, como dándose cuenta de algo —nos decía Gonzales— y yo estaba ahí. Raúl, unos días antes se había ido a La Plata, por unas carreras. Cuando él se iba, nada de clientes. Al venir se enteró de uno.

—¿Cómo se enteró? —le decíamos.

Nos miraba, sonreía.

—No por Herrera, él nunca se metió.

Siguió contando. Primero trató de explicarnos algo que había notado. Antes de que viniera Herrera, Elena hacía lo que quería. Con esa seguridad había entrado a la casa de Raúl, en quien alentaba el antiguo cariño, aquella amistad o amor; a veces, decía Gonzales, lo desesperaba esa fuerza de Elena y le crecía un rencor, una necesidad de dominarla, de imponerle cosas, sobre todo desde que ella le propusiera —porque esto supimos, por Gonzales— esa idea de trabajar así. Le costó aceptar que el pueblo lo tomara por un cafishio, y ese fue uno de los triunfos de Elena que más acrecentó sus ganas de imponerse a esa mujer. Pero ella seguía igual, hasta que llegó Herrera; ahí, cambió casi totalmente: sobre todo delante de Herrera aceptaba cualquier cosa, desde el primer día, cuando él le dijo —tal vez para darse importancia adelante de ese hombre— que se fuera a la pieza y ella fue. Así, Arguello, agrandado, llegó a esa vez. Comían los cuatro y Raúl dijo lo de los clientes:

—Ya te avisé —dijo.

Esperaría otra cosa pero ella siguió comiendo, sin contestar.

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

—Te digo que te avisé.
Estaba nervioso; ella callada. Levantó el brazo, para cruzarle la cara. Oyeron un ruido de cubiertos, muy fuerte. Era Herrera. Creyeron que había sido casualidad pero ahí estaba, mirando a Raúl Arguello. Además, ese ademán como de pararle el golpe.
Pero no fue eso, la mano en movimiento —apenas en movimiento— lo que recordarían después. Fue la cara, tan distinta, con una mueca dura y desconocida, un resorte apretado, la cara de un animal que va a saltar. Un animal que conocía la pelea; uno de esos perros aparentemente manso, que cuidan un objeto, un ciego.
No habló, pero pareció que iba a hablar.
—Raúl bajó la mano —decía Gonzales—, fue de las pocas veces que lo vi aflojar.

15

Pensando en todo eso, ahora, parece mentira que las cosas pasaran en tan poco tiempo. Esto, parece mentira: que Elena haya vuelto tan distinta en dos años, que dos años más tarde Arguello estuviera muerto y todo aparentemente acabado. Y, también, que al mismo tiempo nos hayamos acostumbrado a irnos tan lejos, hacia el nacimiento de Elena y después tan cerca, hasta que murió.
Es extraño que nosotros, que al principio creíamos que las cosas eran simples, tocaban de cerca apenas a Raúl Arguello y a Elena Fuentes, no podamos separar de ningún modo —en el recuerdo, en esa mano de barniz que, hablando, damos al recuerdo, para que dure— al loquito, a Gonzales, a la Baguala, a Carmelo Herrera.
Gonzales nos hablaba de la casa, de lo que pasaba en la casa.
La Baguala andaba por el río, siempre. Los hombres que tenía —como si, llegando a vieja los retuviera— le duraban más, cada vez. Fueron hombres de paso, forasteros, gente

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

que se arrimaba a pescar. Tal vez algún peón de los Laver, que de día trabajaba en la estancia y los sábados le ayudaba en la quinta, arreglaba el techo del rancho. Un día pudo verse al costado del rancho una construcción nueva, una especie de galpón que salía hasta el río y tapaba el bote. Eso sirvió para revelar como la Baguala envejecía, más de lo que ella misma, su cuerpo de hombre brutal y alto, podían mostrar. La Baguala no había sido nunca mujer de buscarse comodidades: arrastraba el bote desde el río hasta más allá del rancho, todas las tardes. Un día tallaron esa entrada, en la orilla, y ahí quedó el bote. Algún hombre empezó una especie de techo, que el viento castigó y derrumbó. Así, incompleto, iba a quedar.

El loquito fue durante mucho tiempo una costumbre. Comprarle cigarrillos era, para algunos, un gesto más de todos los días, como elegir al Eléctrico para lustrarse o darle monedas a Cantinflas. Se lo esperaba un poco desde la siesta y todos conocían el ruido del carrito rodando sobre el asfalto: empujado como a borbotones, con esos brazos que seguían el temblor de las piernas, el carro tenía ya un ritmo propio, como un reloj lerdo, que se atrancara de un modo regular. Hasta ese tiempo el loquito había sido, en todo esto, solo un adorno estrafalario al que no siempre era preciso recurrir. Pero después se lo vio con Carmelo Herrera. Sabía ir a la casa donde estaba su hermana y ahí lo conoció. Nunca supimos cómo conseguía hacerlo hablar. Tal vez lo buscó el mismo Herrera, eligiéndolo por su aspecto, por su anormalidad, encontrando en el loquito a los amigos que estaría dispuesto a no buscar entre nosotros. El loquito tenía sus mañas, era buen conversador. Así lo comprobamos después. Cuando le preguntaron algo de Herrera, algo que Gonzales no supiese, demostró que estaba esperando la pregunta.

—Con él hablo mucho —dijo, suficiente—, es de mucha inteligencia.

Eso, nada más. Bastó para despertar nuestro interés. Empezamos a fijarnos en el hermano de Elena Fuentes y nadie pudo dejar de verlo distinto, cada día, como si lo modificaran las tardes de charla con ese hombre que se le había

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

aparecido una mañana a Arguello, hasta llegar a todo ese disparate del que tanto se habló.
Del otro, de Carmelo Herrera, sobre todo cuando lo vimos acercarse al loquito, esperábamos algo, con ese instinto especial que adquiere la gente de un pueblo, en conjunto, para profetizar o presentir.

16

Tal vez no se puede decir que pasó algo con él, precisamente con él. Porque de acuerdo a los acontecimientos —que son el centro, pero no la raíz de esta historia— los únicos que tuvieron que ver con esto fueron Arguello y Gaspar. Sin embargo, por lo que contaron Gonzales y el loquito, que en algo coincidían, hubo algo raro esa tarde, cuando Arguello habló de Gaspar.
—Lo vi hoy —dijo—. Está tirado, tristón el pobre. Se ve que lo dejaste mal.
Miraba a Elena. Pero el loquito y Gonzales —Herrera andaba por ahí— entendieron que hablaba para ellos. Ya habían notado ese cambio, esa necesidad casi infantil de hablar de eso, como si comprendiera que se iba terminando. Hablaba como alabándose.
—¿Mal? —preguntó Gonzales.
—Tirado, anda. Jodidísimo.
—Sin embargo —dijo el loquito, quien, como después explicó, por algo conocía a Gonzales y a Raúl Arguello—, sin embargo yo lo veo mejor que nunca, cada vez con más plata.
—Pero no se puede olvidar de ésta —dijo Arguello, ya molesto, señalando a Elena.
Y el loquito:
—No sé, a mí se me hace que ni le va ni le viene.
Había una cosa en la que, de poder, Gonzales iba a dejar de respetar a Raúl Arguello. Cuando Elena estaba en el camino a Pila el único hombre que, sin ser de las cuadri-

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

llas, entró a la pieza, fue él. El loquito Fuentes se acordaba de eso; con una sonrisa cómplice, que ahora se nos antoja turbia, diabólica, lo miró.
—Pienso lo mismo —dijo Gonzales.
El loquito:
—Creamé, don Raúl, que por las dudas, yo que usté ni me le arrimo. Es manso, pero cualquiera se contagia, de tanto andar afeitando y afeitando, con esa navaja.
—Eso —dijo Gonzales apurado—, así debe ser.
Arguello se quedó serio; en la cara se le veía que iba a pasar de broma. Pensó un rato. Cuando levantó la vista la suerte estaba casi echada.
Pareció descubrir una última carta; la jugó.
—Che Herrera —dijo—, y vos qué opinás.
Después de aquello de los cubiertos, como si hubiera presentido algo, Arguello ya ni le hablaba, parecía respetarlo más. Ahora, le preguntaba eso. Herrera no habló: como aquella vez en la mesa, lo miró fijo, la cara casi inmóvil. En los ojos esa fiereza, esa seguridad de animal agachado. No el mismo brillo agresivo de aquel día sino algo parejo, como un murmullo duro y desafiante, que le nacía en los ojos. Estuvieron un rato midiéndose; Arguello parecía escuchar. El loquito raspaba la llave contra la pared.
Arguello los miró.
—Mañana voy a la peluquería, me voy a afeitar.
Gonzales y el loquito entendieron que la mano no se jugaba con ellos, tampoco con Gaspar. Iba con ese hombre que ni siquiera había mostrado la voz.

Al otro día, Raúl se vistió cuidadosamente, antes de salir. Lo demás, se sabe bien, porque ahí arrancó Gaspar, esa vida nueva que le vino a Gaspar Campos. Un tal Sebastián lo contó todo, después, al rato de que se llevaran al peluquero, quien había esperado a la policía, manso, en la puerta.
Contó cómo, ya al llegar, Raúl habló de Elena.
Habló de Elena y se reía, como borracho. Con la cara llena de jabón le dijo a Gaspar cómo era Elena.

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

—Por tu mujer, pregunto, Gaspar —decían que dijo—. Cómo era tu mujer antes que me la llevara a casa.
Y alcanzó a reírse un rato, hasta que la risa se le paró a mitad de camino, o casi al llegar al final.

17

Así terminó. Elena misma pareció terminarse; quince años después, iba a volver. Quince años durante los cuales, sin pausa, prolijamente, un hombre, un solo hombre en el pueblo iba a pensarla, como creímos entender después. El pueblo tenía un tema que daba para mucho tiempo, sacudiéndolo cada tanto. Gaspar, el nuevo Gaspar que se había escapado del tren mientras lo llevaban a Dolores, al que después íbamos a encontrar en los diarios, fugitivo y con alguna otra muerte. Toda esa historia policial distrajo un poco. Recién a los tres días se supo que Elena había vuelto a irse, aunque ya habían notado su ausencia en el velorio de Raúl.
Hubo mucha gente acompañando el coche. Lo habían velado en la pompa, no en la casa. El loquito iba a la cabeza, serio. Entre el público, escandalizaba un poco: tal vez era su cara, cínica, con algo que hacía pensar que se reía. A lo mejor se estaba riendo, no de las cosas que habían pasado sino de las que iban a pasar.
Cuando llegaron al cementerio ya se sabía que Gaspar se había escapado.
Así que la historia de Raúl y Elena, tan vieja, tan cambiante en pocos años, iba a parecer enterrada, junto con Raúl. Como si toda esa construcción urdida alrededor de ellos, que ellos habían tejido junto con el pueblo, las charlas y las conjeturas y los vaticinios, se derrumbara de golpe, dejando apenas una leve corriente, una curiosidad por cuanto no había sido revelado.
Quedaba Gonzales, seguramente sorprendido por las consecuencias de ese desafío que, de todos modos, no le había

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

permitido a esa mujer. Todo fue una euforia inusitada esos primeros meses, con Gaspar y los pesquisas que llegaron y la gente esperando el diario en la estación. En medio de ese ruido Gonzales no conseguía promover ni la risa usando una ropa que habría sido de Arguello, ya que, y solo al tiempo, ayudado por nuestra curiosidad de nuevo en pie, apenas pudo promover el recuerdo.

Herrera siguió viviendo en la casa que los Arguello no se molestaron en reconquistar, quizá para no contaminarse con lo que había pasado en ella. Todo ese tiempo había vivido en la casa; al quedar solo ocupó un galpón que distaba unos diez, quince metros. También Herrera perdió para el pueblo interés. Un bicho más, bien raro, se dijo. Además, ni se acercaba al centro ni pedía —con su presencia— que nos acostumbrásemos a verlo. Un día nos dimos cuenta de que el loquito le proporcionaba comida, la yerba, algún cigarrillo.

Al loquito, su amistad con Herrera ya lo había cambiado. Llevaba el carro, como siempre, pero ya no intentaba conservar sus clientes con frases amables; tampoco se mostraba dispuesto a cumplir encargos. Había empezado a hablar con el Eléctrico, con Banegas, con todos los bichos raros del pueblo, esos hombres marginales que sirven para asustar a los chicos, para no hacer del todo inútil el hall de la estación. Él los despreciaba, o los había despreciado; seguramente le molestaba que pudieran pensarlo uno de ellos. Ahora les daba algo, un cigarrillo, cualquier cosa, y entraba en confianza. Después, se vio para qué lo hacía. Otra cosa había hecho: abandonó el rancho, a la Baguala, y se vino a vivir con Herrera, a la casa de los Arguello.

De modo que eso quedaba de la relación de Elena Fuentes y Raúl Arguello. Gonzales, una sombra. Herrera, apenas visible para quien pasara por la casa de los Arguello, entre los árboles del atardecer. Y el loco Fuentes. Así que fue fácil olvidarse de todo en pocos años, rehuir las cosas que inevitablemente arrastrarían al recuerdo de los hechos, lo de La Emiliana, lo del camino a Pila, lo de las señoras que ahora estaban casadas o muertas y algo habían tenido que ver con esos lugares. Todo cuanto había hecho la historia

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

del pueblo se empezó a olvidar. Hasta que murió ese hijo de los Pereyra, y el loco Fuentes empezó a moverse actuando en una forma extraña y disparatada que iba a removerlo todo, dejando los cimientos a plena luz.

18

Primero inició una campaña rara, como quien tantea o adelanta. Fue quien más habló e hizo hablar del hijo de los Pereyra, del muerto.

—Murió de sífilis —decía, como si revelara un misterio.

Después de aquellas épocas de La Emiliana, esto no era raro, en el pueblo. De vez en cuando moría alguien, algún comerciante, y la viuda se hacía cargo del negocio, o del campo, y todo seguía su cauce simple, natural. Se lo decíamos al loquito, nos miraba. Esos años habían trabajado tanto su cuerpo, su cara, que parecía un extraño demonio venido de la orilla. Él lo sabía; sus gestos, antes casi imperceptibles, sin interés, tenían ahora una lentidad cuidada, especial, como los de esas viejas que curan el empacho. Movía los ojos, cada vez más chiquitos. La voz le había cambiado tarde; ya no era chillona, salía arrastrada y despareja. Nadie se acordaba de sus años.

—No es el primero ni va a ser el último, por acá la sífilis no es rara —le decíamos.

—Para los que iban a La Emiliana, ya se sabe que no, tampoco los que fueron al camino —y pronunciaba esos nombres como si los subrayara.

Por él se notó, entonces, que Pereyra no había ido a La Emiliana ni al camino. Omitiendo a Elena el loquito obligaba a pensar en ella, a recordarla. Decía, como borracho, otras cosas. En sus palabras presentíamos una Elena insospechada, casi peligrosa. Más verdadera, si se piensa en lo que se hablaba siempre: el carácter, la sangre de la Baguala. Una Elena socavada por el odio, por el rencor hacia

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

la gente que le había quitado a Arguello, el primer Arguello, no el que había usado al volver. Vivía una Elena retorcida en lo que andaba diciendo el loquito, una mujer que había vuelto con la enfermedad, que había creado y mantenido la enfermedad.

Estas cosas decía, como un profeta. Y muchos pudieron odiar a Elena, en ese tiempo; hasta gente que no la conocía, alguna mujer casada con alguno del pueblo. Un análisis de sangre, una pierna que se quedaba rígida, nombraban a Elena, inevitablemente. Gaspar había matado a un hombre en Avellaneda, por esa época, pero el miedo a tener la sangre podrida —marcada, como decía el loquito— tocaba mucho más de cerca que ese crimen oscuro, lejano. En cierta risa de Fuentes, en cierta burla que podía leerse en los ojos, se veía el placer, la alegría de inquietar con todo eso.

Además, por boca del loquito, Herrera volvía a llamar la atención.

En esos años Fuentes limpiaba el comité peronista. Iba por la mañana, a eso de las siete, y pasaba el plumero con cierto empecinamiento rabioso, como si el polvo que quitaba a los muebles volviera y volviera. Para entonces se lo notaba más preocupado que nunca por la limpieza, que alargaba y alargaba, de modo que a las once, cuando llegaban los primeros afiliados, él estaba ahí, justificándose con el plumero, pero en realidad esperándolos.

Así consiguió tener bastante gente cerca cuando murió Pereyra, la primera vez que habló.

Era una reunión importante: se consideraban las posibilidades para las elecciones comunales. El intendente todavía era radical. Así que nadie le hizo caso y hasta quisieron echarlo. Pero él supo ganárselos; entonces se vio como había cambiado.

—No les parece raro —dijo— que uno de los hijos de los Pereyra, radicales viejos, se muera de sífilis.

Todos lo miraron. Alguien recordó que Luis María Pereyra

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

integraba la lista de los radicales como candidato a consejero.
El loquito se reía.
—Consejero escolar —dijo—, fijensén.
Hablaron un rato largo y el loquito aportó datos, recordó la época de La Emiliana, todas esas cosas. Al rato los encargados de los discursos electorales tenían mucho que decir del intendente, y de la familia del intendente y de toda la lista.
—Candidato a consejero un tipo que se muere de sífilis —decía el loquito de vez en cuando—, es para reírse, ellos que son tan así.
Y después habló de política. Siempre de la política del pueblo, del intendente y de todo, con palabras que nunca le habían escuchado y que pronunciaba como si las paladeara, lentamente, como si las hubiese aprendido hacía poco. Las palabras sonaban un tanto ridículas, caricaturizadas y algo lejanas en su voz.
—Dónde aprendiste vos eso —le dijo uno, molesto por algo que había dicho.
—Un poco porque me las pienso —dijo el loquito, y medio quedó pagando al vacilar.
—De qué charlan con ese Herrera —le preguntó alguien, apurado, acordándose.
—De muchas cosas, del sur, de muchas cosas.
Se quedó callado y casi todos lo miraban.
—Es un hombre muy inteligente ese Herrera.
Eso agregó después.

Todo eso se supo. Así que el loquito no necesitó muchas excusas para meterse en la cancha de pelota o en cualquier boliche, y hablar. Después del primer discurso de los peronistas, todos tenían algo que preguntarle. Él entraba con la naturalidad de siempre, nada sorprendido con esa popularidad que le había cambiado la vida. En el río, por las tardes de un enero que buscaba ya los carnavales, siempre tenía un grupito escuchándolo.
Habló de Herrera, por fin. Durante algunos días se dedicó

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

a destacar su inteligencia y las cosas que podían aprenderse con él. Después, habló de su modo de estar en esa casa, contó las cosas que todos sabíamos por boca de Gonzales. Por ahí empezamos a notar, ya que no a entender eso tan extraño, que unía a Herrera y Arguello. Con Arguello, decía el loco, Herrera parecía ser dos hombres distintos, según las circunstancias. Cuando estaban solos, apenas si aparentaba advertir la existencia de Raúl y le hablaba de igual a igual o, sobre todo en los últimos tiempos, casi ni le hablaba. Con Elena adelante era otra cosa; Herrera parecía rebajarse, reducirse. Trataba a Arguello de señor. Qué más hago, señor, decía, y le cepillaba el traje. Cuando le preguntamos a Gonzales dijo que todo eso era cierto, fijándose bien.

Al fin, nos contó todo eso del sur. Nos contó, uno de los últimos días, aquello que él o Herrera, llamaban lo peor.

Aquel hombre, allá en el sur, estaba en el campamento cuando la Paraguaya volvió. Las que van al campamento son lo que queda de las mujeres que alguna vez estuvieron en las casas de los pueblos.

—No son justo las más sanas las que van a los campamentos —acotó el loquito, como en un paréntesis.

Estaba sentado en uno de esos banquitos que fabricaba el viejo Rojas; tenía en la mano esa cadena de siempre, y balanceaba la llave entre sus rodillas, despacio, como marcándose el ritmo de hablar.

El hombre ese del que hablaba Herrera llegó a las barracas cuando ya estaban formadas las colas. Esperaron verlo pasar de largo. Nadie se lo había dicho, pero él eligió la cola más poblada, como sabiendo. Cuando sintió que todos miraban, alzó la vista. Tanto coraje le había vuelto a los ojos que algunos pensaron (habrán pensado): ella vuelve a quedarse, como la primera vez. Alguien lo habrá dicho en voz alta, cuando él, de acuerdo a su turno, entró. Volvió a abrirse la puerta, al rato; todos habían buscado el cigarrillo, la inmunidad del humo para indagarlo, para verlo bien. Pasó por el medio de todos; era el de antes de ponerse a la cola, el de los días en que trabajaba como si no hubiese otra cosa, el derrotado.

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

—No te olvidés los libros —le gritó uno, tal vez el peón de siempre, en el montón.
Eso fue lo último que nos contó el loquito, hablando de Herrera y del sur. Y sentíamos eso inexplicable, esa vehemencia con la que hablaba de la Paraguaya el día en que dijo que había mentido, la tarde en que se ofendió porque le dijimos que la cabra había tirado al monte como si la hubiera visto alguna vez.
Fue a los dos días de estas charlas (que, al final, llegaban a interesarnos, por esa luz insegura que arrojaban sobre Herrera, aunque nada pudimos afirmar) cuando empezó a actuar en forma tan rara, cuando murió Pereyra y se le dio por recordar a su hermana de un modo indescifrable, velado.

19

Si algún forastero viene al pueblo (incluso ahora que todo está cambiado y esto es como una ciudad balnearia más, muerta por el invierno, apurada en el verano) puede sorprenderse con algo que es una de nuestras costumbres, algo que pasa más o menos todos los años, en el Teatro Español.
Bien pensado puede llamarse a esto representaciones, obras de teatro. Sobre un libreto más o menos coherente, en el escenario se dicen chistes, payan dos o más cantores. Abunda el mal gusto; abundan los personajes estúpidos o deformes. Si uno es de afuera podrá asombrarse de lo verídico, de lo logrados que están esos personajes. Si uno es del pueblo reconocerá sobre el escenario a cuanto bicho raro haya por aquí; los lustradores conocidos, los vagos que duermen en la estación. Alguien, un cantor de tangos en desgracia, los junta de vez en cuando; todo el pueblo puede ir a reírse, paga para verlos ahí arriba, haciendo cualquier papel, o la misma obra improvisada, durante años. A veces hacen de ellos mismos, sin cambiarse de ropas; en todas las representaciones le toca a uno de ellos represen-

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

ar un personaje que aparece invariablemente: el del carrito, una especie de adivino o de brujo, que tira las cartas y a veces habla en voz alta, gritando como un profeta. Lo haga Cantinflas o Banegas o cualquier otro, siempre aparece en escena empujando un carrito, ofreciendo peines o cigarrillos y caminando a los saltos, con dificultad.

Esto es lo que queda del loquito, del hermano de Elena Fuentes. Si uno piensa, ve algo mágico en todo esto, en esa payasada que llena todos los años el Teatro Español, y que se repite con más éxito que el de esas compañías que vienen a dar el "Gaucho Hormiga Negra", o alguna de esas obras, desde la capital. Porque el loquito Fuentes empezó todo esto, hace años, antes de que lo mataran, la última noche de un carnaval.

Larga y borroneada es la memoria de esa noche. Pensando, ahora, en las cosas que pasaron esa noche del fin de febrero, hacia la declinación de un carnaval cualquiera, en la tibia luz de un corso que terminaba, se puede imaginar algo diabólico. Algo atravesado de un clima fantástico o ritual.

Sin embargo, más exacto es pensar en una fiesta, en una de esas ferias a beneficio del colegio de monjas, y también en el circo, en las representaciones de esos circos que llegaban de vez en cuando al pueblo, con la orquesta que se paraba en cualquier esquina y mientras el payaso repartía la propaganda, la música sonaba y sonaba y sonaba hasta aburrir.

Por lo menos, así empezó, dos noches antes de esa noche final. Durante un mes el loquito había hablado de Pereyra, había dicho que no solo quienes habían estado en La Emiliana iban a morir de sífilis, que varios que ni se lo esperaban tenían la sangre marcada. Y la primera noche del corso apareció en el carro, con la Enana y el Eléctrico. Esos dos andan por ahí, todavía, la Enana siempre con esa yegua llena de chicos, revoleando un látigo cada vez que le gritan; el Eléctrico, lustrando en la esquina de Las Vio-

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

letas, donde parece haber nacido, con esa lentitud de siempre que explica su sobrenombre. Ellos dos y el loquito iban en el carro que apareció la primera noche del corso, o dos noches antes de terminar el carnaval. El Eléctrico y la Enana, un poco ausentes, divirtiéndose sin saber qué pasaba; el loquito con esa especie de risa que le había crecido un mes antes para quedarle en la cara casi todo el tiempo.

El carro estaba decorado como un bar. En la parte de atrás había un cartel, pintado con brea. Iluminado por las luces del corso, por los coches y los camiones, las letras trazadas con brea aún húmeda, se cargaban con un influjo extraño que nadie pudo dejar de sentir. Las letras mayúsculas se alternaban con las minúsculas; las de imprenta con las cursivas; se leía: "Si quiere saber quiénes son éstos vaya a la representación".

Al día siguiente, nadie pudo sacarle nada al loquito. Los demás, los que estaban con él en el carro —la segunda noche estaban Banegas y Cantinflas, además— no sabían de qué se trataba, o dijeron no saber. Una hora antes del último corso, los vieron reunirse. Fijándose bien ya había algo alarmante. Ya había más: el hermano de la Enana, también enano; Rodríguez, ése de la casilla, tan feo; Peñita, un loco que pretendía vestir a lo dandy y vivía como a tres leguas del pueblo, en pleno campo, en una cueva con una bandera de remate en la puerta. Todos lo que ahora, año tras año, pasan por el Español.

La representación iba a llevarse a cabo frente al palco oficial. Era la última noche del corso. Es difícil olvidarse la cara del loquito, esa vez, bajo las fuertes luces. Algo contenido e inconfesable había en esa blandura nueva, como una máscara. Nada podía vérsele en los ojos, chiquitos, ilegibles.

En los corsos la gente espera las doce de la noche porque a esa hora ya se puede jugar con agua. Durante todo el tiempo se esconden los pomos y solo alguno que otro globo cruza el aire lleno de un agua perfumada, algo triste. Pero a las doce, cuando las luces tiemblan dos o tres veces, empiezan los gritos de los primeros empapados, y se descubren

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

los baldes y el agua remplaza al papel picado. Nada hay que pueda impedir esa furia, ese movimiento que, después de la vuelta pesada de los coches para pasar frente al palco (una vez y otra, una vez y otra), de las carrozas con las princesas, de las tímidas y ceremoniosas serpentinas, es como una liberación.

El loquito Fuentes lo consiguió.

El cartel había sido modificado esa noche; anunciaba todo para las doce, ese mismo día. A las doce, justo cuando pasaba frente al palco, el carro donde él iba con toda esa gente, se paró. Todo el pueblo, entonces, se paró. La gente de a pie se apuró a ubicarse; en Las Violetas entraron las mesas de la vereda, porque subían encima. Los ocupantes de los coches que habían girado sin cesar alrededor de los canteros de la Avenida San Martín, cerraron las puertas y también se acercaron. Cuando estuvo toda la gente, el loquito —que estaba parado en el carro, mirando hacia el final de las calles, por si venía alguno— levantó las manos, para pedir silencio, como un orador.

Al carro le habían sacado las barandas y seguía decorado como un bar. Una escalera se extendía desde abajo, en la parte de atrás; al pie de ella esperaban los que había venido con Fuentes. A todo lo largo del carro, sostenido por postes, había un cartel de género, donde se leía: "La Emiliana". Eso fue lo primero que sorprendió.

También sorprendió el loquito, quien, ya en el silencio, miraba hacia el palco oficial. Miró de un modo tranquilo, distante. Seguramente le costó mirarlos así, tan impersonalmente, forzándose para que el rostro no anticipara el odio minucioso, detallado, que tenía para cada uno; el intendente, las damas de Turismo y Fomento, la gente del Social y del Rotary Club. Ese odio ni siquiera estaba en las palabras que pronunció en seguida, porque su intención era no anticiparse, esperar. Pero algo habrá habido, porque todos sintieron que la afrenta empezaba con que ese hombre, ese loco los mirara tranquilamente, y les hablara. Como todos dijeron después, el error estuvo en dejarlo empezar.

Mirándolos, se limitó a decir, algo confusamente, que para broche de esos carnavales había preparado algunas esce-

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

nas, en las cuales intentaba resumir la historia de General Belgrano. Se las dedicaba sinceramente a todo el pueblo, y en especial a ellos, que si ocupaban el palco era por cuanto habían hecho y seguirían haciendo por Belgrano. Habló en esa forma que ya lo retrataba, ese modo prestado de usar las palabras, como si las estuviera aprendiendo. En el palco, una señora comentó si con esa gente, con todos esos retardados iba a hacerse la función. El intendente la miró, y le habrá pedido con una sonrisa que esperara. Ella insistió:
—Pero —dijo, en voz más baja—, con esos tarados.
Fuentes la oyó. Ya se volvía, para empezar.
—Señora —dijo—, los locos, como los niños, dicen la verdad.
Y no fue algo ridículo, aunque muchos nos reímos. Las palabras tan conocidas, sonaban como si él las hubiera inventado. Como si las hubiera amasado largo tiempo hasta darles la exacta forma de su voz y de su cuerpo, ese ritmo arrastrado que ya era él mismo. En el palco, sobre todo, sintieron que habían rozado el filo de un cuchillo, o que se habían asomado al pozo del baño, sin querer.

20

Lo que pasó en el escenario, se resiste al recuerdo. A los pocos días estas cosas trataron de ser olvidadas y no fue difícil enterrar los detalles de toda esa larga incoherencia, de todo ese sueño disparatado al que todos asistimos durante mucho tiempo en silencio, hasta que todos gritamos cuando el primero gritó. El silencio, ese clima, se extendía por todos lados y todo el pueblo fue un escenario esa noche, o el escenario fue todo el pueblo. Para algunos, aún ahora, debe ser una pesadilla, algo que vuelve así:

Todo está en silencio. El loquito ya no está en el escenario. El Eléctrico hace de cantinero; torpe, desaliñado. El mos-

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

trador tiene el tamaño de un mostrador común; en un taburete está sentada la Enana, con los pies colgando. Tiene los labios pintados de un color brillante y mueve la lengua sobre ellos en un gesto maquinal, despreocupado. Todo es silencioso, pesado. Se oyen apenas las voces de los actores; el loquito les indica cosas, al pie de la escalera. La Enana cruza una pierna exageradamente y abajo empiezan las risas. La Enana recorre lentamente su cuerpo con las manos, se palpa las ropas ajustadas, tira del escote hacia abajo. Alza un vaso. Torpemente, Peñita sube la escalera; tiene el saco blanco, sucio, de siempre; pero camina derecho, envarado, y en la mano lleva un mazo de naipes que revisa con los dedos, sin mirar. Alguien, abajo, dice: el Inglés. No hay diálogos; saluda con la mano al llegar arriba. La Enana vuelve a tirar de su escote y saluda con la cabeza. Por la escalera sube Banegas, camina por los costados, sin saber qué hacer. El loquito, entonces, desde abajo le toca la pierna. Banegas camina. El loquito le grita algo. Banegas empieza a dar vueltas pero ahora renguea de la pierna derecha, voleándola de vez en cuando. Abajo corre un murmullo: Robledo; el dueño del quilombo, no se acuerdan cómo caminaba. De ahí en adelante la gente va a buscar los gestos, las señales que permitan reconocer a los que entran. Entra Cantinflas, con un banquito. La Enana se baja y le da la mano. Cantinflas, en una punta, se sube al banco y empieza a hacer ademanes. En el palco, algunos miran de reojo al intendente. Sube el Enano, con un pañuelo colorado que le envuelve todo el cuello. Alguien toca a su vecino: ése debe ser Pereyra, el viejo. El Enano se acerca a Cantinflas y desde abajo parece discutirle, interrumpirlo, mientras Cantinflas, como acordándose, saca de algún lado una boina blanca y se la pone en la cabeza. La Enana hace una seña y se levanta la pollera y arregla una de las ligas de un color verde chillón. El enano y el intendente se quedan mirándola y por la escalera sube Arguello, es decir Rodríguez con un sombrero que fue de Arguello y atrás viene otro con un sombrero igual pero más grande y Rodríguez escupe de costado y el otro también. Entra María, la loca, que no sabe bien qué hacer pero

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

que de todos modos se mueve lascivamente, mirando a uno y a otro, hasta que de abajo suben dos o tres notas de bandoneón, muy fuertes y todos se miran, tensos. Hay un silencio largo, después la música sube, enorme, arrastrada y todos empiezan a moverse como desatados, en el escenario, mientras abajo todavía dura ese clima expectante, silencioso, con voces disimuladas cada vez que se reconoce a alguien, y arriba la Enana baja del taburete y se acerca a Cantinflas que sigue haciendo ademanes y aparta al viejo Pereyra con su pañuelo rojo, al enano que le disputa a la Enana, y los demás se mueven con las caras como poseionadas. María la loca se acerca contorsionándose a Robledo y lo besa y los dos salen por el lado del pescante hasta que llegan abajo y Banegas es decir Robledo vuelve en seguida y empieza a tomar, tomar hasta caerse y los demás se reúnen alrededor de la Enana, ella los mira y se levanta apenas la pollera y muestra la plata y hace gestos de que le paguen mientras Robledo Banegas hace como si se despertara y parece reclamar que le paguen a él. María ha vuelto y baila con Arguello, lo deja, baila con el que hace de Gonzales que sigue imitando los gestos del otro, queda sola, el Inglés sube en ese momento y tiene una escopeta en la mano y arroja los naipes por el piso, abajo todo en silencio, la música continuada creciendo, un tango monótono, la primera tos en el palco, Banegas se aferra al escote de la Enana y la Enana le pega, se va hacia el intendente hacia Cantinflas que sigue con sus ademanes, que persigue a María la loca y la manosea de vez en cuando y ahí es el primer ruido la primera risa en el escenario y ahí la primera voz de protesta en el palco, la música quejosa, triste, fuerte, el ruido de una máquina en la estación, Robledo caído y retorciéndose, la Enana baila con Pereyra es decir enano es decir su hermano la enana baila se manosean alguien grita en el palco es una vergüenza, Robledo retorcido grita la sífilis la sífilis María la loca grita un médico Robledo me muero el Inglés a un costado tira dos o tres pesos al suelo se pone la escopeta en la boca la música suena como un tiro María la loca grita el Inglés se cae el que hace de Arguello está sentado y el que hace de Gonzales

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

está como afeitándolo con una navaja los dos enanos bailan bailan el enano Pereyra tira de la pollera de su hermana ya empiezan a hablar ya el enano le dice cuánto Juana cuánto cobrás otro grito en el palco la Enana dice nada me retiro me caso con Rojas María dice me caso con el juez de paz se pone un pañuelo saca una tetera de algún lado y sirve por un momento están la Enana y María en cluclillas y hacen ademanes de tomar el té la Enana se para el enano trata de levantarle la pollera Robledo grita me muero finalmente sube el loquito tiene una biblia en la mano Cantinflas se pone un manto negro y toma la biblia y se junta con María el loquito hace ademán de ponerle un anillo a cada uno más gritos abajo María golpea las manos y hace ademán de que se vayan se acabó por hoy dice cerramos todo en medio de la música que ahora se para y se oyen bien los nombres, cada nombre, hasta mañana señor Robledo y Robledo se para, el Inglés vuelve a entrar y vuelve a ponerse la escopeta en la boca vuelve a morir María se revuelca con Banegas por algún lado
hasta mañana señor Pereyra y un grito abajo
hasta mañana señor Gonzales y la Enana bailando mira al que hace de Inglés muerto y dice vamos a jugar a la canasta y otro grito en el palco hasta
mañana señor intendente grita María el loquito se mueve de cualquier modo como posesionado alguien grita que paren eso que es una vergüenza
hasta mañana señor Arguello que descanse
hasta mañana señor presidente del Rotary del Club Social de la Sociedad de Fomento y Turismo y todo eso grita María tratando de imponerse a los gritos que se han iniciado abajo hasta mañana y golpea las manos hasta mañana y los gritos y otra vez la música desde el bandoneón que el loco tantea torpemente mientras el primer policía está subiendo al escenario alguien grita que acabe de una vez y el policía ya está en medio del escenario donde la Enana y el enano siguen bailando y se manosean y ella está por desvestirse tiene el vestido caído hasta la cintura y el policía trata de agarrarlos y
todo acabó.

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

Cualquiera que pueda releer *El Imparcial* de esa época, deberá admitir que esto —todo esto que las palabras hacen más posible, más real o creíble de lo que en verdad fue— pasó en este pueblo, allá por el cincuenta. Las solicitadas, hasta ese momento gratuitas, fueron para el periódico el negocio del día. No eran solicitadas de explicación sino de protesta. Nadie desmentía; se preguntaban, los firmantes, quién había permitido esa farsa. Se pedía que no volviera a suceder. Esa gente, esos señores, no tenían el derecho de faltar así a la moralidad. Pero, salvo eso, si uno venía de afuera no hubiera podido afirmar que el pueblo estaba convulsionado: con esa astucia que el pueblo ha ido adquiriendo con los años, del mismo modo en que muerto Arguello su nombre y el de Elena habían abandonado la calle, el club —para replegarse en las tardes más aburridas de las casas—, al poco tiempo todo cuanto pasó esa noche apenas si seguía sucediendo en las memorias.

Una de las Pereyra, alarmada por la cantidad de cartas que se publicaban dio la voz de alarma: "Hablar de esto —escribió— es hacer propaganda a toda esa gente, que quieren ser artistas y no entienden que son un grupo de resentidos. El Arte es Belleza, y con el resentimiento no se puede llegar a la Belleza". Alguna conferencia en el Club Comercio de Ranchos, un soneto en *La Prensa* de Buenos Aires, años de profesorado, avalaban su firma. Ciertas o no sus palabras terminaron con las solicitadas y enseñaron como actuar. La gente siguió lustrándose con el Eléctrico, dando monedas a Cantinflas. Apenas en la cancha de pelotas, en algún otro boliche y nada más que cuando entraba el loquito, se notaba que algo había ocurrido. Fueron los últimos días de movimiento del loco Fuentes. Al año de todo eso —aunque dos o tres hubiesen muerto y otros anduvieran desesperados, con la sangre marcada— no le quedaba más que ese odio en los ojos, impotente y terrible. Alguno le preguntó cómo se le había ocurrido.

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

—Yo sé muchas cosas —dijo.
—Ya sabemos —decíamos, conciliadores.
Ese tono conciliador fue el que alejó al loquito de los pocos que todavía hablábamos con él. Era como si entendiese que lo perdonábamos, que estábamos dispuestos a tomar las cosas divertidamente, apenas, y que todo, en las tardes de otoño, terminaría por borrarse, por enterrarse junto con todo lo anterior. La solicitada de Rosa Pereyra, que todos calificaban de benigna, era lo que más lo indignaba.
—Resentidos —mascullaba—, esa solterona, esa hermana de un sifilítico.
Y caminaba por el bar, alargando los trancos deformes, hablando en voz baja, con la cadena de la llave pendiendo a un costado.
—Pero cómo se te ocurrió juntar a todos esos esperpentos —le preguntaba alguien.
Entonces leía la carta. Era una solicitada contestando a todos, y en especial a Rosa Pereyra, poetiza del Salado, como remarcaba él. A la semana, la carta era uno de nuestros hábitos; nos divertía, por las tardes. Había sido doblada y extendida tantas veces que se veían las líneas gastadas, el papel impregnado de tierra. Pero el primer día nos sorprendió.
Incoherente, como todo él, la carta seguía sin embargo una línea precisa, irrevocable, como lo había seguido esa pantomima, la última noche del corso. Algún párrafo pretendía ser irónico; alguno, profético. Defendía el derecho de los actores —así los llamaba— a no ser vulnerados en su dignidad. Terminaba de ese modo que nos sorprendió.
—Señorita Franca Pereyra.
Esto lo sabía de memoria. Dijo señorita con una risa. Después, recitando, en el silencio del bar donde su cuerpo deforme era el centro, su voz pronunció:
—Señorita Rosa Franca Pereyra Campos, los locos y los deformados y las putas molestan porque muestran continuamente el error del sistema social en que vivimos.
Antes de la risa, hubo un silencio.
Es imposible pensar, ahora, que el loquito pudo no haber sido ridículo, torpe, cuando leyó esas cosas. Sin embargo,

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

primero nos callamos. Después, alguien dijo, desde el mostrador:
—Sacá eso de las putas, no te lo van a publicar.
Ahí empezó la risa que iba a durar una semana, cada vez que el loquito leyera la carta, antes de irse a la casa donde Carmelo Herrera lo esperaría con el mate preparado. Sabíamos que no iba a intentar que se publicara y nos reíamos, nada más.
Pero en las risas de esas tardes de otoño, cuando eso era cercano, y en los siguientes otoños, y aún hoy, cuando todo lo que esperábamos secretamente del loquito, y de Herrera y de Elena, pertenecen al olvido, aún hoy la memoria de muchos trata de eludir la última noche de esos carnavales, o se retira apresurada al tocarla, como cuando uno, descalzo, por las noches, pisa un sapo en la oscuridad del corredor.

22

Las largas lluvias tranquilas del otoño, las cenicientas lluvias rabiosas del invierno, las sorpresivas lluvias del verano limpiaron el pueblo. Llegó otro carnaval y todo había cambiado por ese febrero de noches tibias, con el río tranquilo, y las visagras enmohecidas de los grillos girando desde el amanecer del crepúsculo hasta el crepúsculo del alba. Todo fue hermoso, diluido como esas fiestas antiguas. Los forasteros que por primera vez se habían acercado al pueblo volvieron trayendo más gente, al otro verano, y se empezó a formar la zona de turistas, con casas cerca del río. Fueron años felices, si se atiende a la cara de la gente, a las casas nuevas, al edificio del balneario que se inauguró por ese tiempo. El intendente, todavía radical, pronunció un discurso en el que agradecía al gobierno la terminación de esa obra —la confitería y los árboles y la terraza y ese salón cuyos ventanales miran al río apagado— que demostraba que cuando la gente trabaja para el bien de la comunidad

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

está unida por encima de las diferencias políticas. El presidente del Rotary, un hermano de Raúl, también agradeció —por ese tiempo ya había peronistas en el Rotary— y todos cenaron tranquilamente, sintiéndose juntos, aun en esos largos silencios en los que apenas entraba el viento con esa alegre mansedumbre de los burros viejos.

Se pensaba en el progreso, que llegaba apurado, y los radicales y las viejas familias decían, en las charlas íntimas, que ni el mismo régimen podía detener la marcha del pueblo.

La gente de esta historia había sido olvidada. El loquito mismo actuaba como para borrarse, tan callado, ahora, descuidando visiblemente su negocio, sosteniéndose con lo que le daban en el comité, donde, después del escándalo, habían vuelto a tomarlo. Gonzales paseaba silencioso por las calles del pueblo. Nada se sabía de Elena Fuentes y, si en los atardeceres del balneario, desde el silencio, venía algún tiro imprevisto, que cundía en los árboles, entre los pájaros alborotados, o si a la noche, cuando se ofrecía alguna cena especial, lejos, por la mitad del río remaba una sombra, lenta y ruinosa, con preguntar uno podía saber que ésa era la Baguala, una mujer que vivía sola en un rancho de la orilla. Una mujer servicial, a pesar de sus rarezas, que podía alquilarle el bote o acompañarlo a pescar. Había tenido unos hijos, que andaban por algún lado. Solo Carmelo Herrera, parecía en otra época, aferrado a cosas que después de cinco o seis años eran antiguas. Uno se deslizaba por el pueblo, por esos días del pueblo, tan suaves, y verlo a Carmelo Herrera le daba la sensación de haber tocado una arruga, un bache que persistía, negro y deforme, en un terreno cuidadosamente alisado. De la mañana a la noche, arrimado a la sombra de esa casa, cerca del hospital. Como si esperase algo, se podía pensar.

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

Entonces llegó el cincuenticinco. Las noticias por la radio; primero una voz y luego, esa otra, triunfante. En el pueblo, como en muchos lugares, la gente que salía a la calle jubilosa, y la gente que salía consternada, preguntando qué había pasado o, desde ese momento, qué iba a pasar.
Algo pasó, hasta en el pueblo. Como a los quince días mataron a un forastero, un peronista que disparaba y que cercaron en el camino viejo, antes del puente Villanueva. Y el mismo día de la sorpresa, hubo una muerte.
Al loquito Fuentes, Marcelino Robledo lo mató.
Robledo es hijo de aquel Robledo que supo ser patrón del quilombo, después de ser almacenero, y que caminaba con una pierna derecha, algo trunca, revoleándola como Banegas lo imitó dos años después que se muriera, cuando la representación. El hijo menor de los Robledo, ése que después fue a Buenos Aires y un día apareció en el diario, junto con dos o tres más, por haber tirado bleque a un monumento y haber pintado una cruz svástica en no se sabe en qué lugar.
El loquito caminaba despacio, esa mañana, y alguien le preguntó si iba al empleo.
—Vas al comité, che Fuentes —le preguntaron, riéndose.
—A eso voy —dijo el loco y no se notaba si estaba enterado o no.
Por las dudas le avisaron, pero fue igual. Y estaba ahí, limpiando como siempre, cuando entraron esos cinco muchachos, con Marcelino Robledo a la cabeza.
—Miren quién está aquí —dijo Robledo—, el actor de teatro del pueblo, autor y director.
—Todavía no está abierto, señores —dijo Fuentes—, si quieren hacer el favor de pasar a las once, se los atenderá.
Y movía las manos, como si pegara con la llave en la mesa; pero hacía tiempo que no colgaba esa cadena de su cintura.
—Favor —dijo Robledo—, miren al loco de mierda éste. Haceme caso, quedate quieto ahí.
El loco, ahora, tranquilo, se sonaba la nariz. Robledo le

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

puso una mano en el pecho. Fuentes levantó las manos. Robledo giró alrededor de él, lo tomó del cuello y lo arrastró hasta atrás del escritorio; lo incrustó en la silla. Ya tenía la pistola en la mano, nueva y aceitada y brillosa.
Empezaron con los retratos, lentamente. Después siguieron con los muebles. El loquito se sonaba de vez en cuando la nariz y los miraba, callado. El retrato de Perón, el de Evita. Le sacaron los marcos, uno sacó un cortaplumas.
—No —dijo Robledo—, esperá.
Colgó el retrato de Evita, sin marco, en un clavo. Miró al loquito, pero éste ni lo miraba. Con una tiza azul Robledo continuó el cuerpo de la mujer y le dibujó un sexo enorme, abierto, y las piernas grotescas que dejó sin terminar. Los otros ya habían abierto un armario y sacaron los juguetes de la Fundación. Robledo se les juntó y aplastaron cuidadosamente los autos de lata, las muñecas, los animales de felpa. Después, las mantas; las pusieron en el medio, junto con los restos de juguetes y muebles y retratos, con el sello de la Fundación bien visible, para arriba. Y se movieron en círculo, hasta que todo fue una sola llama, en el medio, muy alta. A esa luz el loco los vio agarrar el carro de paralítico —también con el sello— que tal vez fuese para él. Entonces, como si reventara, gritó. Pero cuando los demás se dieron vuelta ya tenía esa mancha en el pecho.
Hasta Marcelino Robledo parecía sorprendido, con la pistola baja. Pero hizo notar lo de la mano.
—Debía tener un arma en el bolsillo —dijo—, era capaz de tirar.
Fuentes aún no se derrumbaba. El cuerpo se mantenía quieto, como apuntalado. Lo único extraño era la lentitud de sus gestos, tal vez la boca, y esa mancha cada vez más grande. La mano se movía en uno de los bolsillos. Después, la alzó, despacio, y mantuvo algo en el aire.
El fuego crujía, gritaba. Con la luz los ojos del loco se habían agrandado y buscaban a ese peón de los Robledo que andaba sin saber qué pasaba. Pareció hacerle señas y el peón se acercó.
—Esto —dijo Fuentes.
Era esa llave negra, grande.

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

—Esto para Herrera, cuando la vieja se vaya.
Después, su muerte pudo más que su voz.

24

Los cambios en la policía, el discurso del intendente, el cartel de clausura en el comité, las cenas festejando la libertad, la euforia y el fracaso, el soneto "Los hombres de setiembre" que Rosa Pereyra publicó en *El Imparcial* después de leerlo en una cena del club, el velorio del loquito, todo pasó pronto. Al cuerpo del loco lo habían encontrado cerca de las llamas; con la muerte, parecía más extraño, como si el fuego lo hubiera retorcido y gastado. El cuerpo anduvo un rato por ahí, en el bochinche; a la noche, lo acomodaron en el galpón de la comisaría. A la mañana siguiente los peronistas lo fueron a buscar; el nuevo comisario se los negó, y también el asunto del loquito quedó acabado.

El pueblo iba a entrar en ese silencio entorpecido, que iba a habitarlo por un tiempo. Después iban a pasar los nueve años de quietud y de espera, antes de que resucitara esta historia. Gaspar había entrado al pueblo, una vez, y había matado a un pesquisa; entre alguno de los acontecimientos que tiene que ver con esto, un oficial, Marcelino Iglesias, lo iba a matar. Pero en el pueblo se sabía que Gaspar era algo aparte, aunque hubiera arrancado por Elena, desde que Elena se le fuera con Arguello; era un pistolero con su propia historia (una historia que sigue ahora, después de muerto, porque ahí está ese Iglesias que —según dicen— lo mató, temando con eso, con las hazañas de Gaspar, como un loco); unirlo a Elena hubiera sido como hablar de algo que ella hubiera usado: un peine, un pañuelo. Así que la historia se podía soslayar, eludir.

Solo a alguien no podía eludirse; era ese Carmelo Herrera que seguía en la casa del hospital, esperando no sabíamos qué cosa, tal vez morirse, pensábamos, al verlo (como antes

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

de morir el loquito): era apenas una figura diluida, en la tarde. Sin embargo, algo molestaba; sentíamos no que estaba ahí, simplemente, sino que usurpaba la tarde del pueblo, desordenaba de algún modo los tranquilos crepúsculos, siempre tan cuidadosamente barbudo, con la cara apenas movida por los años, desde que llegara, como si el pueblo, el tiempo del pueblo resbalara sobre él, sin tocarlo, sin modificarlo.

Empezamos a verlo en los bailes, llevando los instrumentos de los músicos. Con el tiempo, llegó a entrar regularmente al Salón Italiano, acompañando a las orquestas. De eso vivía.

Con los años, fue fácil olvidarse el tiempo en que el loquito vivía y nos hablaba de Herrera con ese respeto extraño, nos contaba las cosas que él le había contado, del sur, y nosotros íbamos viendo cambiar al loquito, día a día. Lo habíamos visto cambiar hasta que en cada una de sus palabras encontrábamos a Herrera, conjeturábamos un Herrera algo distinto, un hombre que, en la casa cercana al hospital, hablaría y hablaría. Estas cosas habíamos pensado. También que, cuando esa historia que parecía agotar su propia historia —la de esa mujer, la Paraguaya, y ese hombre, allá en el sur— había sido relatada por completo, él había buscado detalles, modificaciones, pretextos para repetirla monótonamente del principio al final. Habrán llegado —pensábamos— las tardes en que tampoco eso —la repetición— tenía sentido y entonces Herrera habrá dejado hablar al loquito, escuchando las cosas que pasaban en el pueblo, para después decir algo, juzgar o agregar una frase, una sentencia que el loquito incorporaba a sí mismo, a sus ideas y a su misma carne, para repetirlas después. Herrera diría esas cosas como volviendo a algo que había sido, y el loquito iba a recordarlas para asombrarnos, y tal vez porque esas palabras estaban hechas para ser pronunciadas por él, quizá por nadie mejor que por él, aunque nos dieran risa.

Si uno se fijaba bien, en las tardes, podía verse cómo Herrera pasaba de una mano a otra esa llave grande, que era del rancho y que tal vez no era otra cosa que un símbolo,

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

porque la puerta ya no no serviría. Un símbolo, el último gesto del loquito para con Carmelo Herrera. Pero Herrera siguió esperando cuando la Baguala desapareció.

Habían venido años normales, cosechas distintas y veranos distintos. Entonces, en un invierno, la lluvia vino larga y hasta tremenda. Empezó lerda, tímida. Llovía todas las tardes, regularmente. A la semana, la lluvia cruzó el límite del crepúsculo, tanteando la noche. Un día despertamos y estaba lloviendo, y así iba a seguir, hasta que nos diéramos cuenta de que la lluvia se había metido en el pueblo como para siempre, como si estuviera adentro, en los huesos del pueblo, y ahí hubiera decidido alimentarse, crecer. Creció, y el río ya venía gritón, anunciando la crecida.

La Baguala la salió a buscar.

Eso puede decirse, que salió a buscar la crecida, como Raúl Arguello había decidido buscar las navajas de Gaspar. La última vez que la Baguala había entrado al pueblo ya era un resto de la que había ardido en las estancias, y después en la orilla, tanto tiempo. Fue en el entierro del loquito; a ella y a Carmelo Herrera los habían visto, cada cual por su lado, caminar a la orilla del cortejo. No había dolor en la cara de ella; simplemente la voluntad de estar, de ver como le enterraban al hijo. La habían visto por la noche, irse, mientras en el Club Social se cenaba, festejando. Tal vez en el preciso instante en que alguno, oyendo recitar a Rosa Pereyra su soneto "Los hombres de setiembre", se acordaba del loquito Fuentes (recordaba al loquito caricaturizando la voz de la poetiza), ella, la Baguala, salía del pueblo, por última vez. Y ese día, antes de que desapareciese, un peón de los Laver alcanzó a verla, mientras subía al bote.

La lluvia era tenaz y el río se alborotaba cuando el peón llegó a la orilla. Le gritó; pero más sorda, más imperturbable que la misma lluvia era la Baguala. El bote llegó al medio del río, y la mujer empezó a forcejear con los remos, contra la corriente. Cuando consiguió enderezarlo, el bote no avanzaba. La cara de esa mujer podía adivinarse

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

viendo el movimiento de sus brazos; dura y relumbrando en los ojos; los labios pronunciando un insulto, como si rezara. De donde sacaba fuerzas, no se sabía. Era como si en esos años que se la había visto aflojar hubiese estado juntando fuerzas para ese momento. Con el bote derecho, empezó a remontar el río. No escuchaba los gritos, o no les hacía caso. La vieron en una curva —otro peón—, forcejeando. Cuando el bote volvió, como tiro en la correntada, ella iría en el fondo, ya la habría tapado el agua.

25

Así que el rancho, por esa llave, por ese último gesto del loquito, era de Carmelo Herrera.

Pero pasaron dos años más. Dos años en los que todo —las fiestas del club, las reinas, los carnavales, la colonia turística— eran una costumbre. Estos aburrimientos se dan por estos lados, estos ciclos se cumplen. Durante un tiempo se trabaja mucho por formar una comisión, se hace un edificio, se habla y se discute. Después, todo eso está en marcha, la comisión funciona o el edificio está terminado. Las cosas vuelven a ser monótonas, imperceptibles. Entonces, todo el pueblo se pone a esperar. A los del gasoducto se esperaba, por esa época.

El tendido del gasoducto, los caños que venían desde tan lejos iban a pasar cerca del pueblo. Eso significaba muchas cosas: más gente para los comercios, alguna cantina abierta en el camino (que aprovecharían los peones de las estancias), algún ingeniero que tratarían de aprovechar las hijas desahuciadas de las viejas familias, apenas se asomara al Club Social. Y el mismo ruido de los camiones y de los hombres, las caras nuevas que animarían el pueblo. Tal vez, también, algunas mujeres en las barracas, resucitando el tiempo del camino a Pila, de La Emiliana.

Por ahí empezamos a sospechar qué esperaba Carmelo Herrera. Fue algo con el peón de los Robledo, ése que le

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

había entregado la llave. Ésa fue la primera —casi única— señal. El peón era uno de los pocos con quien Herrera cruzaba palabra, aunque ya se había acostumbrado a saludar a bastante gente, de un modo cortante, como si el mismo saludo fuera una valla, un alambre tendido avisando que no se podía ir más allá. Estaban en el Italiano y Herrera esperaba el final, para ayudar con los instrumentos. El peón, para decir algo, habló del gasoducto. Entonces notó algo raro en Herrera, una mezcla de asentimiento e interés.
—Es cierto eso —preguntó, y para muchos, fue la primera noticia de su voz.
—Seguro —dijo el peón—, ya llegaron los ingenieros.
Y Herrera, entonces, lo miró con ese modo, con ese pausado acuerdo con esa lenta y como agradecida sorpresa.
El peón lo invitó a tomar algo. Herrera, vacilante, como quien vuelve a un lugar después de mucho tiempo, con ojos de acordarse de cosas que parecían olvidadas, tomó atentamente esa caña, contra el mostrador. Atentamente, como si la estuviera reconociendo.
El peón dijo:
—Es un tendido largo, parece que los caños vienen del sur.
Ahí acabó todo, como cuando se apaga una luz. Los ojos se le habían abierto a Herrera, y era como si todo él estuviera abierto, feliz. Ahí, igual que un erizo que se roza con la punta de un palo, volvió a cerrarse, a quedar más quieto que nunca, como si no hubiese hablado, cubierta la cara por esa barba agresiva y dura.
Con los hombres que llegaron, Elena Fuentes volvió.

Volvió a volver, como dicen en el pueblo, porque era la segunda vez.
Primero vimos los camiones, escuchamos el ruido de los motores pasando desde Ranchos hasta el puente Manantiales. A la tarde vimos algunos hombres. Los camiones pasaron por la avenida España, justo frente a la casa donde Herrera esperaba.
Herrera se levantó. Como uno de esos perros taciturnos que esperan echados en un rincón a su dueño y que un día,

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

después de un olor o un ruido que solo ellos conocen, despiertan de ese letargo de años, así se levantó. Su cara tenía otro tono; con ese mismo clima triste, derrotado, Herrera parecía decidido a hacer algo, a abandonar su quietud.
Dos días después caminó hasta el campamento, y al verlo caminar uno entendía que Elena había vuelto, que, al ponerse en pie ese hombre —quien, muerto el loquito, era el único que persistía en el pueblo de cuanto había pasado, como una viva señal— la historia misma volvía a ponerse en pie.

26

Qué pasó, esa tarde, en el principio de ese atardecer de invierno, entre el ruido de las herramientas y las voces de los hombres y las luces que irían naciendo de a poco en las casillas. Qué pasó, especialmente en ese carromato del costado del campamento, en ese carro que parecía querer correr por el campo y donde Elena Fuentes recibió a Carmelo Herrera, de donde Elena Fuentes —que ahora cocinaba para esos hombres— le abrió la puerta con un ademán cansado, y no hubo sorpresa en su cara, ni miedo ni indiferencia, sino ese gesto, ese ademán dolorido que si se parecía a algo se parecía a la desesperación, pero una desesperación silenciosa, resignada, ya distinta a la de ese día, quince años antes, cuando Carmelo Herrera había entrado a la casa donde Elena trabajaba para Arguello, por primera vez.
Eso es lo que no sabemos.
No sabemos qué pensó Herrera (si pensó algo, si obedecía, al ir a buscarla, a algo más escondido, más viejo y más significativo que a cierto atrofiado instinto, a esa imprecisable voluntad con que ciertas sangres deciden asimilar un rostro, una voz que conocen cualquier día, para después convertir ese rostro, esa voz, en una costumbre, en uno de los vicios de la memoria; si iba a algo más que a eso, si Carmelo Herrera fue el que pensamos, un hombre des-

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

doblado, avergonzado de haber sido otro, allá en el sur), qué pensó cuando esa mujer le abrió la puerta. No se sabe, pero sabemos que no le costó reconocer a Elena Fuentes en esa mujer gruesa, deshilachada, en esa cara que los años habían pulido de un modo especial, hasta el brillo, hasta ese brillo blanco y desganado que hacía inútil el esfuerzo de los ojos, unos ojos que había que mirar mucho para notar, no ya el coraje, ni siquiera el empecinamiento, sino la simple rutina de los resignados.

Pero se encontraron así, como si después de tantos años se hubieran citado en un lugar fijo, a una hora determinada. Debieran haberse visto como quienes hace mucho que no se ven, haberse encontrado como quién ve en algo o en alguien un símbolo, una señal para que todo el pasado le vuelva. Sin embargo, era como si hubiesen vivido juntos, todo el tiempo, en el terreno secreto de la memoria, como si cada uno supiese lo que había hecho el otro en todos esos años, minuto a minuto.

Entonces, mientras él entraba, pudo recordarse al loquito, aquello que nos contaba del sur; pudo recordarse aquello que nos había dicho: hay odios que merecen cualquier sacrificio; pudo pensarse en esa Elena que el loquito nos había mostrado bajo otra luz al hablar de la muerte de Pereyra. Pero nadie pudo decir de qué hablaron. A la media hora la puerta volvió a abrirse, y los dos eran los mismos. Mirando bien se podía pensar que no habían cruzado una palabra, que, callados, se habían mirado todo el tiempo. En los dos —sin embargo— había cierto cambio, una pesadez menos nítida, una como liberación que podía estar en el paso que llevaban, al alejarse hacia la punta del campamento, en la gravedad de la despedida silenciosa, en el paso que ella tenía al volver y él al irse, mientras se le veía nada más que la espalda, por el costado del camino, yéndose.

Después de eso Carmelo Herrera cruzó el pueblo. Las calles ya estaban removidas por el final del crepúsculo. El crepúsculo, en el pueblo, hacia el invierno, no es el frondoso crepúsculo del verano, superfluo en luces. El frío es duro y perfila las cosas como una piedra, como queriendo dar

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

un dejo de eternidad. Así quedó Carmelo Herrera en el pueblo, más que como lo habíamos visto siempre o como lo mostraron después. Quedó caminando por el pueblo con una seguridad distinta, con una decisión que no le conocíamos. Lento e irrevocable como un reloj de arena, así quedó.

Cruzó la vía y llegó a la Avenida Italia. En lo del Vasco se cenaba. Pidió ver a la hija de Elena, que los Vascos habían criado desde la muerte de Arguello. Los viejos, ahora, ya no tenían más que a la chica. Pero no preguntaron nada ante ese modo nuevo, decidido, que tenía Herrera de pedir. Ella andaba por los dieciocho años y tal vez puede decirse que era un eco lejano de la madre; tenía algo taciturno, además, algo demorado en los gestos que no desentonaba con ese hombre que la había ido a ver.

Ella preguntó qué quería pero él no abrió la boca.

Del bolsillo sacó ese librito y se lo dio. La Vasca —así le dicen—, debe guardarlo, todavía. Cuando se fue del pueblo no lo olvidó. Debe pensar, a veces, qué significa, qué cosas quiso decirle ese hombre casi desconocido, que la miraba de un modo extraño, casi idiota, mientras se lo daba. Era un viejo libro de teatro, gastado y sucio, un Hamlet, tal vez.

Ese libro. Después, hasta el último rastro de Herrera debe haberse borrado en el rancho que hizo la Baguala, adonde fue al final, como si esa llave que le había dejado el hermano de Elena lo llevara, esa llave que no tenía objeto porque hacía tiempo que la puerta estaba rota, inútil.

Dos días después, cuando le dijeron a Elena Fuentes que ese hombre, ese Carmelo Herrera se había ahorcado, no hubo un gesto, un leve matiz de sorpresa, nada que indicara lo que pudo pensar.

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

Esto pasó.
Ahora este pueblo va cada vez más apurado, ruidoso. Crece, el pueblo, y apenas si queda tiempo para ponerse a respirar el aire quieto, que en los árboles cada vez más lejanos, ya tapados por las casas, se filtra y suaviza. Quedan, todavía, las altas casuarinas del río y el principio del verano puede parecer una liberación. Ya en la primavera hay pájaros sueltos que diciembre, finalmente, organiza, instalándolos en las siestas y en el amanecer. Estas cosas y otras quedan, como las mismas noches de invierno, tan quietas, en las que, si uno llega a la estación, lo sorprende el silencio, lo fantasmal de la gente que sube o baja del tren, la forma en que ese mismo tren —si uno espera— desaparece por la punta de la estación hacia el pueblo siguiente, y una vez que se fueron su furia y su ruido hay que quedarse solo, enfrentando un pueblo que puede creerse muerto. Si uno llega a otra hora —a las once de la mañana, en el colectivo, por ejemplo— las cosas cambian. Se ven los almacenes, la gente, las casas de dos o tres pisos, autos, sulquis, todo el ruido. En los sábados se puede ir al Club Social y bailar hasta tarde, entre las luces y los vestidos de fiesta, votar por la reina de algo, tomar lentamente mientras la música llega al final. Todo eso puede hacerse, y no hace falta acordarse del principio, de lo que pasó hace años, de las cosas que fueron.
Se corre —eso sí— el peligro de encontrar, un día, esa calle que arranca atrás del hospital y muere en la orilla. Se puede caminar por ella una tarde de invierno, cuando el chaparrón se mueve en el corazón de la lenta llovizna, y pensar entonces que esa calle sigue habitada por la misma dureza de antes, polvorienta y barrosa a pesar de los chalets que la encajonan. Más allá de "La Martita", uno puede sentir como se mueven cosas viejas, muertes que después de unos años hemos aprendido a recordar sin detalles, iguales en la tibia memoria que tratan de asaltar los ruidos apagados, las casas más distantes, los árboles que buscan imperiosa-

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

mente el cielo, ya cerca del río. La corriente, mansa o rezongona, puede empezar a vencerlo, a uno, y ese rancho, esa lechuza muerta, puede derrotarlo en un descuido.

Pero si uno elige la tarde, si uno trata que al final de ese paseo ya hayan sucedido los primeros tramos del crepúsculo, podrá ir tranquilo. El rancho mismo, en la tenue luz declinante, caído cada vez más hacia el agua que lo busca, parece haber entendido que el pasado apenas si sirve para saber de qué cosas —de qué pasiones, de qué odios, de qué muertes— está hecho el presente, y es como si, en esa hora, el rancho no estuviera, como si no hubiese empezado a existir.

Uno llega y puede ver la orilla pelada, mansa. Como si todo esto no hubiese pasado, y en cualquier momento no hubiera, en la orilla, nada más que una mujer.

Esta mujer está sentada, quieta, y mira tan tranquilamente hacia el pueblo. De pronto aleja la vista de esa calle larga, desolada, como si algo la llamara, dentro de ella misma. Ya llueve. Ya puede decirse que ese picoteo en la piel y en la tierra y en el agua son la lluvia.

Una gota grande le cae en la cara, como un grito. Después empieza a gemir. Al principio ese gemido es como una música, como un acorde que la lluvia despertara en un escondido instrumento. La lluvia, después, se hace fuerte, y parece arrancarle notas cada vez más altas a esa caja que es la mujer, ya tendida. Los dedos de la lluvia se empecinan y ese cuerpo se retuerce y ella grita. El río se oye sonar. Llega el último grito, como si lo escupiera, y ya tiene en las manos esa cosa tibia que debe proteger de la lluvia. Poco tiempo está así, y entonces muerde el cordón hasta romperlo y se inclina sobre la criatura y se saca el vestido y la tapa mientras va buscando la protección de un árbol. Arranca esa paja larga que la humedad ha hecho flexible. Se levanta y anda, entrando al barro, con los ojos fijos en el pueblo. En sus brazos va Elena Fuentes.

Las dos van a volver.

Dentro de un tiempo, cuando muera Fuentes, la Baguala va a arrancarle un rancho a esta orilla. Ahí va a crecer Elena, y el loquito. Después van a pasar cosas, todo lo que

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

no vale la pena recordar. Dentro de muchos años, alguien va a ver una sombra rara en el rancho, y va a encontrar a Carmelo Herrera, colgado. El rancho volverá a la soledad por unos meses. Al final, Elena Fuentes entrará en él. Lo limpiará despacio, el primer día. Limpiará cada rincón y reparará ella misma la puerta y esa llave negra, grande, volverá a servir, por un tiempo. Un día Elena va a sentirse mal y va a acercarse a la orilla. Entonces, tranquilamente, sin la ferocidad de las otras muertes, va a morir. La encontrará a la mañana un peón de los Laver.

Y el tiempo volverá a pasar sin inconvenientes, enterrando todo. Vendrán las crecidas y tratarán de voltear ese amasijo de barro y paja y madera. Por las noches el viento le soltará la puerta y dará miedo. Pero también es posible que en cualquier momento la correntada o el viento ganen la pelea. Un día de esos, algo vendrá a empujarlo y el rancho podrá desaparecer.

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

Índice

Habrá que matar los perros	**9**
Hombre en la orilla	**23**
La Vasca	**41**
A lo largo de esa calle que da al río	**67**

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

Se terminó de imprimir bajo el cuidado de Sara Goldenberg en los Talleres Gráficos Lumen S.A.C.I.F., calle Herrera 527, Tel. 21/4043, Buenos Aires, República Argentina, en el mes de marzo de mil novecientos sesenta y ocho.

Copyright Editorial Estuario, Malabia 2985, Buenos Aires Queda hecho el depósito que previene la ley 11723. Printed in Argentina. Impreso en Argentina.

Digitized by Google Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS

Con *hombre en la orilla,* Miguel Briante continúa desplegando —más rica, más honda— una cosmovisión narrativa ya presente en su primer libro de cuentos, *Las hamacas voladoras* (1964; segunda edición: 1966): la expresión de un mundo —previamente aprehendido, reelaborado, vuelto a inventar— cuyas criaturas viven, crecen y mueren al margen del sistema o, mejor, contra él, sin complejas conciencias de esa pugna, más bien movidos por su densa necesidad.

Nacido en General Belgrano, provincia de Buenos Aires, en 1944, Briante instala en estas páginas la geografía física y humana de una zona del país —en realidad, muchas zonas, otro país— que es también marginal. Fiel a sus raíces, a contrapelo de una corriente mayoritaria que, en literatura —y no solo— insiste, muchas veces con mera voluntad, en la temática porteña, Briante da dimensión a la provincia, brinda exactamente la estatura —sacudidora, universal— de sus personajes, vuelve a demostrar, entre otras cosas, que la gran narrativa es mucho más que una simple cuestión de tema.

A diferencia de tantos buenos, hasta excelentes redactores nacionales que acumulan sus prosas con gran prolijidad, o, últimamente, con cuidada desorganización, Briante consigue en *Hombre en la orilla* un fenómeno insólito: la construcción de un idioma, cargado de riqueza y rigor, integrado, a su vez, por los idiomas sutilmente, y vitalmente, diferenciados de cada personaje. Tal vez en esto resida la ejemplaridad de los cuatros relatos del libro, donde tiembla, además, un muy preciso drama humano, abarcado con tierna madurez.

Digitized by Google
Original from THE UNIVERSITY OF TEXAS